obres de solemnizan cuatro mis.

L VARTO, AÑO DE MIL
ENTOS Y NVEVE.

S.C
G21625

THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

[Vol. 10]

PARTE SEGUNDA.

COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA.

TOMO VI.

33964
6/6/94

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

TOMO VI.

TRAMPA ADELANTE,

COMEDIA

DE DON AGUSTIN MORETO.

Virgen santa del Buen Fin,
el justo zelo me valga
de remediar á mi Amo;
que ya esto está dando arcadas. Jorn. III.

TRAMPA ADELANTE,

COMEDIA

DE DON AGUSTIN MORETO.

ARGUMENTO.

Don Juan de Lara, Caballero ilustre, pero muy pobre, favorece el coche de unas damas en el Prado de Madrid, enamorandose de él con este motivo á Doña Ana de Bargas que iba en el mismo coche; y resultando zelos á Doña Leonor de Toledo que amaba á Don Juan, con la noticia del lance.

Buscando Doña Ana arbitrio, para hacer saber su aficion á Don Juan, se vale de Millan su criado, solemne y gracioso embustero; éste con firmas de su amo, que le daba á distinto fin, hizo creer á Doña Ana, la correspondia; y noticiosa de la pobreza de Don Juan, entregó dos vales á Millan, que los cobró de D. Diego de Bargas, hermano de Doña Ana; con que remedió á su amo, suponiendo siempre varias patrañas, con que sostener su estafa.

Don Diego y Don García, hermano de Doña Leonor conciertan casarse cada qual con la hermana del otro; pero zelosa Doña Leonor, y deseosa de hablar Doña Ana á

Don Juan, que no la conocia, ambas se encuentran en su casa; y de ella las vén salir sus hermanos y futuros esposos, con cuyo motivo desafian á Don Juan, quien satisfecho plenamente del amor de Doña Leonor, se allana á casar, de cuyo modo se hace su amigo Don Garcia; y descubriendo Doña Leonor, haber sido todo enredos de Millan, y no estar culpada Doña Ana, se conviene, á desposar con ella el mismo Don Garcia, quedando satisfecho tambien Don Diego.

PERSONAS.

DON JUAN DE LARA.

DON GARCIA DE TOLEDO.

DOÑA LEONOR, *su hermana.*

DON DIEGO DE BARGAS.

DOÑA ANA, *su hermana.*

INES, *criada.*

CASILDA, *criada.*

MILLAN, *criado.*

GINES, *criado.*

DOS PAGES.

UN ESPORTILLERO.

TRAMPA ADELANTE.

JORNADA PRIMERA.

Salen Doña Leonor é Inés con mantos, Don Juan y Millan de Soldados y aquel con Habito de Santiago.

D. JUAN.

Espera, Leonor: detente;
que ni yo entiendo tu quexa,
ni sé, qué dices.

D. LEONOR.

Don Juan,
no es menester que la entiendas.
Vamos, Inés.

INES.

Ya te sigo.

D. JUAN.

De suerte, Leonor, que niegas
á mi noticia el delito,
para honestar la sentencia.
¡Qué poco debe de ser;
y qué mucha la cautela,
ó el alivio, que en dexarme
siente ya la intercadencia
del amor, que me has tenido;
pues de parte de mi ofensa,
para dar vida á mi culpa,
como interesada en ella,
temiendo, que te la hiele
el ayre de mi respuesta,
el calor de tu silencio
tiene abrigada la quexa!
Pues vete, Leonor. ¿Qué aguardas?
Vete ya; y mi pecho sienta,
haber llegado contigo
mi amor á tanta tibieza;
que, por dexarle, te vales
de fingidas aparencias.
¡Fingidas dixe! Es error;
que si á este fin las intentas,
creeré, que tengo la culpa,
de querer tú, que la tenga.

MILLAN.

¡Qué es irse, sin que primero
nos diga toda su pena!
Denos la cuenta muy clara,
ó pensarémos, que es yema.

D. LEONOR.

¡Pues es, Don Juan, tu traycion
tan recatada y discreta,
que ha menester de ignorada,
que yo aqui te la refiera!
Mas digo mal; que tú eres,
sí, hombre al fin, de tal cautela,
que por mi respeto sabes
serlo, sin que lo parezca;
porque ir un coche de damas
por el Prado, y tú trás ellas,
vendiendo á sus atenciones
el desayre por fineza:
llegar otro coche á hablarlas,
empeñarte tú por ellas,
sacar la espada y reñir
en público una pendencia,
no era cosa, que llegar
á mi noticia pudiera;
porque en el Prado, y de dia,
donde la Corte pasea,
¿quién lo pudiera contar,
donde mis ansias lo oyeran?

MILLAN.

No es nada, lo que ha soltado.

D. JUAN.

¿Y esa, Leonor, es la quexa?

D. LEONOR.

Quexa no; porque trás esto
no hubo mas correspondencia,
que escribirte aquella dama,
y tú responderla á ella;
que es cosa, que no excusáran
caballeros de tus prendas.

MILLAN.

¡Jesus! Si aqui no hay conjuro,
gato negro y hierbas secas,
no hay brujas en Baraona.

INES.

Yo lo ví todo.

MILLAN.

Por tela
de cedazo volteado.

INES.

Claro está.

MILLAN.

Será de cerdas.
Yo apostaré, que en él anda
haba como verengena.

D. JUAN.

Leonor, á no persuadirme,

á que puede ser fineza
de amor, que en efecto es niño,
que con medrosas ideas
tiene las sombras, que mira,
por cuerpos que le amedrentan:
segun lo que estás de parte
de mi culpa, siendo incierta,
creyera, que de cansada
la procura tu tibieza.
¿No puede ser eso engaño?
¿Y no puede ser, que tenga,
como en mis sucesos parte,
en tu mudanza mi estrella?
Pues si la tiene, y movida
de sus impulsos, me dexas,
no has de llevar de razon
ni ahun esa breve aparencia.
Porque todo tu argumento
es como otros, que aparenta
verdad el antecedente,
y es falsa la consequencia.
Verdad fue, hallarme en el Prado,
yendo yo á una diligencia
de pretension al Retiro:
y al pasar la puentezuela,
como es uso del paseo,
ir acaso á tomar vuelta
junto á mí un coche de damas:

encontrarse alli con ellas
otro de unos caballeros,
cuyo cochero en las ruedas
el coche travó de suerte,
que el otro volcar pudiera.
A las voces de las damas
acudí yo, y con presteza
detener aquel cochero:
decir sus dueños, apriesa,
anda: replicarlos yo:
volverle á instar, que andubiera;
decirle yo, si te mueves,
te he de romper la cabeza:
no pararse á mi razon:
y viendo la desvergüenza,
sacar la espada, y cumplirle
por entero la promesa:
salir todos los del coche:
cerrar con ellos, ser fuerza:
ver mi lado defendido
de quantos estaban cerca:
conocer mi razon todos,
y sin mas medio, que verlas,
como nube de verano,
deshacerse la pendencia:
irse el coche de las damas,
sin que yo las conociera:
haberse informado acaso

de mi posada, y quién era;
porque en Madrid, de los hombres
como yo, es facil, saberla;
hallar á la noche en casa
un papel de alguna de ellas,
que decia: „Agradecida
os quiere ver, quien desea
del empeño, que os costó
estimaros la fineza"
responderle yo al instante:
„caballeros de mis prendas,
premio y agradecimiento
tienen por lo que profesan,
en cumplir su obligacion,
yo la cumplí, y cobré de ella."
Este ha sido todo el caso;
y porque quedes mas cierta,
de que yo no la conozco,
su papel te dará señas,
de que no la ví en mi vida.
Este es, Leonor; y no sientas,
que esté mi satisfaccion
tan facil, clara y abierta;
porque malógre el intento,
con que mi culpa acrecientas;
que yo, habiendo conocido,
como hasta ahora debiera,
que te cansa, el ver un hombre,

que de sí mismo es ofensa,
ajado de la fortuna,
pobre, abatido y sin seña
del logro de su esperanza
que nadie vive sin ella;
como por merecer premio,
que fuese á tu planta ofrenda,
la flor de mi juventud
me fuí á gastar en la guerra,
al sangriento horror de Marte
repetiré la violencia,
á hallar premio en una bala,
que ponga fin á mis quexas.
Muera yo de desdichado;
que á pesar de las estrellas,
tambien para un triste hay muerte,
ahunque su industria la alexa.

MILLAN.

Dices bien; vamos á balas;
que es gran cosa, morir de ellas,
y no aqui de melecinas.

D. LEONOR.

Detente, Don Juan; espera.

MILLAN.

¡Qué ha de esperar un pobre hombre
trás tantas impertinencias!

D. LEONOR.

¿Dónde vás?

MILLAN.

A buscár balas
en cas de la confitera
del Caballero de Gracia.

D. LEONOR.

No hagas burla de mi pena.
¿Don Juan?

D. JUAN.

¿Qué quieres, Leonor?

D. LEONOR.

¡Qué he de querer! Que no ofendas
mi fineza: que me escuches:
y que de una vez no quieras
darme la satisfaccion,
y hacerme culpa la quexa;
que en la sencilléz de amor
es maliciosa destreza,
la que juntár sabe á un tiempo
la herida con la defensa.

D. JUAN.

¡Malicia es, satisfacerte,
y no lo es, dar tú la quexa,
suponiendome el delito,
para obligarme á la pena!
Vamos, Millan.

MILLAN.

Señor, vamos.

D. LEONOR.

Aguarda.

D. JUAN.

No me detengas,
Leonor. ¿Si lo solicitas,
por qué lo excusas tú mesma?
Yo conozco (ahunque en mi sangre
meritos de mi nobleza,)
que no me da la fortuna
con que de tí dignos sean.
Lo que mi nobleza alcanza,
lo desmiente mi pobreza.
Pues si sé, que tú lo sabes,
¿quién es tan necio, que espera,
que pronuncien las palabras,
lo que articulan las señas?

MILLAN.

¡Qué pobreza, ni qué haca!
Vive Dios, que me enfurezca.
Mi amo es Don Juan de Lara,
y si se pone en las rejas
de la casa de los Laras,
es mi amo la cabeza;
y á Santiagos de Santiago
ganó un remiendo en la guerra:
y si no trahe buena ropa,
es por ser tal su nobleza,
que el remiendo de la capa

á la camisa le llega,
y ha llevado por ganarla,
mas botes, que una receta;
gastando mas en heridas,
que otros en mangas y medias;
y le han tirado mas balas,
que á gatos en azoteas.
Si ayuna, es devocion:
y, si sin cenar se acuesta,
es, por querer mal á Judas,
y tener miedo á la cena;
y del gasto de su casa,
será probanza mas cierta
el queso y los panecillos,
que debemos en la tienda.
Y es mucha superchería,
tratarnos de esta manera:
y, vamos de aqui, señor.

D. LEONOR.

Vuelve, Millan.

MILLAN.

No doy vuelta,
sino por una valona.

D. LEONOR.

¿Qué dices?

MILLAN.

Que ésta está vieja.

D. LEONOR.

Don Juan, si mi amor estimas,
y la fé segura aprecias,
enojarte mis temores,
es, no quererme discreta.
¡Tan seguros sois los hombres,
que una mujer de mis prendas
en un indicio tan claro,
ofendió con la sospecha!
Si no me hubiera ofendido
una tan viva aparencia,
fuera preciso, faltarme
el discurso ó la fineza.
Pues si mi amor acredita
mi temor, con él me dexa;
sufreme, Don Juan zelosa,
para no quererme necia.
Estar con razon quexosa,
que es querer dexarte, piensas.
¿Pues qué pensáras, Don Juan,
si me halláras satisfecha?
Los zelos nunca despiden;
antes, si se advierte, niegan:
que el dar la quexa un amante,
es, por no querer tenerla.
Quexa y ruego todo es uno
en amor; mas quien la halienta,
disfraza el golpe del ruego

al sonido de su quexa:
y sino, dé tu razon
á esta pregunta respuesta.
¿Quien no intenta la venganza,
para qué dice la ofensa?
Mas esto, tú no lo ignoras.
Ea, Don Juan, llega; llega.
Ruegaselo tú, Millan.

MILLAN.

Cierto, que yo no quisiera
arriesgar mi autoridad
á un desayre, si lo niega.
¡Ah señor! ¿Si yo lo pido,
querrás?

D. LEONOR.

Díselo de veras.

MILLAN.

¿De veras? Pues concertemos.
¿Quánto, mirado en conciencia,
valdrá, poco mas ó menos,
ajustar esta pendencia?

D. LEONOR.

¿Quieres paga?

MILLAN.

¿Mis derechos,
no es justo? ¿Quieres, que sea
alcahuete del campillo?

D. LEONOR.

Toma este diamante.

MILLAN.

Venga.

D. JUAN.

Aparta, picaro.

MILLAN.

Nolo.

D. JUAN.

¿Tal infamia emprendes?

MILLAN.

Etiam.

D. JUAN.

¿Para qué?

MILLAN.

Para sacar
de empeño un lio de prendas,
y el vestido del figon.

D. JUAN.

Vive el cielo, que la lengua
te arránque aqui, si no callas.

MILLAN.

Vive Dios, que la gallega
me ha dicho, que han de vender
el coleto en la taberna.

D. LEONOR.

¿Qué dices, Don Juan?

D. JUAN.

¿Leonor,
qué ha de decir quien desea,
para ver, luz en tus ojos?

MILLAN.

¡Hay infamia como aquesta!
¡Que haga las paces de valde,
quien ha un mes, que no cena;
y la noche que hay guisado,
se hace de carne de huerta!

D. LEONOR.

Pues, Don Juan, aqui el temor
de mi hermano me desvela.
A la hora señalada
mi fé esta noche te espera,
para que de tus temores
te aseguren mis finezas.
Toma los brazos, y á Dios.

D. JUAN.

Vida con ellos me dexas
de aqui á la noche.

MILLAN.

Laus Deo.
Mirenlos. Tan facil fuera
reducir á Cataluña.

D. JUAN.

Yo ll garé hasta la puerta.

D. LEONOR.

Don Juan, no pases de aqui.

D. JUAN.

Ya conoces mi obediencia.

D. LEONOR.

A Dios.

MILLAN.

Con la colorada.

D. JUAN.

¿Vas ya, Leonor, satisfecha?

D. LEONOR.

¿No basta desenojada?

D. JUAN.

¿Quién te enojó?

D. LEONOR.

Mi sospecha.

D. JUAN.

¿Pues ahun dudas?

D. LEONOR.

Soy amante.

D. JUAN.

¿No me crees?

D. LEONOR.

Eso quisiera.

D. JUAN.

¿Quién te lo estorva?

D. LEONOR.

Mi amor.

D. JUAN.

¿Por qué?

D. LEONOR.

Porque lo desea.

D. JUAN.

¿Pues no lo vé?

D. LEONOR.

No; que es fé.

D. JUAN.

Mejor cree.

D. LEONOR.

Sí; pero es ciega.

D. JUAN.

Pues yo iré esta noche:::

D. LEONOR.

¿A qué?

D. JUAN.

á que sin duda lo veas.

D. LEONOR.

Quiera amor, que lo conozca.

D. JUAN.

Quieras tú, que amor lo quiera.

MILLAN.

Acabóse en *tiquis mibis*,
propio paso de comedia.

MILLAN.

¿Millan?

MILLAN.

No de la Cogulla.

D. JUAN.

¿Por qué?

MILLAN.

En Castilla la Vieja
los de la Cogulla tienen
cosa de un millon de renta.

D. JUAN.

Gran gusto son unos zelos
si un dulce fin los concierta.

MILLAN.

Y principalmente, quando
la hora de comer se llega,
y solo ese plato dulce
hay, que poner en la mesa.

D. JUAN.

¡Siempre de eso has de hablar, necio!

MILLAN.

Pesia el alma de mi avuela.
¿De qué he de hablar á las doce,
si está nuestra chimenea
como viudo de entierro?
¿Tus tripas no consideran,
que á tal hora en qualquier casa
anda un almirez, que suena
á los organos de Mostoles?
¿Y el olor de las especias

se entra tanto por el alma,
que el azafran nos prenetra
la cára, pues de hambre estamos
amarillos como cera?
¿Pues luego hay apelacion?
Las pistolas la Tendera
tiene ya de lo fiado
tan cargadas, que revientan.
Mira, si hay mayor desdicha,
pues es tal nuestra miseria,
que hasta las bocas tenemos
empeñadas en la tienda.
El broquel ha ya tres meses,
que está con la Pastelera;
y como tiene el broquel,
riñe, siempre que me encuentra;
y ahun el broquel empeñado,
antes dá alivio que pena;
porque con eso tenemos
empeñadas las pendencias.
Si vás á pedir prestado,
solo hay, quien preste paciencia.
Si á la conversacion vás,
por si un barato se suelta,
suelen jugar dos amigos
(que te habia de dar qualquiera)
tres horas, y se levantan
en paz á las dos y media.

Tus padres ya se murieron,
y ahun no sabes de tu tierra
si son muertos todavía.
La guerra voló tu hacienda.
De ir y venir cada dia
al Secretario de Guerra,
solo trahemos mas hambre,
porque dá á los dos audiencia.
Y tras toda esta desdicha,
solo es lo que me consuela,
que en la Corte pretensiones,
ahunque largas, son inciertas.

D. JUAN.

¿Millan:::?

MILLAN.

Voto á San Millan:::
¿Para esto tienes respuesta?

D. JUAN.

¿No sabes cómo he servido?

MILLAN.

¡Servido! Como vayeta
de Rodrigón de desván,
que les dura un año nueva,
dos raída, y quatro rota,
hasta que algun luto pescan,
que por él pienso que cantan
sin duda el *requiem aeternam.*

D. JUAN.

Don Garcia de Toledo,
hermano de Leonor bella,
es un caballero ilustre
de alta sangre y rica hacienda.
No me atrevo á declarar,
viendome en tanta pobreza;
que ahun si estubiera decente
para hablar en su presencia,
conociendo mi valor,
mis servicios y nobleza,
no dudo, que acetaria
el casamiento.

MILLAN.

Pues dexa
esta empresa, y de la dama
que envió el papel, aceta
lo que ofrece agradecida;
que ahunque no sabemos de ella,
ni quién es, ni dónde vive,
bien, que el nombre se me acuerda,
que era Doña Ana de Bargas,
por mayor me han dado señas,
de que es una Indiana, que
trahe toda la China acuestas.

D. JUAN.

Villano, si, á hablarme, vuelves
de otra, que Leonor no sea,

tè he de matar, vive el cielo;
y ahora, ahora lo hiciera,
á no pensar, que te burlas.

MILLAN.

¡Pues habia de hablar de veras,
siendo ésta una mujer rica,
que con su amor te remedias,
y estando muriendo de hambre!

Sale Casilda tapada.

CASILDA.

Ce.

MILLAN.

¿Qué tapada es aquesta?

D. JUAN.

¿Llamaisme á mí?

Responde por señas.

MILLAN.

Que no, dice.
¿Y á mí? Sí, dice por señas.

D. JUAN.

¡Pues buscais este criado?

MILLAN.

¿Nolo vés? ¿Oyga, te pesa?
¿Pues no os busca á vos Leonor?

D. JUAN.

A tí te llama; anda, llega.

Hace señas.

MILLAN.

Oyes, dice, que te vayas.

D. JUAN.

Vé; que yo estoy á la vuelta. *vase.*

MILLAN.

Madre de Dios, si de mí
se ha enamorado esta necia,
y me trahe algun socorro.

CASILDA.

¿Cómo no llegais?

MILLAN.

¿Sois negra?

CASILDA.

¡Negra!

MILLAN.

Es que yo espero el cuervo,
y quisiera ver sus señas;
mas no véo el panecillo,
por mas que encorvo las cejas.

CASILDA.

¿Hambre tiene?

MILLAN.

De sitiado.

CASILDA.

Sigame.

MILLAN.

¿Dónde me lleva?
Mire, que estoy en ayunas.

CASILDA.

Asi se ha menester. Venga.

MILLAN.

Pues me lleva, á sacar manchas?

CASILDA.

Esa es la casa.

MILLAN.

¿Tan cerca?

CASILDA.

Y en aqueste quarto baxo.

Entran y salen.

MILLAN.

Muy grande jaula es aquesta.

CASILDA.

¿Y es chico el paxaro acaso?

MILLAN.

Desván creí en mi conciencia;
y iba resuelto á pecar,
si algo de almorzar me dieran.

CASILDA.

¿Y con qué se contentara?

MILLAN.

Con cosa de diez docenas
de huevos y con diez libras

de tocino, y una pierna
de carnero en otras diez
librillas de arroz envuelta.

CASILDA.

Mucho cuenta por el diez.

MILLAN.

Tengo con el diez gran cuenta.

CASILDA.

Pues aguarde en esta sala;
que ya salgo.

MILLAN.

Escucha, espera,
mujer, ¿De quién soy llamado?

CASILDA.

De una mujer de hartas prendas.

MILLAN.

¿Quiere, que se las empeñe?

CASILDA.

Es muy rica.

MILLAN.

¿Pues qué intenta?

CASILDA.

No sé: ella os llama.

MILLAN.

¿Es á juicio;
porque le pierdo en conciencia?

CASILDA.

Parece, que tiene miedo.

MILLAN.

Sí tengo.

CASILDA.

Pues duda fuera.
¿Conóceme?

MILLAN.

Sí; ella es;
mas yo no sé, quién es ella.

CASILDA.

¿Ya olbidó el lance del Prado?

MILLAN.

Valgate el diablo. ¿Tù eras?
¡Jesus, y lo que has crecido!

CASILDA.

¿De ahier acá? Buena es esa.

MILLAN.

¿Vives aqui?

CASILDA.

Con mi ama.

MILLAN.

¡Jesus! ¿La Indiana?

CASILDA.

La mesma.

MILLAN.

Al lado de Leonor vive. *ap.*
Por Dios, que la han hecho buena.
¿Pues cómo no me dixiste,
quando el papel, estas señas?

CASILDA.

Porque no osaba mi ama,
que tú á su casa vinieras;
porque vive con su hermano,
que es la misma quinta esencia
de la miseria y los zelos,
siendo tanta su riqueza,
que tiene, ahunque miserable,
mas dinero, que miseria.
Es fabula de Madrid
su mezquindad; y si viera,
que entrabas aqui, lleváras
hecha rajas la cabeza.

MILLAN.

Pesia el alma que me hizo.
¡Pues á eso me trahes!

CASILDA.

No temas;
que á estas horas no está en casa.

MILLAN.

¿Pues tu señora, qué intenta?

CASILDA.

Está perdiendo el juicio
por Don Juan.

MILLAN.

¡Qué linda es esa!
¿Pues no haremos, que nos valga?

CASILDA.

No te perderás con ella.

MILLAN.

¿Tiene que dar?

CASILDA.

Es señora
de la mitad de la hacienda.

MILLAN.

¿Y tiene oro?

CASILDA.

Como paja.

MILLAN.

¿Tiene plata?

CASILDA.

Como tierra.

MILLAN.

¿Y vellon?

CASILDA.

Como burrajo.

MILLAN.

¿Y tras eso se le suelta?

CASILDA.

Como á una media de pelo.

MILLAN.

Señores, yo hallé la tierra,
que dicen que está empedrada
con torreznos y manteca.

CASILDA.

Yo entro allá. *vase.*

MILLAN.

¡Jesus, qué estrados,
qué sillas, y qué alhacenas!
¡Y con esto es miserable!
Mas si tiene tales telas,
¿cómo ha de ser bobo un hombre,
que anda con tales piezas?

Salen Doña Ana y Casilda.

D. ANA.

¿Es éste?

MILLAN.

El dicho Millan.

D. ANA.

Mucho me huelgo, de verte.

MILLAN.

¿Por Dios?

D. ANA.

Es agradecerte,
lo que no debo á Don Juan.
Porque, segun lo que infiero
de su respuesta, Don Juan
anda muy poco galan,
por andar mas caballero;
pues sabiendo, que yo sé
su valor y su nobleza,

ajada en tanta pobreza,
no venir, negarse fue
con terminos cortesanos
al premio de su valor.

MILLAN.

Pues no se pierda el favor;
que aqui estoy yo con mis manos.

D. ANA.

Yo con una le queria;
porque sé de una señora,
á quien su brio enamora,
de hermosura y bizarría,
que en su sangre no hay, quien note
sino tímbres de honor llenos.
Y si se casa, lo menos
son cien mil pesos de dote,
que le estima, y puedo yo
ir, la boda disponiendo.

CASILDA.

¿Ah Millancillo?

MILLAN.

Ya entiendo.

CASILDA.

Vé en ella.

MILLAN.

No sino no.

D. ANA.

Al empeño agradecida,

que tubo por mí, quisiera
ser de sus bodas tercera.

MILLAN.

Pues, señora de mi vida,
no dilates dicha tal.

D. ANA.

¿Se casará?

MILLAN.

De cogote.
Con cien mil pesos de dote
se casará un Provincial.

D. ANA.

Solo el sí suyo se espera.

MILLAN.

Sahumado te le traheré.
¿Y dónde hablarte podré?

D. ANA.

Por esa rexa postrera,
desde las diez; que éstas son
las horas, de aseguralle.

MILLAN.

Seré á las once en la calle
mas puntual que un leon.
¡Qué haré, Cielos; que, á D. Juan *ap.*
decirle esto, no es posible,
sin que de su amor terrible
pruebe la furia Millan!
Pues que se cuente de mí,

que aquesto dexé perder,
pudiendo aquesta mujer
valernos un Potosí:
nequaquam. Yo haré, que sea
tal embuste, el que he de hacer
con los dos, que yo he de ser
el primero que lo crea.
Comience la trampa aquí.
Señora, voylo á emprender,

D. ANA.

Pues no dexes de volver.

MILLAN.

Fuera, no volver por mí.

D. ANA.

Pues vete.

CASILDA.

Detente, espera.
Mi señor::: Hazar.

MILLAN.

Y encuentro.

D. ANA.

¿Qué dices?

CASILDA.

que entra acá dentro.

D. ANA.

Pues procura tú, echar fuera
á Millan.

MILLAN.

Lindos regalos
me estrenan.

D. ANA.

Gran mal recelo. *vase.*

MILLAN.

¿Hay algun Santo en el Cielo,
avogado de los palos?

CASILDA.

No sé qué hacer : que ya ha entrado.
Procura, escurrirte afuera. *vase.*

MILLAN.

Mujer del demonio, espera;
que diré, que me has llamado.

Salen Don Garcia, Don Diego y Ginés.

D. DIEGO.

Llega sillas, Ginés.

D. GARCIA.

Solo os quisiera.

D. DIEGO.

Pues solo me teneis. Vete allá fuera.

Vase Ginés, y retirase Millan al paño.

MILLAN.

¡Cielos, qué miro! Aqueste es Don Garcia,
hermano de Leonor. La dicha mia
le trahe para escaparme, mientras hable;

y el Don Diego ahun de traza es misera-
D. DIEGO. [ble.
Decid, lo que mandais : temblando he estado,
de que me vengan, á pedir prestado. *ap.*
D. GARCIA.
Pues yo soy Don Garcia de Toledo.
D. DIEGO.
Por vos, y por vecino, no me puedo
excusar la noticia, y es ociosa.
D. GARCIA.
Por lo que lo prevengo, es otra cosa;
que es la razon, de hablaros enojado.
D. DIEGO.
Peor es esto, que pedir prestado. *ap.*
¡Vos enojado!
D. GARCIA.
Y ofendido el brío.
D. DIEGO.
Tenga usted. ¿Esto pára en desafio?
D. GARCIA.
No llegan á ese extremo mis cuidados.
D. DIEGO.
Porque me costó uno mil ducados,
y el duelo que en aquesto hubiere habido,
aqui hemos de dexarlo concluido;
y asi mire, si al campo usted me lleva,
porque primero reñiré en la cueva.

MILLAN.

Ahora escurrirme puedo.

Al irse, mueve la silla, y vuelvese á esconder.

D. GARCIA.

Es, pues, el caso:::

MILLAN. [paso.

Tente, hombre del demonio. Helóme el

D. GARCIA.

que yo estoy ofendido, de que siendo
tan notoria mi fama y mi nobleza,
y en mi esfera (bien digo) y mi riqueza,
vos deis nota, mirando mis balcones,
de perder á mi honor las atenciones;
porque mi hermana solo ser mirada
puede, de quien pretenda, ser su esposo.
Y si con este fin ella os agrada,
teniendo hermana vos, que hará dichoso
con dote y hermosura á qualquier dueño:
sabiendo, que mi sangre y que mi renta
seis mil ducados son, parece afrenta,
haber con el escandalo hecho empeño,
lo que de entrambos fuera conveniencia,
propuesto con amor á la prudencia.
Y asi:::

D. DIEGO.

Tened; que lo que está entendido,
pierde el tiempo, y estorba referido,
y si ese honrado escrúpulo os desvela:::

MILLAN.

¿No quieren darme pan y callejuela?

D. DIEGO.

Verdad es, que he mirado vuestra casa,
y de esa mi señora la hermosura,
en quien confieso que á cuidado pasa
mi atencion, olbidada mi cordura,
poniendo en la ocasion á mi cuidado
el natural favor, que dá su agrado.

MILLAN.

¡Qué escucho! Por saberlo, les perdono
la mitad del peligro de los palos.
Mas ahora que están bien divertidos,
me zafo: en mis pies vayan mis sentidos;
yo fingiré, que entraba, si me encuentra.

D. DIEGO.

Ahunque nunca bastó::: ¡Pero quién entra!

Sale Millan.

MILLAN.

Yo.

D. DIEGO.

¡Cómo! ¡Quién es!

MILLAN.

Qué sé yo: un hombre.

D. DIEGO.

¿Cómo aqui entrais?

MILLAN.

¿Yo? Bueno.

D. DIEGO.

¿Venís loco?

MILLAN.

¿No me conoce?

D. DIEGO.

No.

MILLAN.

Ni yo tampoco.

D. DIEGO.

Villano, vive Dios::

MILLAN.

Quedo: que vengo
á cobrar una letra. ¡Si me agarra!

D. DIEGO.

¿De qué la letra es?

MILLAN.

De la guitarra:
digo de mi amo el Mercader Flamenco.

D. DIEGO.

¡Qué amo! Hablad. Decid, cómo se llama.

MILLAN.

Pensé, le conocierais por su fama.
Balán Samuél. No sé, cómo me escurra.

D. DIEGO.

¡Balán Samuél!

MILLAN.

Desciende de la burra.

D. GARCIA.

Este es un loco, y no debe enojaros.

D. DIEGO.

Idos, y ved, que aqui puede libraros
de la ignorancia el privilegio, loco.

MILLAN.

¿Pues á cobrar, no he de venir tampoco?

D. DIEGO.

Y si á cobrar venís, sabed la caxa;
que si otra vez volveis con tal baraja,
baxar por un balcon, será el atajo.

MILLAN.

Mire usted, que es aqueste quarto baxo.

D. DIEGO.

Pues pozo tiene. Andad.

MILLAN.

Y yo testigo.
A Dios. Balán Samuél vaya conmigo. *vase.*

D. DIEGO.

Perdonad.

D. GARCIA.

Proseguid, señor Don Diego.

D. DIEGO.

Digo, pues, que jamás el fiel sosiego
del recato alteró mi pensamiento;
mas pues llega á tratarse el casamiento
de los dos, sin que medie la violencia,
se ha de ajustar tambien la conveniencia.

Vos habeis de dotar á vuestra hermana.

D. GARCIA.

No ; porque á un mayorazgo vinculados tiene de renta quatro mil ducados.

D. DIEGO.

¡En juros!

D. GARCIA.

No, señor : tierras y casas.

D. DIEGO.

Linda hacienda. ¿Y las casas en qué parte?

D. GARCIA.

En la calle Mayor.

D. DIEGO.

Famoso asiento.
¿Y son libres de huesped de aposento?

D. GARCIA.

Y de otra qualquier carga.

D. DIEGO.

Yo tengo una de las del privilegio de Laguna.
Tiene cien pies de fondo, con cochera, y setenta y dos pies de delantera, que no la trocaré por un tesoro.

D. GARCIA.

Ni yo; que son las casas de mi hermana libres y juntas.

D. DIEGO.

¿Todas en manzana?

Con este dote, que es puro dinero,
es contento, casarse un caballero.

D. GARCIA.

Pues si la voluntad está tan llana, [na,
yo el dote no pregunto á vuestra herma-
y el concierto la plática concluya.

D. DIEGO.

La mitad de mi hacienda es toda suya.

D. GARCIA.

¿Pues qué resta, que hacer?

D. DIEGO.

Daros la mano.

D. GARCIA.

La palabra es bastante.

D. DIEGO.

Eso no es llano.
Escritura ha de haber de lo tratado;
que para aqueso pago yo un Letrado.

D. GARCIA.

Pues señalad el plazo.

D. DIEGO.

Eso deseo.
Mañana, que no es dia de correo.

D. GARCIA.

Pues yo os vendré, á buscar.

D. DIEGO.

No; yo iré, á veros.

D. GARCIA.

Parientes somos ya.

D. DIEGO.

Mas caballeros.

D. GARCIA.

A Dios.

D. DIEGO.

A Dios. No tiene tanto agrado
desde que le imagino mi cuñado. *vanse.*

Salen Don Juan y Millan de noche.

D. JUAN.

¡Jesus, Jesus, qué locuras!
¿Eso te has puesto á pensar?

MILLAN.

Si lo has de ver y tocar,
señor, ¿para qué me apuras?

D. JUAN.

¡Mercader tienes!

MILLAN.

¿Pues no?

D. JUAN.

Pues como el credito corra,
y él por ellas nos socorra,
mil firmas te daré yo.

MILLAN.

Viendote en pobrezas tantas,
que en tu ayuno á firme apuestas,

pues siempre en tu amor te acuestas,
de modo que te levantas;
me acordó mi hambre prolixa
de un Mercader rico y sano
de mi tierra, Zamorano,
que está como una botija.
Este sabe bien de mí,
que le tengo que callar,
y si le pido, ha de dar,
y mas si llego por tí,
con título de prestallo,
á honestar la peticion,
huirá de la negacion,
para que no cante el gallo.
Tu nombre en ninguna tienda
por tu bizarría es nuevo;
y si tu firma le llevo,
me ha de dar toda su hacienda.

D. JUAN.

¡Qué desatinado estás!
¿Pues eso se puede creer?

MILLAN.

¿Si yo traygo que comer,
señor, no lo probarás?
Asi el pan busca el pobrete,
y de Carpintero campa;
que ninguno hace una trampa,
que no le sobre un zoquete.

D. JUAN.

Firma tienes y licencia.
Veamos, qué de ella se infiere.

MILLAN.

Si ella no te enriqueciere,
se me vuelva de sentencia.
Sobre esta firma, que ha dado
traygo ya escrito un papel
para la Indiana, y en él
aceta amor de contado;
que como ella ha visto ya
firma de mi amo, al instante
lo creerá; y ahunque de amante
el papel sin firma vá,
como ella no le ha de ver,
ni él á ella, si yo puedo,
para que dure el enredo,
este el credito ha de ser.
La letra que yo hago, es
á la firma parecida,
con que vá la trampa urdida,
que engañará á un Calabrés.
Con eso y mis buenas mañas,
que yo me las sabré dar,
á esta Indiana he de quitar
los pelos de las pestañas.
Salgan á luz sus doblones;
ya pienso, en lo que se fragua;

la boca se me hace agua,
de imaginar en capones.
Que bebe, creerá Don Juan,
como el Mercader ignora,
de alcarrazas de Zamora,
y son barros de Natan.

D. JUAN.

Acabame de decir,
lo de la tapada de hoy.

MILLAN.

¡Ay señor, y quál estoy!
Hay mucho, que discurrir.
La mas bella moza hallé;
y está loca la cuitada.

D. JUAN.

¡Loca!

MILLAN.

Loca.

D. JUAN.

¿Y está atada?

MILLAN.

A mis pensamientos.

D. JUAN.

¿Qué?

MILLAN.

Me está la pobre adorando;
y es un proprio serafin.

D. JUAN.

Anda, puerco, galopin.
¿Conmigo te estás burlando?

MILLAN.

¿Pues á mí, sino dineros,
qué me falta?

D. JUAN.

Me dá risa.
¡A un borracho sin camisa!

MILLAN.

Por eso Amor está en cueros.
Tú á mí, ahunque yo estoy contigo,
no me has visto bien de dia.
¿Sabes tú la simpatía,
que tiene estotra conmigo?
Esto de la inclinacion
tiene varios pareceres.
¿No has visto muchas mujeres
perdidas por un capon?
Si reparas, á los cojos
las de malos pies adoran:
las preñadas se enamoran,
de los que tienen antojos:
las muchachas de un muchacho:
de un zayno las cejijuntas,
y una mujer, que hacía puntas,
se enamoró de un Gavacho.
Y porque veas el efecto,

la hora es ya. La seña haré.
Retirate allí, porque
no me culpen el secreto.

Hace una seña, abren la rexa, y salen Doña Ana y Casilda.

D. JUAN.

¡Jesus, qué locura! ¡A tí!

MILLAN.

Verás, si el paso lo abona.

CASILDA.

¿Eres Millan?

MILLAN.

De Cardona.

CASILDA.

Ya mi señora está aquí.

D. JUAN.

Abrieron. ¡Quedo aturdido!
Cosas de Madrid serán.

MILLAN.

Bien puedo hablar; que Don Juan
no alcanza á tiro de oído.

D. ANA.

¿Qué hay, Millan?

MILLAN.

Brava respuesta.

D. ANA.

¿Pues qué trahes?

MILLAN.

Responsion,
y acepta, con condicion,
que tú seas la propuesta;
que sin dote ni invenciones
te quiere, por tí se muere;
mas si es otra, no la quiere,
ahunque tenga dos millones.
Este papel te dará *daselo.*
mas razon; que yo concluyo,
por no ser largo.

D. ANA.

¿Y es suyo?

MILLAN.

Su firma te lo dirá.

D. ANA.

¿Pues cómo con tanto amor,
ahun no me ha venido, á ver?

MILLAN.

Porque eso no puede ser.

D. ANA.

¿Por qué?

MILLAN.

Fuera grande error.

D. ANA.

¿El qué?

MILLAN.

Yo sé, que te adora.

D. ANA.

¿Pues qué duda?

MILLAN.

Algun delito.

D. ANA.

¿De qué, si yo lo permito?

MILLAN.

Hablemos claro, señora.
Mi señor no hay mas que sea
en sangre y en bizarría;
mas está tal, que de dia
no osa, que nadie le vea.
Su pobreza le retira,
y en casa sufre el calor.

D. ANA.

¿Pues si es de noche?

MILLAN.

Peor;
que anda una ronda, que mira
desde la planta al copete,
con un linternon, que dan;
¿Pues si topan á Don Juan
descalzo, que ahun no es juanete,
quieres, que responda al cabo,
si un Alcalde le encontrára,
quién vá allá? Don Juan de Lara,
vestido de chicha y nabo?

D. ANA.

Yo le podré socorrer.

MILLAN.

Santa Barbara bendita,
que en el Cielo estás escrita.
¡Qué es, lo que has dicho, mujer!

D. ANA.

¿Pues què?

MILLAN.

¿Don Juan, que se alaba,
de que es del Cid su nobleza,
ha de hacer esa baxeza?
Vive Christo, que se clava. *ap.*

D. ANA.

¿Si yo en secreto lo ordeno?

MILLAN.

¡Jesus, que error tan profundo!
Quemára sobre eso el mundo.
Sopla, Musa; que vá bueno. *ap.*

D. ANA.

Yo intervine por mi mano,
por ser de un deudo en su ausencia,
en una correspondencia
de las que tiene mi hermano.
De esto resultó, que yo
dos vales suyos guardé,
que á algun empeño libré,
que hasta aqui no se ofreció.

Como es tan continuo, el darlos
mi hermano en sus diligencias
por sus muchas dependencias,
no hay duda alguna, en cobrarlos,
habiendolo de callar.
Esto asegurado asi,
si yo te los doy á tí,
y tú los vas á cobrar,
sin que Don Juan lo supiese,
qué riesgo hay?

MILLAN.

Riesgo hay en todo;
mas si fuere de ese modo,
pudiera ser, que lo hiciese.
¡Jesus, y qué brava mina! *ap.*
¿Señores, que habiendo aquí
á pie quieto un Potosí,
haya, quien vaya á la China?

D. ANA.

Pues yo en ir por él, no tardo,
mas que en leer este papel.

MILLAN.

¿El vale?

D. ANA.

Sí.

MILLAN.

¿Vas por él?

D. ANA.

Al punto vuelvo. *vase.*

MILLAN.

Ya aguardo.
Bravo vá: mi amo está atento.
Finjo gravedad con tos. *tose.*

D. JUAN.

Esto es sueño. ¡Vive Dios,
que pierdo mi entendimiento!

MILLAN.

¡Casilda, raros sucesos!

CASILDA.

Tú la entraste por buen lado.

MILLAN.

A flúx pintó de contado.

CASILDA.

¿Qué tocaré yo?

MILLAN.

Esos huesos.

CASILDA.

¿Y no mas?

MILLAN.

Te traheré luego
un laúd.

CASILDA.

¡Ah galopin!
Mira en la rota, que al fin
las miserias de Don Diego

de Bargas van á parar.

MILLAN.

Pues por Dios que siento, que se llame Bargas.

CASILDA.

¿Por qué?

MILLAN.

Porque lo ha de averiguar.

CASILDA.

Mas ya vuelve.

MILLAN.

Pues sí agarro:::

CASILDA.

Calla, y no te desabroches; que han de valerte estas noches, quando menos, un catarro.

Sale Doña Ana.

D. ANA.

Millan, ya leí el papel: verdad es, quanto me has dicho. Toma el vale.

MILLAN.

¿Susodicho?

¿Y qué es, lo que viene en él?

D. ANA.

Quinientos escudos son; y como fueres gastando,

me puedes ir avisando.

MILLAN.

Con toda satisfaccion.

D. ANA.

A Dios.

MILLAN.

¿Volveré?

D. ANA.

¡Pues no! *vase.*

CASILDA.

Oyes: traheme una cosilla. *vase.*

MILLAN.

Yo te haré una seguidilla
de Casilda, Casildo.
Salto y brinco de contento:
coche pienso poner hoy.

D. JUAN.

¿Qué tienes, loco?

MILLAN.

¿Qué? Estoy
que pierdo el entendimiento.

D. JUAN.

¿Y es hermosa?

MILLAN.

¿Qué eso ignores?
Como un oro.

D. JUAN.

¡Pues qué has hecho!

MILLAN.

Me ha metido en este pecho
mas de quinientos favores.
Esto es amor. ¡Ah señor,
si tú á la Indiana quisieras,
qué dichoso que te vieras!

D. JUAN.

Villano, loco, traydor:::

MILLAN.

¿Señor, has perdido el seso?

D. JUAN.

¿de eso me hablas?

MILLAN.

Bien, por Dios;
pues yo sé, que hay mas de dos,
que te andan royendo el queso:
y por advertencia vana,
no te he dicho, que este dia
ha reñido Don Garcia
con un hombre por su hermana.

D. JUAN.

¿Qué es lo que dices, traydor;
que te arrancaré la lengua,
si mientes?

MILLAN.

Tuya es la mengua.

D. JUAN.

Mas calla: que ya Leonor

en la rexa ésta.

MILLAN.

Pues dalle.

Salen á otra rexa Doña Leonor é Inés.

D. LEONOR.

Ya, Inés, mi hermano se ha ido.
¿Si Don Juan habrá venido?

INES.

Ya yo le he visto en la calle.

Sale Don Garcia de barrio.

D. GARCIA.

A la conversacion iba,
sin dar á mi hermana aviso
de sus bodas y las mias;
mas antes de ir, pues ya miro,
que está al fresco en la ventana,
como otras muchas, decirlo,
es atencion, que la debo;
que es yerro, á su regocijo
dilatar la buena nueva.

D. JUAN.

¡Qué es esto! ¿Un hombre, no has visto,
que hácia la rexa se llega?

MILLAN.

Sí véo.

D. JUAN.

Pues encubrirnos
y acercanos mas, importa.

D. GARCIA.

¿Leonor?

D. LEONOR.

¿Hermano?

D. JUAN.

¿Has oído?
Su hermano es.

MILLAN.

De padre y madre.

D. GARCIA.

Tengo de darte un aviso;
de gusto es; pero despues
te lo diré.

D. LEONOR.

¿Pues qué ha habido?
No me dilates el gusto.

D. GARCIA.

Ahunque pudiera contigo
haberme antes enojado,
porque hubieses permitido,
ahunque en lícito agasajo,
de Don Diego mi vecino
el decente galantéo;
ya, Leonor, te lo permito;
porque él ha de ser tu esposo;
que asi lo hemos convenido,
siendolo yo de su hermana.
Pagame ahora el aviso

en alegrarte, y á Dios. *vase.*

MILLAN.

Desatame aquese lio.

D. LEONOR.

Valgame el Cielo, ¡qué escucho!
Inés, sin alma respiro.
¡Qué impensado mal es éste?

D. JUAN.

Esto es, ingrata, haber visto
tus trayciones y mi engaño,
tus cautelas y mi olbido,
mi muerte y tus falsedades,
mi tormento y tu delito.
Cayga un rayo, que en ceniza
vuelva los halientos mios,
si es que abrasa mas un rayo,
que el fuego, que yo respiro.

D. LEONOR.

Don Juan, Don Juan, ¿ah señor?
¡Ay de mí! Vuelve, ¿Qué has visto?
¿Qué has escuchado?

D. JUAN.

¿Qué dices?

D. LEONOR.

Que yo::: Si tú aqui has oído:::

D. JUAN.

¿Qué dirás?

D. LEONOR.

Digo, señor:::
¿Qué sé yo lo que me digo?
que yo no:::

D. JUAN.

¡Ah falsa! ¡Ah tirana!
¿Venenoso basilisco,
que en tus luces lisonjeras
me has disfrazado el hechizo,
eran estos, eran estos
los zelos y los retiros?
¿Eran éstas las sospechas,
que acreditaban de fino
tu amor falso y alevoso,
que al incauto pecho mio,
la luz, que dió para incendio,
resultó aqui para aviso?
¿Eran aquestas las quexas,
con que á mí tu pecho esquivo,
como el cazador astuto,
fingiendo el amante silbo,
al lazo desesperado
llama el simple pajarillo?
¡Mal haya la fé engañada!
¡Mal haya el ciego delirio
del amor, que por lisonja
creyó, lo que era peligro!
Yo lo erré, Leonor: no tú.

yo mismo (¡ay de mi!) yo mismo
guié en tu tirana mano
á mi garganta el cuchillo.
Yo tube la culpa, yo:
de mí me quexo yo mismo;
que si en el ingrato obrar,
como ingrato, era preciso,
la culpa tubo el piadoso,
que le ocasionó el delito;
y pues yo tube la culpa,
iré al horror y al sonido
de la cadena, que arrastro,
á llorar los yerros mios. *vase.*

D. LEONOR.

¡Ah Don Juan, señor: ay cielos!
¡Quién tanta desdicha ha visto,
sin dar causa! ¡Estoy mortal!
Sin escucharme se ha ido.

MILLAN.

¡Qué ha de escuchar! Valgá el diablo
el bergante, mal nacido,
que no se las traga á todas
picadas como pepinos.

D. LEONOR.

¡Tú tambien, Millan, me dexas!
Escucha, mira.

MILLAN.

Ya miro.

D. LEONOR.

Llamale.

MILLAN.

¡Ah falsa; ah tirana!

D. LEONOR.

¿Qué dices?

MILLAN.

Lo que yo he oído.

D. LEONOR.

¿Qué has oído?

MILLAN.

Mis agravios.

D. LEONOR.

¿Qué agravios?

MILLAN.

Yo los he visto.

D. LEONOR.

Vén; no te vayas.

MILLAN.

Sí quiero.

D. LEONOR.

¿Por qué?

MILLAN.

Porque he conocido:::

D. LEONOR.

¿Qué has conocido?

MILLAN.

mi mal.

D. LEONOR.

¿Quál?

MILLAN.

El que Dios es servido.

D. LEONOR.

Llamame á Don Juan.

MILLAN.

Soy noble.

D. LEONOR.

Trahele aqui.

MILLAN.

Soy ofendido.

D. LEONOR.

¿De qué?

MILLAN.

De zelos rabiosos.

D. LEONOR.

¡Oh mal haya mi destino,
que sin recelar el daño,
me ha llevado al precipicio!

MILLAN.

¡Mal haya, quien muere de hambre,
pudiendo morir de ahito!

JORNADA SEGUNDA.

Sale Millan bien vestido, y Casilda.

CASILDA.

¿Eres Millan?

MILLAN.

¿No lo vé?

CASILDA.

¿Pues cómo ya tan galan?

MILLAN.

Milagro de San Millan.

CASILDA.

¡Jesus!

MILLAN.

Maria y José.

CASILDA

¿Pues quién, no habiendo cobrado
la letra, te socorrió?

MILLAN.

Un Mercader, en que halló
padre y madre mi cuidado.

El vió mi aprieto y su ahorro;
y al ponersela presente,
vió la letra tan corriente,
que escupió esta gala en corro.
Vistió á mi amo, y trás él
librea para dos pages;
que hay en el mundo salvages,
que esto dan sobre un papel,
y vellon para el consumo;
que trás galas y librea,
tambien nuestra chimenea,
guarneció de puntas de humo;
y tascando el fiador,
para cobrar real, por real,
queda ahora en ese portal
como mula de Doctor.

CASILDA.

¿Qué á cobrar vienes?

MILLAN.

¿Pues no?
Si tres veces he venido,
y por trampas que he fingido,
Don Diego hace mas que yo:
para hoy hizo promision.

CASILDA.

Su miseria no es de creer.

MILLAN.

Miserable puede ser

entre dueñas de racion.

CASILDA.

¿Pues cómo estando vestido,
no viene á ver á Doña Ana?

MILLAN.

Para eso está ahí mañana;
que hasta ahora no ha salido.
No vendrá él acá en mis dias. *ap.*

CASILDA.

Ella esperandole está.

MILLAN.

Sí; mas lo mismo será, *ap.*
que si esperára el Mesías.

CASILDA.

Grave, parece, que estás.
¿Tanto la gala te hinchó?

MILLAN.

Ahora, hermana, valgo yo
á veinte suspiros mas.

CASILDA.

¿No me trahes nada?

MILLAN.

¡Que cayga
en ese error tu cuidado!
¡Pues si yo no te he llevado,
cómo quieres, que te trayga?

CASILDA.

¿Pues por qué, darme, no quieres?

MILLAN.

Ahunque conmigo riñeras,
no lo haría. Es de baberas,
andar dando á las mujeres.

CASILDA.

¡Ah picaro! mas Don Diego
puede salir; que ya es hora.
Avisaré á mi señora,
porque quiere hablarte luego.
Cobra la letra, y mi parte
he de tocar de ella yo.

MILLAN.

Tocar y cantar; ¿pues no?

CASILDA.

Pues ello algo he de sacarte,
porque el secreto no vuele.
Mira bien, lo que ha de ser.

MILLAN.

Pues si me das á escojer,
sea una muela, que me duele.

D. DIEGO *dentro.*

¡Pasará por eso un ciego!

CRIADO *dentro.*

Yo á dar las cuentas, me obligo.

CASILDA.

Don Diego es. ¿Millan, qué digo? *vase.*

MILLAN.

Que ese es muy lindo Don Diego.

Sale Don Diego con una cuenta en la mano, y Ginés.

D. DIEGO.

¿Sesenta reales gastó
sin extraordinario ahier?

GINES.

Sí; en la cuenta lo has de vér:
mira, si está justa ó no.

MILLAN.

¿Cuenta toma? Bravo vicio
será.

GINES.

Mira si hay error.

D. DIEGO.

Ya lo miro: sí, señor;
mas por Dios, que es ladronicio.
¡Diez libras de carne! El tino
pierdo. ¿Pues tratais con bobos,
ó somos en casa lobos?

MILLAN.

Veráse, en llegando el vino.

D. DIEGO.

Bien armada vá la cuenta.
¡Al gigote y estofado
quatro reales de recado!

MILLAN.

A fé, que lleva pimienta.

D. DIEGO.

De mi hacienda han de dar cabo.
¿Qué recado en tanto aprecias?

GINES.

Limones, vino y especias.

MILLAN.

Aqueso le echa de clavo.

D. DIEGO.

Que no he de poder pasarlo,
ahunque se gaste, imagino.
¡Quarenta quartos de vino!

MILLAN.

Eso bien puede tragarlo.

D. DIEGO.

¿Que es mucho, no se os avisa?
¿Vos quereis, que arda la fragua?

MILLAN.

Pues sino es, que le echen agua,
no cabe en eso otra sisa.

D. DIEGO.

¡De verduras y tocino
seis reales! ¡Virgen sagrada!

GINES.

Entra en eso la ensalada.

D. DIEGO.

¿Qué ensalada?

GINES.

De pepinos.

D. DIEGO.

¡Jesus y qué disparates!
Repartase á los vecinos
la ensalada de pepinos.

MILLAN.

Algo lleva de tomates.

D. DIEGO.

¡Pepinos! Yo pierdo el juicio.

GINES.

¿Y aceyte no cuenta nada?

D. DIEGO.

¿Pues hacese esta ensalada
con aceyte de aparicio?
No, señor: no me está á cuento:
no la paso.

GINES.

¿Si lo hallais:::? *vase.*

D. DIEGO.

Vive Dios, que me sisais
á mas de ochenta por ciento.

MILLAN.

Yo entro aqui. A mal tiempo llego.
De hallaros tan enojado,
me pesa.

D. DIEGO.

¿Quién?

MILLAN.

Un criado

muy vuestro, señor Don Diego.

D. DIEGO.

Muy puntual sois.

MILLAN.

Se pasa
necesidad, á fé mia.

D. DIEGO.

¿No vendreis siquiera un dia,
quando no me halleis en casa?
¿Por qué, ahunque os digan que no,
siempre en ella me encontrais?

MILLAN.

¿Pues si vos no me pagais,
qué importa, que os halle yo?

D. DIEGO.

Pues hoy, para no cansaros,
no estoy en casa.

MILLAN.

Eso es bello;
mas huelgome, de sabello.

D. DIEGO.

¿Para qué?

MILLAN.

Para esperaros.

D. DIEGO.

Pues hoy pagaros, no quiero.

MILLAN.

Basta, pues os defendeis;

mas ya que no me pagueis:::

D. DIEGO.

¿Qué quereis?

MILLAN.

Ver el dinero.

D. DIEGO.

Hoy no ha de ser.

MILLAN.

Pues, señor,
de un Mercader, á quien debo,
viene conmigo el mancebo,
y ha apostado el hablador
un doblon de á ocho conmigo,
á que no me pagais hoy.

D. DIEGO.

¡Qué decís! ¿Sabe, quien soy?

MILLAN.

Sí, señor; yo se lo digo:
mas ya perderé con él.

D. DIEGO.

¡A que hoy no os pago, apostó!

MILLAN.

Eso es, lo que siento yo.

D. DIEGO.

Dadme luego ese papel.

MILLAN.

Que vuestro valor confirma,
porque os alaben los mudos.

D. DIEGO.

Vale quinientos escudos.
Lleve el diablo, quien tal firma.
¡Para esto tiene dineros
un hombre! Un rico es un moro.
¡Quinientos escudos de oro!
¿Los quereis en peruleros?

MILLAN.

Señor, que no es paga aquesta,
y en la apuesta se incluyó.

D. DIEGO.

¿Pues quién hacer os mandó
sobre mi credito apuesta?

MILLAN.

Por Dios, que apostára un dedo,
con quien el credito os niega.

D. DIEGO.

Ahora, señor:::

MILLAN.

Lumbre, pega.

Sale Ginés.

GINES.

Don Garcia de Toledo
os entra á buscar.

MILLAN.

¡San Pablo!

D. DIEGO.

Este hombre me ha hecho tardar;

que ya yo le iba á buscar:
pagadsela con el diablo. *vase.*

MILLAN.

¿Quién me ha de pagar?

GINES.

Yo solo.

MILLAN.

Oh Ginés, en Antioquia
te dé el Santo una Parroquia.

GINES.

¿Lo quereis en plata?

MILLAN.

Volo.

GINES.

Pues esperad.

MILLAN.

Si es de espacio;
que yo tengo, advierta ucé,
poca esperanza.

GINES.

¿Por qué?

MILLAN.

Porque enamoro en Palacio.

GINES.

Voylo á contar. *vase.*

MILLAN.

Tal conviene.
Dios te haga por tu tintero

Contador de un heredero,
que no sabe, lo que tiene.

Salen Doña Ana y Casilda.

CASILDA.

Espera, Millan.

MILLAN.

Ya espero.

CASILDA.

Ya hablar puedes, pues se han ido.

D. ANA.

Gran pesar tengo.

MILLAN.

¡Qué he oído! *ap.*
Ahun tiemblo aqueste dinero.

D. ANA.

¿Cómo está Don Juan?

MILLAN.

Bizarro,
con pages y con vestido.

D. ANA.

¿Cómo á verme no ha venido?

MILLAN.

Porque hoy le ha dado un catarro
de zelos, que pierde el tino.

D. ANA.

¿Y está malo?

MILLAN.

Muy ansioso;
está, por Dios, enfadoso;
porque rabia de cetrino.
Tente, lengua; á desbuchallo *ap.*
iba. Por el alto Febo,
que no vale lo que llevo
la mitad, de lo que callo.

D. ANA.

¿Qué es cetrino?

MILLAN.

Unas pasiones
pituytosas, que en el pie
causan los callos.

D. ANA.

¿En qué?

MILLAN.

Dixe mal: en los pulmones.

D. ANA.

¿Pues qué importa eso, al decirme,
que estaba malo primero?

MILLAN.

Que están contando el dinero,
y estoy rabiendo, por irme.

D. ANA.

Pues vete, y díle al momento
á Don Juan, que triste estoy;
porque he oído, tratar hoy

con otro mi casamiento;
y que si mi hermano pasa,
á executar lo propuesto:::
Mas no digas nada de esto,
sino que espere en su casa;
que yo luego, con licencia
de mi hermano, he de salir
de disfráz, por convenir,
hacer una diligencia:
y á lo fino, agradecida,
que en sus papeles está,
pasaré yo por allá,
para lograr la salida,
y agradecer su fineza;
y allí del modo, que intento
lograr nuestro casamiento,
le diré con mas llaneza.
Vé luego al punto, Millan;
y que me aguardeis te ruego.

MILLAN.

¡Pues has de ir, á verle luego!

D. ANA.

Claro está.

MILLAN.

¡Arredro, Satan!

CASILDA.

¿Qué te estás aquí hecho un leño?
Anda presto, si ha de ser.

MILLAN.

¡Gran ingenio es menester, *ap.*
para salir de este empeño!
Mas de todo, Dios mediante,
salir lindamente espero.
Cobre yo ahora el dinero,
y despues trampa adelante. *vase.*

D. ANA.

Casilda, de mi deseo
no es éste el mayor cuidado;
que en la calle me han contado,
que tiene otro galantéo.

CASILDA.

¡Hay tales bellaquerias!

D. ANA.

Sabráslo con mas efecto.

CASILDA.

Ahunque estubiere el secreto
debaxo de siete tias,
sabré, la que galantéa,
y quién es, y dónde vive,
si le ha hablado, y si le escribe,
y sabré, lo que desea:
si es hermosa, y de buen arte,
dónde oye Misa, y su estado,
y con quién se ha confesado
de dos años á esta parte.

D. ANA.

Si eso sabes, mejor fin
en mi cuidado tendré.

CASILDA.

Y si te importa, sabré
esta noche, hablar latin.

D. ANA.

Pues vén; dame el manto apriesa,
y vamonos; que ya es hora.

CASILDA.

Hoy sabré, á quien enamora,
ahunque sea una Abadesa.

D. ANA.

Vamos.

CASILDA.

Nada te dé enojo,
si yo salgo de cohete;
que veré mas que un grumete
de la gavia del medio ojo. *vase.*

Salen Don Juan acabandose de vestir de gala, y dos Pages con la capa y la espada.

PAGE I.

Señor, no ha vuelto Millan.

D. JUAN.

No importa: saldré sin él;
pues de esta pena cruél

las violencias no me dan
lugar á la admiracion
de su industria y su osadía,
pues con una firma mia
me ha dado mi ostentacion.
¡Mas á qué tiempo la suerte
conmigo no ha sido avára,
pues me da esto, quando hallára
mayor alivio en la muerte!
Jusepico, la pretina.

PAGE 1.

Aqui está ya.

D. JUAN.

¡Oh injusto amor!
¡Tal traycion cupo en Leonor!
¡Cómo el alma lo imagina!

PAGE 1.

La capa, Manuel.

PAGE 2.

Ya vá.

PAGE 1.

Acaba: que está esperando.

PAGE 2.

¿Todo el dia has de andar dando?

MILLAN *dentro.*

Ah mozo, entra por acá.

D. JUAN.

¿Qué es esto?

PAGE I.

Millan, señor.

Vanse los Pages, y sale Millan con un Esportillero, que trahe un talego.

ESPORTILLERO.

Levára ó demo á venida:
la espalda trayo molida.

MILLAN.

Ponga aqui, y no sea hablador;
que no pago titulillos.

ESPORTILLERO.

¡Pois si vosté me ha levado
dende la calle del Prado,
en ruba de los Basillos!

D. JUAN.

Esto su industria confirma.
¿Millan?

MILLAN.

Metedlo aqui vos.

D. JUAN.

¿Qué trahes ahí?

MILLAN.

El bien de Dios.

D. JUAN.

¿Quién te lo ha dado?

MILLAN.

La firma.

ESPORTILLERO.

¿Non me paga?

MILLAN.

Ya se encoje;
pues tome, y vayase luego.

ESPORTILLERO.

¡Seis cartos por un talego!
Leve ó diábro, quien tal troxe.

MILLAN.

¿Pues qué quiere su codicia?
¿No es lo que se le promete?

ESPORTILLERO.

Sete merece.

MILLAN.

¿Qué es siete;
que no los vale Galicia?

ESPORTILLERO.

Sin ó carto no me irei.

MILLAN.

Oyga el bergante, y da voces;
yo le haré salir á coces.

ESPORTILLERO.

Aqui de Dios, y do Rey. *vase.*

D. JUAN.

¿Ah Millan?

MILLAN.

¿No le he dado harto?
¿Pues qué quiere el berganton?

D. JUAN.

¡Por un quarto haces qüestion!

ESPORTILLERO *saliendo.*

Mande vocé, darme un carto.

MILLAN.

Vive Dios, si entra, que ya
le dexe la boca rasa.

ESPORTILLERO.

Levense os diabros á casa,
é á min, porque vine acá. *vase.*

D. JUAN.

¿Por qué un quarto no le das?

MILLAN.

¡Qué bien que lo estás hablando,
porque lo estoy yo sudando,
mientras tú en la cama estás.
Ganelo usted, como yo,
y despues sea liberal.

D. JUAN.

¿Qué hay de esto; que ahunque mi mal
discurrir no me dexó,
ya es fuerza, que lo repare,
á pesar de mis desvelos?

MILLAN.

O lleve el diablo los zelos,
y quien mas de ellos habláre.
¡Siendo de agravio el indicio,

te acuerdas de su hermosura!
Dexala: aprende de un Cura,
que olvida con beneficio.

D. JUAN.

Bien dices, Millan, amigo;
si yo hablare mas en ello,
pon sobre mi labio el sello
de la infamia, á que me obligo.
Desde hoy mi pecho sentencio
á no pensar en mi agravio,
dela castigo mi labio
con este mudo silencio.
¡Ah ingrata! ¡Ah falsa engañosa!
No es duda; yo llegué, á vello.

MILLAN.

¿Y eso es, no hablar mas en ello?

D. JUAN.

Pues hablemos de otra cosa.

MILLAN.

Y para el caso ya tarda.

D. JUAN.

¿Pues qué ha habido?

MILLAN.

El Mercader,
que quiere venirte á ver.

D. JUAN.

Pues yo he de hablarle!

MILLAN.

Guarda.

D. JUAN.

¿Pues qué he de hacer?

MILLAN.

Irte luego.
Ola. Capas, y marchar:
Salen los pages.
ea, á la puerta á esperar.

PAGE 1.

Ya vamos.

MILLAN.

Pues sea con fuego.
Presto, ó andará el porrazo.

PAGE 2.

Ya salimos: no nos dés.

MILLAN.

¿Qué replica el Montañés?

PAGE 2.

Valga el diablo el bufonazo. *vanse.*

D. JUAN.

¿Pues vendrá luego?

MILLAN.

Imagino,
que está acá ya.

D. JUAN.

Pues huir.

MILLAN.

Por estotra puerta has de ir,

no te encuentre en el camino.
Ponte ayroso ese sombrero,
y no en la capa te enlaces:
alza la espada.

D. JUAN.

¿Qué haces?

MILLAN.

Todo esto vale dinero.

D. JUAN.

¿Qué dinero?

MILLAN.

El que se traxo.

D. JUAN.

¿Con quién hablas?

MILLAN.

Con mi pecho.
Valgame Dios, ¿no es bien hecho,
que se luzca mi trabajo?

D. JUAN.

¿Pues no voy bien?

MILLAN.

No lo ignoro:
mas si mi intento supieras,
quisiera yo, que salieras
hecho un mismo pino de oro.
Vá el bigote con gran vuelo.

D. JUAN.

Bueno va.

MILLAN.

Juntale un poco.

D. JUAN.

¿Qué importa el bigote, loco?

MILLAN.

¡Valgame Dios! Viene á pelo,
y Dios sabe, lo que pasa;
mas no te hallen de repente.
Vete; que siento entrar gente.

D. JUAN.

Pues dí, que no estoy en casa.

Salen Doña Leonor é Inés con mantos.

D. LEONOR.

No importará, si yo os sigo,
pues ya os ví, señor Don Juan.

MILLAN.

Escurre.

D. JUAN.

Aparta, Millan,

MILLAN.

¡Cuerpo de Christo conmigo!

D. JUAN.

¿Qué es lo que mandais, señora?

D. LEONOR.

¡Buen estilo!

D. JUAN.

¿No es cortés?

D. LEONOR.

Extraño á lo menos es.

MILLAN.

No es sino de casa ahora.
Señor ; que has de ir á Palacio,
como el Secretario avisa.

D. LEONOR.

No tienes que darle prisa;
que le he de hablar muy de espácio.

D. JUAN.

Señora , yo estoy faltando
á un empeño.

MILLAN.

¿ No se vé
El no puede oír.

D. LEONOR.

¿ Por qué ?

MILLAN.

Porque estoy yo reventando,
y porque oirte no quiere,
y porque irse es testimonio,
y porque lleve el demonio
el alma , que no se fuere.
Y porque estamos ahora
en grande aprieto , y porque
se vá, se ha de ir y se fue.

D. JUAN.

Dices bien ; á Dios , señora.

D. LEONOR.

Señor Don Juan, el negar
el credito á mi razon,
lo podeis hacer zeloso,
pero no escucharle, no.
Porque si para esto hay causa
en los hombres como vos,
no la hay, para ser grosero
con mujeres como yo.
Entre el no creerme, ó no oirme,
hay mucho en vuestro valor,
que no oirme, es grosería,
y el no creerme, zelos son.
Y si para tener zelos,
mi amor la licencia os dió,
para ser tan descortés,
no os la ha dado mi opinion.
Y asi, oíd, señor Don Juan;
que ahunque rendido mi amor,
os dexára estar zeloso,
pero desatento no.

D. JUAN.

Pues decid; que ya os escucho:
Millan, cuide tu atencion
de la puerta.

MILLAN.

¡Oh pesie el alma
de los zelos! Confesion

tiene aquí para tres horas,
y espero el Predicador.
Señor, absuelvela luego.

D. JUAN.

Decid, pues; que atento estoy.

D. LEONOR.

Yo seré, Don Juan, muy breve.

MILLAN.

Pues deparetelo Dios;
porque si viene la Indiana,
no hay al caso redencion.

D. LEONOR.

Lo primero, en mi venida
se ha de suponer, que yo
no vengo á satisfaceros,
porque la satisfaccion,
quando no culpa en la quexa,
supone causa, y yo estoy
tan lexos de haberla dado,
que de mi fé el claro sol
no sufrirá en su pureza
ahun ese leve vapor.
A desengañaros, sí,
del escrupulo menor;
y como para mí corra
por desengaño el que os doy,
para vos, señor Don Juan,
entre la satisfaccion,

ó el desengaño, escojed,
lo que estubiere mejor.

MILLAN.

Al caso, mujer del diablo; *ap.*
que si tardas, vive Dios,
hemos de pedir limosna.

D. JUAN.

Si es el intento, Leonor,
desengañarme, es en vano,
quando yo tanto lo estoy;
pues sé, que fue mi esperanza
como aquella breve flor,
que madrugó en el almendro,
y de temprana murió;
que la dicha de romper
antes que otras el boton,
siendo dicha á su hermosura,
fue peligro á su verdor:
pues por ser antes que todas,
cerró al tiempo la sazon,
y murió al rigor de un cierzo;
que hay dichosos como yo,
en quien sus dichas, por dichas,
su mayor peligro son.
Lo que tú quieres decirme,
ya yo lo he oído, Leonor;
que ahunque tú no me lo has dicho,
en quien quiso como yo,

la soledad de los zelos,
un mental tribunal son,
donde es el juicio el discurso,
la memoria el relator,
yo el actor, tu agravio el reo,
tu avogado mi pasion,
ó voluntad, que es todo uno,
y en este pleyto interior,
por tí habló mi voluntad,
y en oyendo, la razon
te condenó. Mira ahora,
si hablas tú, ¿qué hará mi amor,
si te ha condenado, quando
habló por tí mi pasion?
Y porque mejor conozcas,
si habló bien en tu favor,
todo lo que has de decirme,
es esto: que es gran rigor,
hacer mayor la sospecha,
que á mí tu hermano me dió.
Porque que aquel caballero
miráse con atencion
escandalosa tus rejas,
pudo ser sin tu favor,
y ser culpa en su osadía,
lo que en tí no fue ocasion.
Decir, que lo permitiste,
no le culpa; porque no

es fuerza, haber voluntad,
en lo que fue permision;
y que pudo ser desprecio,
no excusarlo; y quando no,
en dexarse amar, hay riesgo
de vanidad, no de error;
que no es culpa el ser querida
una mujer; ni un amor
afianzado á su firmeza,
se obliga á mas atencion.
Y esto se conoce claro;
porque una mujer, Leonor,
de tus prendas, ¿para qué
pudiera admitir á dos,
uno en competencia de otro
y mas hombre como yo,
donde tiene tu esperanza
tan lexos la posesion?
¿Porque, si hubiera cariño
en ese competidor,
quando tu hermano te ofrece
su casamiento, y estoy
tan lexos de presumirle,
no fuera ignorante error,
el desfraudar tu deseo,
por darme satisfaccion?
Desengaño decir quise;
no sea aqui, que el pundonor

sobre esta qüestion de nombre
me baraje la razon.
Y demás de esto, se infiere,
que no le admite tu amor,
en venirme á mí á buscar,
porque, á tenerle aficion,
mi retiro te la logra.
Pensar, que es reputacion,
para quedar bien conmigo,
es mas insufrible error:
porque si dice tu hermano,
que las bodas de los dos
son mañana, ¿para qué
me habias de buscar hoy,
ni intentar un desengaño
de tan breve duracion?
Y en fin, si tú lo quisieras,
quererle, era lo mejor,
dexarte yo, fuera alivio.
Luego el buscarme es razon,
que lo desmiente; porque,
¿qué pierde tu pundonor,
en no quedar bien conmigo,
si no he de ser tuyo yo?
Todo esto, Leonor, me ha dicho
mi voluntad; que en mi amor
la he puesto yo de tu parte.
Mira tú si en tu favor

puedes tener mas razones,
que juntar á tu razon.

MILLAN.

Ni la mitad, vive Christo.
Maldito sea, quien tal dió;
porque ha de agarrarse de ellas,
como gato de riñon.
¿Señor?

D. JUAN.

Aguarda, Millan.

MILLAN.

¡Qué es, que aguarde! Aqui de Dios.
Santa Isabél, avogada
de toda visitacion,
haced, que yerren la casa.

D. ALONSO.

¿De suerte, (¡ay de mí!) señor,
que quanto quiera deciros,
pierde el credito en mi voz?
Oh mal haya mi desdicha.
¡Mas qué vana maldicion!
¡Qué mas mal puedo tener,
que el que padeciendo estoy!
Pues, señor Don Juan, en esto
no me queda apelacion,
ni yo puedo decir mas
de lo que habeis dicho vos:
menos sí; que una verdad

es muy breve en su razon,
y de muchas adornada,
suele perder el valor.
Si vos dudais mi verdad,
ella os vencerá, señor;
mas si no quereis creerla,
la vencida seré yo.
De fino amante es la duda;
y de noble fé es primor,
sobresaltarse con ella,
mas desesperarse, no.
Hacer preciso un agravio,
quando hay duda en su ocasion,
es deseo de la ofensa,
mas que fuerza de dolor.
Quien ama, teme el agravio;
pero, quien le imaginó,
sin valerse de la duda,
nunca le tubo temor.
Si vista una ofensa mata,
no hay sentido, ó no hay amor,
en quien, pudiendo dudarla,
contra el alma la creyó.
Y si no hay amor, Don Juan,
no le queda á mi dolor
mas defensa, que mi llanto.
Salga su curso velóz,
hasta que al contínuo embate,

deshecha la firme union
de sus profundas raices,
salga en lagrimas mi amor.

MILLAN.

Esto vá muy á la larga,
y yo tamañito estoy:
y ellas que vienen. ¡Jesus!

D. JUAN.

¿Qué hay, Millan?

MILLAN.

¡San Salvador!

D. JUAN.

¿Qué dices?

MILLAN.

¡Santa Gertrudis!

D. JUAN.

¿Qué tienes?

MILLAN.

¡San Telefon!
Tu hermano, Leonor; tu hermano:::

D. LEONOR.

¿Qué?

MILLAN.

que sin duda te vió;
y entra acá.

D. LEONOR.

¿Qué es lo que dices?

MILLAN.

Que entra por el facistol
de los musicos del cielo.

D. LEONOR.

¡Ay de mí, sin alma estoy!

D. JUAN.

Leonor, por estotra puerta
puedes ir.

INES.

¡Ay Leonor,
vamos: que es grande el peligro!

D. LEONOR.

Sigueme, Inés.

INES.

Trás tí voy.

D. LEONOR.

¡Ay, Inés, que yo estoy muerta!
Quedarnos, será mejor,
aqui escondidas, por ver,
si me ha visto, ó si me oyó:
que ir á casa, es mas peligro,
si nos ha visto á las dos.

INES.

Bien dices: aqui te encubre. *escondense.*

MILLAN.

Vete tú tambien, señor.

D. JUAN.

¡Qué es irme! Yo he de esperarle.

MILLAN.

Mira, que ha sido ficcion;
que es, quien viene, el Mercader.

D. JUAN.

¿Pues loco, infame, traydor,
quando en lo que á mí me importa
vida y alma, hablando estoy,
con tan leve riesgo estorbas
el alivio á mi dolor?
Entre el Mercader; (¿qué importa?)
que á recibirle iré yo.

Salen Doña Ana y Casilda.

CASILDA.

Aquí están.

D. JUAN.

¿Quién entra aquí?

MILLAN.

Mujeres, pienso, que son.
¡Jesus, que se cae la casa!

D. JUAN.

¡Qué dices!

MILLAN.

Que se quedó
en la puerta el Mercader.

D. JUAN.

¿Y estas mujeres quién son?

MILLAN.

No las conozco.

D. JUAN.

¿Qué dices?

MILLAN.

¿Qué he de decir? ¿Qué sé yo?
Que lleven dos mil demonios
el alma que me parió

D. ANA.

¿Señor Don Juan?

MILLAN.

¡Vive Christo!

D. JUAN.

¿Qué mandais, señora, vos?

D. LEONOR.

Ay Inés, ¿No vés, qué hermano,
me ha dado aqui la ocasion?

CASILDA.

¡Ah infames! ¡Esto son hombres!
En todos fuego de Dios.

D. ANA.

Señor Don Juan, ya que os debe
tantas finezas mi amor,
como me significais,
no viniendo, á verme, vos,
q iero yo venir, á veros.
Mas ya sabreis la ocasion,
y tambien habreis sabido

en quan gran peligro estoy.

Está Millan por detrás haciendo señas, y Don Juan volviendose, y él disimulando.

Mi hermano quiere casarme;
y el remedio de este error
he librado en vuestro amparo,
por pagar vuestra aficion.

D. JUAN.

Tened, señora: tened.

MILLAN.

Alto; soltóse el relox,
y anda ya á vuelo el badajo.

D. JUAN.

¡Qué fineza, ni qué amor,
qué peligro, ni qué hermano,
ó con quién hablais; que yo,
ni os conozco, ni os he visto,
ni sé, en lo que hablando estoy!

D. LEONOR *al paño.*

¡Oh qué bueno! Como ha visto,
que aqui me he quedado yo,
hace la deshecha, Inés.

D. ANA.

¡Qué es lo que decís, señor!
¡Pues cómo hablais de esa suerte
con mujeres como yo!

Millan me está haciendo señas,
y no entiendo la ocasion.
¿Casilda, entiendes tú aquesto?

CASILDA.

¡Cómo he de entenderlo yo!
No lo entenderá Galván.

D. ANA.

¡Señor Don Juan, qué razon
hay, para fingir!

Vuelve Don Juan, y coje á Millan haciendo señas, y él disimulando.

D. JUAN.

¿Millan?

MILLAN.

¡Jesus, qué fiero calor!

D. JUAN.

¡Qué es esto!

MILLAN.

¡A mí me lo dices!

D. JUAN.

¡Pues quién lo sabe!

MILLAN.

El Mogol.
Preguntaselo á tu avuela.

D. JUAN.

¡Pierdo el juicio, vive Dios!

MILLAN.

¿Pues qué he de hacer yo? Reniego
del padre, que me engendró.

Salen Doña Leonor é Inés.

D. LEONOR.

Señor Don Juan, si sois de estos,
no es justo que os dé ocasion
el ser ingrato con una,
de ser grosero con dos.

MILLAN.

¡Jesus, qué dolor de hijada!
Que me muero: confesion.

CASILDA.

To, to, to. Señora mia,
ya he despuntado esta flor.
¡Oh qué lindos embusteros!

D. LEONOR.

Señor Don Juan, de estos sois,
y por eso era el fingir.
¿Qué enmudeceis? Dad razon
de vos á aquesta señora;
que, por no estorbaros yo,
me voy, para daros tiempo,
de darla satisfaccion.

D. ANA.

Eso no; la satisfecha,
mi Reyna, habeis de ser vos,

que podreis tener de qué;
que en mí no hay quexa, ni amor,
sobre que cayga ese empeño:
y asi, señora, me voy,
para dexaros lugar,
de que haga Don Juan con vos,
lo que pudiera conmigo,
si no fuera yo, quién soy.
A Dios, mi señor Don Juan.

MILLAN.

Por acá, cuerpo de Dios:
no salgan de quatro en quatro.

D. ANA.

Por donde quiera iré yo.

D. JUAN.

Esperad; oíd, señora;
que habeis de decir, por Dios,
que ni os he visto en mi vida,
ni os hablé, ni sé, quién sois.

D. ANA.

¡Eso mas, señor Don Juan,
que yo dé satisfaccion!
Con mujeres de mi porte
aprended trato mejor;
que, el que no me conoceis,
os quiero acetar, por no
ir obligada al castigo
de vuestra desatencion.

Vén, Casilda.

MILLAN.

Por aqui.

CASILDA.

¿Otra puerta hay?

MILLAN.

Y otras dos,
que me han echado, á perder.

CASILDA.

Bergante, infame, bufon,
alcahuete, ¡ahun te queda
lengua, para hablar de nos!
Ah noramala, canalla,
pobretonazos, puf. *Vanse.*

MILLAN.

Pof.

D. JUAN.

¡Qué es esto, que me sucede,
Millan! ¡Qué es esto, traydor!

MILLAN.

Oygan, ¡en mí te desfogas!

D. JUAN.

Aqui hay traycion.

MILLAN.

¡Qué traycion!
Pues llevenlás á San Blás,
y me quemen, vive Dios,
si no están endemoniadas.

D. JUAN.

El juicio perdiendo estoy.

D. LEONOR.

Que no hay, que perder, Don Juan.
¿Para qué es esto, señor,
si ya vuestra voluntad
os dixo, quién era yo;
„y esto se conoce claro,
porque una mujer, Leonor,
de tus prendas, ¿para qué
pudiera admitir á dos?“

D. JUAN.

Claro está.

D. LEONOR.

¿Pues no está claro?
„y mas hombre como yo,
donde tiene tu esperanza
tan lexos la posesion.“

D. JUAN.

Millan, yo pierdo el sentido.

MILLAN.

¿Qué se me da á mí, señor?

D. JUAN.

Ya me voy.

MILLAN.

Ahora mas que hablen *ap.*
hasta reventar los dos.

D. JUAN.

¿Qué pretendes descontar
agravios, que he visto yo
con un engaño como éste?

D. LEONOR.

¿Y tus zelos no lo son?

D. JUAN.

A tí te culpó tu hermano.

D. LEONOR.

Y á tí tu misma traycion.

D. JUAN.

El lo dixo en mi presencia.

D. LEONOR.

Y aqui ¿dónde estaba yo?

D. JUAN.

El culpó tu liviandad.

D. LEONOR.

¿Y esta dama qué culpó?

D. JUAN.

Esto es ilusion ó sueño.

D. LEONOR.

Tambien yo soñando estoy.

D. JUAN.

No; que velas en mi agravio.

D. LEONOR.

¿Y tú has velado en mi amor?

D. JUAN.

Esto es cierto.

D. LEONOR.

¿Y esto es falso?

D. JUAN.

Es locura.

D. LEONOR.

Tu aprehension.

D. JUAN.

¿Y la tuya?

D. LEONOR.

Es evidencia.

D. JUAN.

¿Quién lo asegura?

D. LEONOR.

Esta accion.

D. JUAN.

¿Pues qué has visto aqui?

D. LEONOR.

A tu dama.

D. JUAN.

¿Quién dice, que lo es?

D. LEONOR.

Su voz.

D. JUAN.

Pues no, Leonor:::

D. LEONOR.

Pues, Don Juan:::

D. JUAN.

esta quexa:::

D. LEONOR.

este dolor:::

D. JUAN.

es agravio.

D. LEONOR.

ha sido afrenta.

D. JUAN.

Yo no la trueco.

D. LEONOR.

Ni yo.

D. JUAN.

¿Pues qué esperas?

D. LEONOR.

¿Pues qué aguardas?

D. JUAN.

Yo nada. A Dios.

D. LEONOR.

Pues á Dios.

MILLAN.

Ahí con dos mil demonios,
que os lleven á ambos á dos.

D. LEONOR.

Vén, Inés.

INES.

Vamos, señora.

D. JUAN.

Llama, Millan.

MILLAN.

¿Llamar yo?
¿No llamé, quando perdia,
porque una sota salió,
todo el dinero en la suerte,
y llamaré ahora?

D. LEONOR.

¡Ay Dios!
¿Nos dexa ir, Inés?

INES.

¡Y cómo!

D. LEONOR.

Pues vén; que ahunque mi dolor
me vá quitando la vida,
no ha de vencer su traycion. *vase.*

D. JUAN.

¿Fuese?

MILLAN.

Como una canilla.

D. JUAN.

¡Ay de mí! Sin alma estoy.
¡Qué es, lo que me sucede! ¡De ansia muero!
¡Caso como éste á quién ha sucedido!

MILLAN.

Lo peor es, que ya no habrá dinero,
porque el credito y todo hemos perdido.

D. JUAN.

¿Pues por qué?

MILLAN.

¡Hay mas donosa bobería!
¿No te avisé, que el Mercader venía?
Va hecho un perro, de ver lo que áqui ha
habido,
y, de lo que me ha dado, arrepentido.

D. JUAN.

¿Pues de qué?

MILLAN.

¿Qué es de qué? Pues si venia,
á ver lo que de tí le habia contado,
que era tu ingenio, agrado y bizarría,
y halla, quando te espera mesurado,
un hombre, que de tí viene á informarse,
quatro damas aqui para arañarse,
que por poco una á otra el moño arranca,
¿quién quieres que se atreva, á darte blan-
ca?

Salen Doña Leonor é Inés turbadas.

D. LEONOR.

Inés, Inés, libremos nuestra vida
de tan grande peligro.

D. JUAN.

Tente, espera.
¡Qué es aquesto, Leonor!

D. LEONOR.

Yo soy perdída.
Verdad salió, lo que fingido era.
Al salir de este quarto (¡yo estoy muerta!)

encontré con mi hermano, que sin duda.
porque nos vió, nos esperó á la puerta.
Cubrime el rostro; mas turbada y muda,
no sabiendo qué hacer, me vuelvo adentro,
y él se arrojó trás mí por el encuentro.
Don Juan, señor, por mi peligro mira.

MILLAN.

¿Vés, si lo que te dixe, era mentira?

D. JUAN.

Leonor, entra adentro.

MILLAN.

En un instante.

D. LEONOR.

¿Y si entra acá? *vase.*

MILLAN.

Negar: trampa adelante.

Sale Don Garcia.

D. GARCIA.

Esta sospecha ya á evidencia pasa.
Viniendo con Don Diego por la calle,
dos mujeres ví entrar en esta casa;
que una su hermana pareció en el talle,
y fingiendo el acaso de un olbido,
de su hermano, zeloso me despido;
y estando yo esperandola en la puerta,
al salirse las dos, para hacer cierta
mi sospecha, al intante que me vieron,

á aqueste mismo quarto se volvieron.
Ya es de mas calidad este recelo;
y he de reconocerlas, vive el cielo.

D. JUAN.

¿Qué buscais en esta casa,
ó qué mandais, caballero?

D. GARCIA.

Aqui entraron dos mujeres.

MILLAN.

Mas han entrado de ciento;
mas ya todas son salidas.

D. JUAN.

¿Pues qué os importa á vos eso?

D. GARCIA.

Sé, que están dentro.

MILLAN.

¿Es usted
de los que saben de adentro?

D. GARCIA.

Yo vengo, á reconocerlas,
y lo he de hacer, vive el cielo.

MILLAN.

Reconocerlas es mucho;
conocerlas, basta.

D. JUAN.

Empeño
muy dificultoso es éste.

D. GARCIA.

Pues yo estoy á todo riesgo
resuelto, á lo que os propongo.

Sale Don Diego por la puerta que salió su hermana.

D. DIEGO.

Por esta puerta salieron,
y he de saber, á qué entraron.
¡Mas Don Garcia!

D. GARCIA.

¡Don Diego!

D. DIEGO.

¡Cielos, aqui Don Garcia! *ap.*

D. GARCIA.

Don Diego aqui ha entrado, cielos!

D. DIEGO.

¡Si vió salir á mi hermana!

D. GARCIA.

¡Si con mi sospecha ha vuelto!

D. DIEGO.

Viniendo con Don Garcia, *ap.*
algo alterado y suspenso
se despidió en esta calle
de mí, turbado diciendo,
que olbidó una diligencia,
que era preciso, hacer luego.
Seguile yo receloso:

entró en una casa; espero:
y de otra puerta mas baxa,
que, segun lo que ahora entiendo,
entrambas son de este quarto,
salir á mi hermana veo.
Seguila, sin que me viese,
y en casa apenas la dexo,
quando por la misma puerta
vuelvo aqui, á ver á qué intento
mi hermana entró en esta casa,
y aqui á Don Garcia encuentro
con la misma duda acaso;
mas por si ha sido lo mesmo,
disimular me conviene.

D. GARCIA.

¿Qué buscais aqui, Don Diego?

D. DIEGO.

Al despediros de mí,
me dexaste con recelo
en esta calle, por iros
con el rostro descompuesto.
Yendo con este cuidado,
encontré á mi hermana luego,
que hoy salió á ver á su prima;
acompañéla, y la dexo
en casa, y vuelvo á buscaros,
porque os ví, entrar aqui dentro.
Halloos sin color el rostro,

alterado y descompuesto,
y estoy de vos ofendido,
pues siendo amigo, y ya deudo,
y habiendo salido juntos,
si le hay, como lo sospecho,
faltais á todo, en no darme
parte á mí de aqueste duelo.

MILLAN.

¡Virgen, qué batiburrillo!
Las manos doy de concierto,
por sacar pies de este caso.

D. GARCIA.

¡Lo que por mí pasa es sueño!
Yo ví entrar en esta casa *ap.*
á la hermana de Don Diego,
y él dice, que ahora la dexa
en su casa: no lo entiendo.
¿Pues qué mujeres serian,
las que, al verme, se volvieron?
¡Mas qué importa esto, si ya
voy de mi error satisfecho!
¡A vuestra casa habeis ido!

D. DIEGO.

De ella en este instante vuelvo.

D. GARCIA.

¡Con vuestra hermana!

D. DIEGO.

Sí, amigo.

¿Qué dudais?

D. GARCIA.

Venir tan presto.

D. DIEGO.

¿Pues si vengo con cuidado:::

D. GARCIA.

Sin duda yo he estado ciego. *ap.*

D. DIEGO.

qué duelo hay aqui?

D. GARCIA.

Ninguno.
A hablar á este caballero,
entré; ya le hablé, y me voy.
Señor, despues nos verémos.

D. JUAN.

Quando fueredes servido.

D. GARCIA.

¡Qué desengaño mas cierto, *ap.*
que ir yo á ver, si está en su casa,
quando quedan aqui dentro,
las que causaron mi duda!
A Dios pues. Vamos, Don Diego. *vase.*

D. DIEGO.

Vamos.

MILLAN.

¡Señores, qué miro!
Están borrachos por cierto.

D. DIEGO.

¿Caballero?

D. JUAN.

¿Qué mandais?

D. DIEGO.

Yo tengo con vos un duelo
muy pesado, que ajustar.
A buscaros, vendré luego.
¿Dónde me esperais?

D. JUAN.

Aqui.

D. DIEGO.

Pues la palabra os aceto.

D. JUAN.

Yo la doy.

D. DIEGO.

A Dios. *vase.*

D. JUAN.

A Dios.
Millan, el sentido pierdo.

MILLAN.

Yo pierdo doble, señor.

D. JUAN.

A Leonor aseguremos,
y venga, lo que viniere.

MILLAN.

Como venga, todo es bueno.

D. JUAN.

Vén tras mí; que voy sin alma
en tan extraños sucesos;
pues creo, lo que no he visto,
y lo que he visto, no creo. *vase.*

MILLAN.

Y yo tambien voy colgado
de los hilos de este cuento.
El hermano Don Garcia
dexa á su hermana aqui dentro:
el hermano de la Indiana
la encontró, segun sospecho:
Leonor está como un gato:
la Indiana vá como un perro:
el credito se ha perdido;
las tres partes del talego
se han de dar al Mercader:
la huespeda agarra el resto;
con que á llamarnos Alonsos,
al instante volveremos.
Mas aqui de los embustes.
Aguza, Musa, el ingenio.
¿No hay remedio á todo? Pues
trampa adelante, y á ellos.

JORNADA TERCERA.

Sale Millan.

MILLAN.

Con el pie derecho llego,
porque esta supersticion
no le falte á la intencion,
con que entro en cas de Don Diego.
Dé el Cielo á esta trampa sola
goma, pez y girapliega;
que si este embuste no pega,
no hay en mi ingenio mas cola.
Don Juan con Leonor su amante
zeloso en casa quedó,
y entre tanto trato yo,
de llevar trampa adelante;
y segun de mi cautela
vá urdida, se ha de tramar,
ó al parque me he de ir á ahorcar,
si no sale bien la tela.
Y porque ya en mi verdad

no hay credito, este potage
viene urdido con un page,
porque lleve autoridad.
Manuelillo el pagecillo
viene á ayudarme, á mi ruego;
que puede servir á un ciego,
segun es de Lazarillo.
Don Diego, segun sospecho,
se ha ido ya con Don Garcia;
que con él desde la mia
vino á su casa derecho.
No sé, á qué intento sería,
dexando á mi amo aplazado.
¿Mas por qué me dá cuidado
su trampa, estando en la mia?
Busquense ellos por allá;
que, quando hayan ajustado
aquel embuste pasado,
ya habrá nacido otro acá.
A Doña Ana hablar no puedo,
ni á Casilda: mas por Dios,
que hácia aqui vienen las dos.
Millan, ánimo al enredo.

Salen Casilda y Doña Ana, y retírase Millan al paño.

CASILDA.

Señora, gran susto ha sido.

D. ANA.

¡Ay Casilda, que entendí,
quando mi hermano entrar ví,
que nos habia conocido!
¿Mas por qué con Don Garcia
tan descolorido entró,
y en mi quarto le metió?

CASILDA.

Si te casa, que querria
que te viese, es lo que infiero;
y es cierto, que es muy galan:
y es yerro, amar á Don Juan,
siendo tan gran embustero.

D. ANA.

Casilda, la inclinacion
me arrastró á aquel desacierto;
mas ya el daño descubierto,
lo primero es mi opinion.
Su presencia me engañó,
y de la injuria pasada,
confieso, que estoy picada.

MILLAN *al paño.*

Tal ensalada hice yo.
Llego, pues de mí no ha hablado.

CASILDA.

Y el picaro de Millan.
¿Viste mas frio truhan?

MILLAN.

Tan frio, que ya me ha helado.

CASILDA.

Milagro fue, al berganton
no pelarle yo siquiera
las barbas.

MILLAN.

Milagro fuera,
de un gallina hacer capon.

CASILDA.

¡Que te estafase el dinero
del vale, que ya cobró!

MILLAN.

Y si no me muero yo,
no será el vale postrero.

D. ANA.

Eso no me dá pesar
entre tan nobles cuidados.

MILLAN.

Afuera, miedos menguados.
Alto pues, hombre á la mar.
Deogracias.

CASILDA.

¿No vés, quien llama?
Picaron, ¿pues tú aqui vienes?
¿Tan poca vergüenza tienes?

MILLAN.

No me ha dicho tal mi dama.

D. ANA.

¡Pues cómo á tan grande exceso
aqui os habeis arrojado,
sabiendo, lo que ha pasado!

MILLAN.

¡Jesus, ahun están en eso!

CASILDA.

¿Pues, picaro, en que han de estar?
Vayase, ó irá molido
á palos; que es un raído.

MILLAN.

Eso era, antes de cobrar.

D. ANA.

Salíos al instante afuera.

MILLAN.

¡Pues mi amo no ha enviado
con un page aqui un recado!

CASILDA.

¡Qué recado!

MILLAN.

El de Antequera.
¿Un page no vino aqui?

D. ANA.

¿Qué page?

CASILDA.

¡Hay tal embustero!

MILLAN.

¡Jesus! ¡Pobre caballero!

que estará fuera de sí.

D. ANA.

Millan, ¿qué cautela es ésta?

MILLAN.

¡Ay, señora, estoy perdido!
Que está mi amo sin sentido
esperando tu respuesta;
porque, á avisar, te envió
de esto mismo, que yo hablo;
que aquella mujer del diablo,
que allí el demonio llevó,
es su prima, una mujer,
que le tiene en perdicion,
y es en su comparacion
ermitaño Lucifer;
y él la tiembla como al fuego;
porque trahen pleyto, por Dios,
á un Mayorazgo los dos
de la Casa de Cañego.
Y como por conveniencia
se trata, de que él herede,
de ella librarse no puede
por aquesta dependencia,
y le da infernales ratos;
porque le ha dado en zelar,
y apostará, á atestiguar
con la moza de Pilatos.
Por esto fingió el cuitado;

y yo al ver, que te despeñas,
te estaba haciendo mas señas,
que una mondonga en terrado.
A esto habia de haber venido
el page, y con este intento
extrañé tu sentimiento;
pero si no lo has sabido,
de hallaros con embarazos,
no me espanto, vive Dios,
sino de cómo las dos
no me han muerto á chapinazos.

D. ANA.

¡Qué es lo que dices, Millan!
¿Yo no he sabido su amor,
y que era Doña Leonor,
la que estaba con Don Juan,
mi vecina?

MILLAN.

Miren esto.
Pues esa es. ¿Qué te ha admirado?
Y á eso venía el recado.

D. ANA.

Casilda, ¿qué dices de esto?

CASILDA.

No lo entenderán diez suegros.

D. ANA.

¿La hermana de Don García?

MILIAN.

Ella misma. ¡Hay tal porfia!

D. ANA.

¿Y son primos?

MILLAN.

Como negros.

CASILDA.

Que en tal trampa te encapriche.

MILLAN.

Alto; yo soy desgraciado;
el pagecillo ha topado,
sin duda con un boliche.
Mas hele, porque se note

Sale un Page.

mi verdad. ¿Picaro, ahora
vienes al cabo de un hora?
¿Te estabas jugando al bote?

PAGE.

¡Yo! No tal; con el papel
vine luego.

MILLAN.

Bien está.
Yo sé, que usted hoy tendrá
folías en el rabél.
Llegue, acabe, dé el recado.

PAGE.

No diga usted, que tardé.

MILLAN.

Llegue pues.

PAGE.

Yo llegaré.

MILLAN.

¡Qué bien lo finge el taimado!

PAGE.

Don Juan, mi señor, porque él
venir no puede, os suplica,
que ese leais.

MILLAN.

Cosa rica. *ap.*
Lindamente ha hecho el papel.

D. ANA.

¿Si es cierto, lo que ha contado,
Casilda?

CASILDA.

El papel prosiga.

PAGE.

Mandele usted, que no diga
á mi amo, que he tardado.

MILLAN.

Vos llevareis colacion.

D. ANA.

No hará, pues de mí te amparas.

MILLAN.

Solo tú se los quitarás:
en la uña trahe la licion. *ap.*

D. ANA.

Yo leo el papel.

PAGE.

No ignores,
que me hará azotar.

CASILDA.

No hará.
Temblando el chiquillo está.

MILLAN.

Bien entiende de temblores.

D. ANA *leyendo.*

El desconsuelo con que me dexasteis, no permite dilataros el aviso, de que aquella señora es Doña Leonor de Toledo mi prima, á quien por una dependencia, en que estriba mi comodidad, tengo mas sujecion, que á mis padres. Millan, si puede ir allá, os dará razon mas por menor de la pena, en que quedo, por no haberos podido satisfacer en su presencia: y yo, en habiendo ocasion de asegurarme en la dicha de ser vuestro esposo.

Don Juan de Lara.

Verdad ha dicho Millan.

CASILDA.

¡Jesus! Y yo caygo ahora

en ello ; porque , señora,
¿un hombre como Don Juan,
se habia de haber atrevido
á tan grosero desuello?
Millan , caímos en ello.

MILLAN.

Y como que habeis caído.

D. ANA.

¿Su prima es Doña Leonor?

MILLAN.

¡Jesus , Maria , *Agnus Dei*!
Como los Duques del Rey.

D. ANA.

Pues sin duda tomó error,
quien le vió en la casa suya,
de que era amor , si eso pasa.

MILLAN.

¡Qué bueno! El otro en su casa
entra como yo en la tuya.
Mas dá respuesta primero;
que está mi amo en grande afan.

D. ANA.

No digas mas á Don Juan,
de que esta noche le espero.

MILLAN.

Ahora saco yo mis garras. *ap.*

D. ANA.

Que venga sin falta acá.

MILLAN.

¡Jesus! El otro vendrá,
como ahora llueve alcaparras. *ap.*

PAGE.

Yo voy, á darle el recado.
¿Señora, me azotarán?

D. ANA.

Vé seguro; que no harán.

MILLAN.

A buen santo habeis rezado.

PAGE.

Beso á usted los pies.

CASILDA.

¡Qué bravo
es, señora, el pagecillo!

MILLAN.

Si no tardára, el chiquillo
es una pimienta.

PAGE.

Y clavo. *ap. vase.*

D. ANA.

Millan, tan grande contento
me das en el desengaño,
que quisiera un modo extraño,
de darte agradecimiento;
pero el mas apercibido,
ahunque mi ánimo no iguale,
éste es; toma aqueste vale, *daselo.*

que tenia prevenido.

MILLAN.

¿Qué hay aqui, con que me inclines?

D. ANA.

Otro vale.

MILLAN.

¿Y de qué trata?

D. ANA.

De diez mil reales de plata.

MILLAN.

Y son diez mil serafines.

D. ANA.

De lo que el deseo concierta,
no doy la mitad ahora.

MILLAN.

Vivas la mitad, señora,
del tiempo que has de estar muerta.
Bien se ha hecho. *ap.*

CASILDA.

Vete luego;
que mi amo ha de volver.

MILLAN.

Yo sé, que no puede ser,
y donde ahora está Don Diego.
Mientras Don Juan niega allá, *ap.*
yo estoy confesando aqui.

D. ANA.

Mira, que pienso que sí,

que en algun cuidado está,
segun le ví en el semblante,
y dixo, que ya volvia.

MILLAN.

Sobre eso no haya porfia.

CASILDA.

Pues él volverá al instante,
esperalo en el portal,
por no dilatarlo, y dale,
en entrando, con el vale.

MILLAN.

No recio; que le haré mal.

CASILDA.

Vete, pues.

MILLAN.

A la conquista
de los diez mil al instante.
Pues vá la trampa adelante,
no la perderé de vista. *vase.*

D. ANA.

¿Qué te parece Millan?

CASILDA.

Cierto, que estoy pesarosa,
de haber pensado otra cosa
de un hombre como Don Juan.
¡Mas tu hermano! Huir conviene.

D. ANA.

Aguarda. ¿De qué he de huir?

¿Ha visto á Millan salir?

CASILDA.

No; que por tu quarto viene.

Salen Don Diego y Ginés.

D. DIEGO.

Despedir á Don Garcia,
no fue posible hasta aqui;
porque, como presumí,
que algo sospechado habia,
conmigo quise traherle,
para que á mi hermana viera.
Aquel caballero espera,
y no he podido ir á verle,
hasta saber de mi hermana,
por no errar, lo que hay en esto,
y á su muerte estoy dispuesto,
si la verdad no me allana.
Ginés, salte tú allá fuera,
y nadie entre aqui.

GINES.

Eso haré. *vase.*

D. ANA.

¡Ay Dios, qué es esto!

CASILDA.

No sé.

D. ANA.

Vamonos.

D. DIEGO.

Doña Ana, espera.

CASILDA.

Escurro; allá se las haya. *ap.*

D. DIEGO.

No te vayas tú.

CASILDA.

¡Qué oí!

¿Que yo no me vaya?

D. DIEGO.

Sí.

CASILDA.

Ya esto no puede ser vaya.

D. DIEGO.

¿Doña Ana?

D. ANA.

Yo estoy sin mí. *ap.*

D. DIEGO.

¿Quando hoy de casa saliste,
á ver á mi prima fuiste?

D. ANA.

Es verdad.

D. DIEGO.

Pues yo te ví,
salir de casa, infiel,
de un caballero Soldado,
á quien ya dexo aplazado,
para ir á reñir con él.

Vida y hacienda á perder
voy resuelto por tu error,
porque en llegando al honor,
no hay hacienda que temer.
La riqueza es un honor
segundo, y tan verdadero,
que si cae sobre el primero,
hoy corre por el mayor.
Mas al que tenerla intenta
sin fama, no solo en él
no es honor, si no un cartel,
que vá diciendo su afrenta.
Porque al lucirse despues
con este hermoso troféo,
si en la calle ó el paséo
alguien pregunta quién es,
quien con tal lustre se esmalta,
nadie, al que lo preguntó,
dice, es un rico, sino
uno que tiene esta falta.
Esto prevengo á tu error,
por si has llegado á dudar,
que la querré aventurar,
para restaurar mi honor.
Que, si el sol me le quitára,
á vengarme, al sol subiera,
y si llegar no pudiera,
en sus rayos me abrasára.

Que la honra, para tenella,
no basta haberla buscado;
mas para ser uno honrado
bastante es, morir por ella.
Mira pues, que esto te digo;
porque en yendole á buscar,
ni quiero el remedio errar,
ni dilatar el castigo.
Aqui no hay duda ni engaño;
yo lo ví, y he de saber,
quánto en esto puede haber,
por si tiene medio el daño.
Tu muerte el medio es segundo,
y el primero la verdad.

D. ANA.

Hermano, yo tu piedad:::

CASILDA.

Piedad, señor. Miente el mundo.

D. DIEGO.

Pues de este acero vengada
veré mi afrenta en las dos.

CASILDA.

¡Acero! Ay señor, por Dios;
que yo no estoy opilada.

D. DIEGO.

¡Qué dices!

D. ANA.

Si tu perdon

licencia, hermano, me dá:::

CASILDA.

Confiesa presto; que ya
se me vá la confesion.

D. ANA.

Calla; no hables de ese modo.

CASILDA.

¡Qué es callar! Ay, que lo suelto;
que el acero me ha revuelto,
y he de vomitarlo todo.

D. DIEGO.

¿Cómo?

D. ANA.

En su miedo repara,
señor, y advierte primero,
quién es aquel caballero.

D. DIEGO.

Ya sé, que es Don Juan de Lara,
su nobleza, y que adquirir
supo el nombre de Soldado,
y ahunque no le he tratado,
sé, que está, para salir,
el premio de una Encomienda,
que por su valor le dán.

D. ANA.

Si sabes, quién es Don Juan,
para que tu error no entienda,
que á mi decoro fiel

el límite justo paso,
todo lo que hay en el caso,
te dirá aqueste papel.

Toma el papel, y lee.

CASILDA.

Descanse. ¡Ay, señora mia,
qué lindamente lo has hecho;
que me has sacado del pecho
toda aquesa porqueria!

D. DIEGO.

Doña Ana, esto asegurado,
no hay aqui que averiguar;
que yo mas te debo estar
agradecido, que airado.
¿Mas esta Doña Leonor
es la vecina?

D. ANA.

Ella es.

D. DIEGO.

¿Y es su prima?

D. ANA.

¿No lo vés?

D. DIEGO.

Yo imaginé grande error;
pues si es primo Don Garcia
de Don Juan, á hablarle fue,
por ser su deudo, y pensé,

que iba en la sospecha mia.

D. ANA.

Y ahí está un criado de él,
que venir suele á cobrar,
si te quieres informar.

D. DIEGO.

¿Fue quien traxo este papel?

D. ANA.

No; mas sabe, lo que pasa.

D. DIEGO.

Llamale, Casilda, pues.

CASILDA.

Llama á un criado, Ginés,
que está á la puerta de casa.

GINES *dentro.*

Ya vá.

D. DIEGO.

Ya paró en mejor
el duelo, que yo entendia.
Perdoneme Don Garcia;
que lo primero es mi honor.

Salen Ginés y Millan.

GINES.

Aqui está.

MILLAN.

¡Virgen sagrada,
qué véo!

D. DIEGO.

¿A quién esperais?

MILLAN.

¿Por quál de ellos preguntais?

D. DIEGO.

¿Qué decís?

MILLAN.

No digo nada.

D. DIEGO.

¿A qué venís? No os turbeis.

MILLAN.

Yo, señor del alma mia,
vine de la Andalucía,
por Francia, habrá un año, ó seis.

D. DIEGO.

¿Qué quereis aqui?

MILLAN.

Cobrar
este vale: el juicio, digo,
que estoy perdiendo contigo.

D. DIEGO.

¿Pues á quién se ha de pagar
este vale, ú de quién es?

MILLAN.

Es de un Mercader de paño,
que nos socorre entre año.

D. DIEGO.

¿Dónde vive?

MILLAN.

A Lavapies.

No me dexará hablar el miedo. *ap.*
Es el que otros dar me suele.

D. DIEGO.

Turbado estais.

MILLAN.

¿No lo huele?

D. DIEGO.

¿Don Garcia de Toledo
de vuestro amo es primo?

MILLAN.

Niega.

San Anton sea conmigo.
¡Quién tal dice!

D. ANA.

Yo lo digo.

MILLAN.

Descosiose la talega.
¿Pues en eso hay que dudar?

D. DIEGO.

¿Vos pensais, que yo he ignorado
algo, de lo que ha pasado?
No teneis, que recelar;
que castigaros, no intento.
Esto es, perder tiempo acá,
y Don Juan me espera, y ya
solo haciendo el casamiento,

mi honor puedo asegurar.
Sin duda, como esto habia,
buscó Don Juan letra mia,
para poder enviar
su criado acá: esto infiero.
Ginés, (esto es lo mejor,)
lleva este hombre:

MILLAN.

¡A qué, señor!

D. DIEGO.

A pagaros el dinero.

MILLAN.

Valgame un caíz de credos.
Tanto en eso os deteneis:::

D. DIEGO.

¿Pues qué decís?

MILLAN.

que podeis
ser destilador de miedos.

GINES.

Venid.

D. DIEGO.

En oro al instante
se lo dá.

MILLAN.

¡Ay Dios, qué escuché!

D. DIEGO.

Entrad vos.

MILLAN.

Sí haré ; porque
vaya la trampa adelante. *vase.*

D. DIEGO.

Hasta estár casada , ya
no has de salir del retiro
de tu quarto. ¡Mas qué miro!
Don Garcia viene acá.

D. ANA.

Pues yo me iré á mi quarto.

D. DIEGO.

No , Doña Ana;
que antes, para que sepa, que ya es vana
su pretension , te quiero aqui á mi lado.
¡Qué de embarazos halla mi cuidado!

Sale Don Garcia.

D. GARCIA.

Don Diego , ya cansado de esperaros,
os éntro yo á buscar.

D. DIEGO.

Desengañaros,
siento, viven los Cielos, Don Garcia,
de lo que tube ya por dicha mia;
mas en todo mi honor es lo primero.

D. GARCIA.

Por qué me lo decís, saber espero.

D. DIEGO.

La palabra que os dí, de ser esposo
de vuestra hermana, os cumpliré dichoso;
mas vos no podeis serlo de la mia.

D. GARCIA.

¿Pues por qué?

D. DIEGO.

Está casada, Don Garcia.

D. GARCIA.

Ahunque perder, señora, vuestra mano,
en mí causa tan justo sentimiento,
no faltaré al primor de cortesano;
pues siendo eleccion vuestra el casamiento,
segun se infiere, de no haber tenido
noticia de él Don Diego; que habrá sido
digno de vos, es cierto.

D. DIEGO.

Dicho habeis un pesar bien encubierto;
mas, para que sepais, que el dueño estimo,
es con Don Juan de Lara vuestro primo.

D. GARCIA.

¿Don Juan de qué decís?

D. DIEGO.

Don Juan de Lara.

D. GARCIA.

¡Mi primo!

D. ANA.

Vuestro primo: cosa es clara.

D. GARCIA.

¡Don Juan, mi primo¡Qué decís, Doña [Ana?

D. ANA.

¿Pues no os visita á vos y vuestra hermana?
Y yo ví á Leonor, yendo á su casa,
en su quarto con él.

D. GARCIA.

¡Cielos, qué he oido!
¡En su quarto Leonor!

D. ANA.

Hoy allá ha ido.

D. GARCIA.

Pues Don Diego, tened; que si esto pasa:::

D. DIEGO.

De mi hermana es esposo, Don Garcia.

D. GARCIA.

¿Pues vos no podeis serlo de la mia?

D. DIEGO.

Vete á tu quarto, hermana.

D. ANA.

¡Ay Dios; qué es esto! *ap.*

CASILDA.

No lo entendera el diablo. Vamos presto.

D. ANA.

Casilda, amiga, en gran peligro estamos.
En pudiendo, las dos de aqui salgamos;
y pues tan cierto yá á Don Juan tenemos,
nuestras vidas con él aseguremos.

CASILDA.

Ni un instante mi miedo lo dilata;
que yo siempre vote salto de mata. *vanse.*

D. DIEGO.

¡Qué decís, Don Garcia; que stais ciego!

D. GARCIA.

Ya en esto no hay amor, Señor D. Diego.
Ni es mi primo Don Juan: que eso es supuesto.
ni le he hablado en mi vida.

D. DIEGO.

¡Bueno es esto!
¿Pues no estabais con él esta mañana?

D. GARCIA.

Fue, porque allí ví entrar á vuestra hermana; y si allá fue la mia, de esa suerte
le he de casar con ella, ó darle muerte.

D. DIEGO.

¡Qué decís!

D. GARCIA.

Lo que haré con este acero.

D. DIEGO.

Sin duda hay yerro aqui. Vamos primero;
que él me espera en su casa. De él sabremos:::
Mas sabed, que es marido de Doña Ana.

D. GARCIA.

Yo sé, que es en mi honor antes que mi hermana.

D. DIEGO.

Pues allá lo veremos.

D. GARCIA.

Eso espero;
mas en mi casa quiero entrar primero,
y saber de mi hermana, lo que pasa,
para no errar el medio ó el castigo.

D. DIEGO.

Pues yo voy, á esperaros.

D. GARCIA.

Ya yo os sigo. *vanse.*

Salen Doña Leonor, Don Juan y un page.

D. JUAN.

Esto es, Leonor, lo que importa.
Jusepe, á la puerta aguarda,
y avisame, si alguien viene. *vase el page.*
El empeño, en que me hallas,
no es para vanos discursos,
en que toda la mañana
han gastado nuestros zelos.
Tu hermano te vió en mi casa,
y disimuló su ofensa,
para volver á vengarla.
Don Diego, aquel caballero,
que entró tras él, la palabra
me tomó, de hallarme aqui,
yo no le puedo hacer falta.
Y tras esto, en el peligro

de tu vida y de tu fama
todo es menos: mira ahora,
sin hablarme de tus ansias,
de tus zelos ni los mios,
qué medio hay de asegurarla;
que ahunque sea aventurando
nombre, opinion, vida y fama,
de todos los riesgos tuyos
te ha de asegurar mi espada.
Leonor, en tal caso amor
es la menor importancia.
Mira el remedio que escojes,
y mira, si le dilatas;
que en las materias de honor,
que son heridas del alma,
mientras se piensa el remedio,
se hacen mortales las llagas.

D. LEONOR.

¿Don Juan, qué quieres que escoja?
¿Si del termino me sacas,
donde está el remedio mio,
qué pueden pensar mis ansias?
Tú, zeloso injustamente,
no quieres sacar la cara,
á decir, que eres mi esposo;
solo á ampararme, te allanas.
¿Pues cómo quieres, Don Juan,
que una mujer, que es honrada,

inténte librar su vida,
dexando morir su fama?
El mayor riesgo es mi honor;
tú en éste me desamparas;
mi vida es menos peligro,
este socorrerme tratas.
Si amparas, Don Juan, bizarro,
mi vida, mi honor agravias.
¿Pues qué te debe mi riesgo,
si en el amparo me infamas?
Quando la honra se arriesga,
librar la vida, es infamia;
pues por no morir de infame,
quiero yo morir de honrada.
Yo no he de salir de aqui,
ni he de volver á mi casa,
sino muerta, ó con la honra,
que aventuré por tu causa.
Venga mi hermano, señor,
lógre en mi vida su saña;
atropélle mi inocencia,
triúnfe su furia tirana.
Muera yo, Don Juan; que entonces,
de tí me dará venganza
mi muerte; pues tus sospechas
morirán con mi desgracia.
Que de no haberte ofendido
será la prueba mas clara,

verme morir en el riesgo,
de que tú mismo me sacas.
Pues aventurar su honra,
no pudo por otra causa,
quien, para librar la vida,
no se atrevió, á aventurarla.
Mi muerte será escarmiento
de todas las que idolatran,
si asi en seis años de amor,
nobles finezas se apagan.
Este será el premio injusto
del dolor de ausencias tantas,
de tus amantes porfias,
y mis resistencias vanas,
que en rendimientos pararon
de tan locas esperanzas,
que el ayre de mis suspiros,
para deshacerlas, basta.
¿Mas, para qué he de acordarte,
que me obligaron tus ansias,
tras de tan prolixos dias,
que asistiendo á mis ventanas,
te dexó siempre la noche,
donde te encontraba el Alba,
si solo sirve, de hacer
tu sinrazon mas ingrata?
Y quando llantos de amor
huye el riesgo de mi fama,

en agravar tu delito
doy á los ojos mas causa.

D. JUAN.

Suspende, Leonor, el llanto;
que no podrá, ahunque me agravias,
resistir mi ardiente fuego
el dulce riesgo del agua.
El enfermo, á quien la sed
de la calentura abrasa,
se arroja, á perder la vida,
por vencer, bebiendo, el ansia.
Mi amor, enfermo de agravios,
arde en la violencia falsa
de la sed de tus cariños;
pues no le muestres el agua,
que, si en tus ojos, Leonor,
mira el cristal que derramas,
por no sufrir, lo que aflige,
ha de beber, lo que mata.

Sale un Page.

PAGE.

Señor, aquel caballero,
que estubo aqui esta mañana,
entra acá dentro.

D. JUAN.

Leonor,
retirate pues. ¿Qué aguardas?

D. LEONOR.

Yo quiero morir, Don Juan,
por credito de mi fama.
No me he de esconder.

D. JUAN.

¡Qué dices!

D. LEONOR.

Venga mi hermano.

D. JUAN.

Repara:::

D. LEONOR.

Esto ha de ser.

D. JUAN.

que ser puede,
que del mismo lance salga
verdad, que venza mi duda,
y dé medio á tu esperanza.

D. LEONOR.

Pues por eso me retiro. *vase.*

D. JUAN.

Tambien tú allá afuera aguarda.

Vase el Page, y sale Don Diego.

D. DIEGO.

¿Señor Don Juan?

D. JUAN.

Dios os guarde.

D. DIEGO.

Culpareisme la tardanza;

mas antes agradecerla
podreis, sabiendo la causa.
Yo, Don Juan, me he detenido,
para saber de mi hermana
lo que habia en este empeño.
Ya lo supe; y esto basta
por enojo de una ofensa,
que está tan bien restaurada.
Yerros de amor no son yerros,
quando tal fin los remata;
y pues de vuestras finezas
tiene logro la esperanza,
dando á mi hermana la mano,
yo vengo á daros las gracias,
y los brazos por el gusto,
de que vos honreis mi casa.

D. JUAN.

Tened, señor. ¿Qué decís?

D. LEONOR *al paño.*

¡Cielos, que yo injurias tantas
atropelle, y que me rinda
la fuerza de mi desgracia!
Pierdase vida y honor,
pierdase, y no sufra el alma
tan afrentosos desayres.

D. JUAN.

¡Qué finezas, ni qué hermana!
¡Qué yerros! Que ni os conozco,

ni he sabido, por qué causa
aquí os espero.

D. DIEGO.

¡Qué escucho,
Cielos!

D. LEONOR.

¡Confusion extraña!

D. DIEGO.

¿No sabeis, señor Don Juan,
que soy Don Diego de Bargas?

D. JUAN.

Seais muy enhorabuena;
que hasta ahora lo ignoraba.

D. DIEGO.

¿Pues mi hermana no os lo ha dicho?

D. JUAN.

¿Sé yo, quién es vuestra hermana?

D. DIEGO.

¿No estaba aquí ahier con vos?

D. JUAN.

Aguardad; que si eso pasa,
vive Dios, que ella me halló
con esa misma ignorancia;
porque no la ví en mi vida,
ni sé, de qué amor me trata.

D. DIEGO.

¿Pues cómo por vuestra prima
Doña Leonor, que aquí estaba,

le enviais satisfaccion
en un papel á mi hermana?

D. JUAN.

¡Qué prima, ni qué papel!

D. LEONOR.

¡Se ha visto maldad tan rara!

D. JUAN.

Señores, yo pierdo el juicio. *ap.*

D. DIEGO.

Pues el papel, si no basta
la verdad, os vencerá. *Daselo.*
¿Es vuestro, decíd?

D. LEONOR.

¿Qué aguarda
ofendido mi decoro?

D. JUAN.

Cielos, ya esto tiene causa, *ap.*
y no de poca malicia.
¡Que es mi firma, es cosa clara!
Mas yo tal papel no he escrito.

D. DIEGO.

Pues, para mataros, basta.

Empuñan las espadas, y sale Millan.

MILLAN.

Señor, gran bien. ¡Mas qué miro!
Huí del gato, y dí en las brasas.

D. DIEGO.

Aguardad; que este criado

viene ahora de mi casa,
de ser testigo de todo.

MILLAN.

Yo no lo he sido de nada.
Vé aqui usted mis dientes buenos.

D. JUAN.

¿Pues, villano, tú á su casa
á qué ibas? Tú me has vendido.

MILLAN.

Por diez mil reales de plata,
que me dió allá el Mercader.

D. JUAN.

¡Qué Mercader! ¡De quién hablas!

MILLAN.

Juan Gutierrez de Engañosa,
que vive junto á la Cava.

D. JUAN.

¿Es ese hombre de Zamora?

MILLAN.

Sí, señor, como la gayta.

D. JUAN.

Tú has llevado este papel?

D. DIEGO.

Eso no. Noticia clara
tengo, que fue otro criado.

D. JUAN.

Pues yo no tengo otro en casa.
¿Señor, qué es lo que decis?

MILLAN.

Vé usted, como es patarata.

D. DIEGO.

¿No dixiste en mi presencia,
que tu amo Don Juan de Lara
es primo de Don Garcia,
confirmando la palabra,
que en este papel se incluye?

MILLAN.

¡Qué papel! Santa Susana,
libradme de testimonios.
¡Yo, señor, he dicho nada!

D. DIEGO.

¿Pues mi hermana no lo dixo?

MILLAN.

¿Si lo dixo vuestra hermana,
habia yo de desmentirla?

D. JUAN.

Villano, tú has sido causa
de estos engaños.

MILLAN.

Señor,
hoy fui, á cobrar á su casa,
y como á tí acá, me dieron
con esa misma matraca.

D. JUAN.

Vive Dios, que has de decir:::

D. DIEGO.

Don Juan, esa empresa es vana;
que para el empeño mio
no es satisfaccion, que basta,
desengañe, ó no el criado.

D. JUAN.

¿Pues qué otro medio se aguarda?

D. DIEGO.

Solo morir ó matar.

D. JUAN.

A eso mi valor no falta.

Sale Don Garcia.

D. GARCIA.

Aqui del agravio mio
tomará mi honor venganza.

D. LEONOR.

Mi hermano es éste (¡ay de mí!)
aqui mi desdicha acaba. *vase.*

D. DIEGO.

Don Garcia, vos venís
á muy mal tiempo.

MILLAN.

Ya escampa.
Quien tenga su cueva abierta,
venga aqui; que llueven trampas.

D. GARCIA.

Yendo á mi casa, en mí duda

á informarme de mi hermana,
hallo, que ha faltado de ella;
y pues con mi honor me falta,
teniendo tanta evidencia,
de que estubo en esta casa,
vos habeis de darme cuenta
de mi honor y de mi hermana.

MILLAN.

¿Señores tantos á un hombre?
¿Hay mas hermanos, que salgan?
¿Es mi amo Anton Martin?

D. DIEGO.

Tened, Garcia, la espada.
Yo tengo ese mismo duelo
con Don Juan, y mi venganza
es primero, y vive Dios,
si lo estorbais, que mis armas
han de ser en su defensa,
hasta asegurar mi fama.

D. GARCIA.

Que os pongais vos á su lado,
ahunque le dé esa ventaja,
será, dar causa á mi honor,
para tomar mas venganza.
Y asi ved, que si lo haceis,
de él y vos he de tomarla;
pues tambien me hace la ofensa,
quien defiende, al que me agravia,

D. JUAN.

Tened. ¡Cielos, si Leonor, *ap.*
que está ya desesperada,
se arroja á salir aqui,
todo el daño se remata!
Lo mejor ha de ser esto.
Caballeros, esta casa
no es capáz para este duelo,
porque al sacar las espadas,
ó vecinos ó justicia
los empeños embarazan.
Salgamos los tres al campo.

D. DIEGO.

Yo lo aceto.

D. GARCIA.

Y yo.

D. JUAN.

Pues vaya
uno de los dos guiando.

D. DIEGO.

Venid pues.

D. GARCIA.

Sigo tus plantas. *vanse.*

MILLAN.

¿Señores, qué haré; que ya
vá tan delante la trampa,
que atrás quisiera volverla!

D. JUAN.

Leonor, ya vés lo que pasa;
con Millan salir procura;
que, tu vida asegurada,
todo remediarse puede.

D. LEONOR.

Don Juan, ó muerta ó casada
he de salir de tu quarto.

D. JUAN.

¿Qué dices?

D. LEONOR.

Mi honor lo manda.

D. JUAN.

¿No vés tu riesgo?

D. LEONOR.

Es lo menos.

D. JUAN.

¡Pues quál es lo mas!

D. LEONOR.

Mi fama.

D. JUAN.

¿Y la vida?

D. LEONOR.

La desprecio.

D. JUAN.

Leonor mira:::

D. LEONOR.

Don Juan, basta.

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

¿No venís, señor Don Juan?

MILLAN *á Doña Leonor.*

¡Adentro, pesia mi alma!

D. JUAN.

Ya os sigo.

D. DIEGO.

Venid.

D. JUAN.

Millan,
de aqui al instante la saca. *vanse.*

MILLAN.

¿Leonor?

D. LEONOR.

¿Millan, qué dices?

MILLAN.

Que de aqui al instante salgas.

D. LEONOR.

¿Dónde hemos de ir?

MILLAN.

Por novillos
vamonos á Salamanca;
que ahora viene San Lucas,
y esto aquí vá de muy mala.

D. LEONOR.

¿Qué es lo que dices?

MILLAN.

Que aquí
llevo yo para sotanas.
Presto; escurramos la bola.

D. LEONOR.

Sin juicio pienso que hablas.
Yo no he de salir de aquí.

MILLAN.

¡Ay que lleva la contraria!
Mujer, que eso es del galan:
mira, que tú haces la dama.

Salen Doña Ana y Casilda.

D. ANA.

Casilda, esto es lo seguro.
Don Juan del riesgo nos valga.

CASILDA.

¿Y cómo, señora mia?
Escapemos, que ahunque estaba
Don Diego hecho un mismo perro,
me fuera yo ahora á Irlanda.

MILLAN.

¡Virgen de los Apretados,
lo que entra! Acabó la trampa!

D. LEONOR.

¡Ah traydor! ¿Era por esto,
quererme sacar de casa?

MILLAN.

¡Qué he de sacar, pesia mí;
que, lo que yo saco, es plata.

D. ANA.

¡Casilda, qué es lo que véo!

CASILDA.

¡La prima, Jesus!

MILLAN.

Ya escampa.
San Jorge, de los araños
me librad de estas arañas.

D. ANA.

¡Vióse tal persecucion
en una mujer honrada!
¿Casilda, qué hemos de hacer?

CASILDA.

¡Ay, señora, qué tarasca!
Traza de tragarnos tiene.

MILLAN.

Yo soy, quien ahora traga,
pero saliva.

D. ANA.

¿Millan?

MILLAN.

¡Cómo Millán! ¿Quién me llama?

D. ANA.

¿No me conoces?

MILLAN.

¿Yo á vos?
Me han dado unas cataratas
repentinas, y no véo,
hácia donde estais.

D. LEONOR.

Bien trazas
la deshecha, infame, aleve.

D. ANA.

¿Qué dices?

MILLAN.

¡Ay Santa Clara!
¿Señora, ésta es la de hoy?

D. ANA.

¿Qué es la de hoy? ¿Con quien hablas,
Millan? A serme posible,
la pesadumbre excusára
á Don Juan, de que su prima
me halláse ahora en su casa,
sabiendo yo, que es tan mio.
Mas ya, sacando la cara,
porque me obliga el peligro
de mi vida y de mi fama,
no hay, por qué fingir, Millan;
que ya el riesgo lo declara.
Desengaña á esa señora,
y no al desayre la traygas,
de que vea con sus ojos,

que ya conmigo se casa
Don Juan, y que la aborrece;
que no es decente á una dama,
venir, á que la mormuren,
lo que os persigue y os cansa.

MILLAN.

Tome, si purga. Las tripas
ha echado con esta basca.

D. LEONOR.

¿Qué es lo que decís, señora?
¿A qué venís á esta casa;
que me costais mas peligros,
que habeis errado palabras?
¿Qué es casar vos con Don Juan?
¿Qué es ser vuestro con mi infamia?
¿Ni qué aborrecerme á mí,
quando le debe á mi fama
el credito, que me arriesga?
Viven las estrellas altas,
que ha de ser mio: y si alguna
por destino lo estorbára,
la eclipsára con mi haliento
las luces, con que me agravia.

CASILDA.

¡Fuego de Dios, cómo sopla!
¿Esta es mujer ó borrasca?

D. ANA.

Ea, señora, por Dios;

que ya es mucha exorbitancia
de prima á un pobre señor,
por pobre, sujecion tanta.
Idos, señora, con Dios,
y lograd en paz ó en rabia
el Mayorazgo; que á mí,
que me tenga Don Juan, basta;
que no he menester hacienda,
ni él el honor de la Casa
de Cañego, si la mano
le dá Doña Ana de Bargas.
Quedaos con él; que yo haré,
si le ha de costar tal ansia,
que os renuncie el Mayorazgo.

MILLAN.

¡Christo bendito de Cabra,
quál se vá poniendo el ajo!

D. LEONOR.

Mujer, de juicio me sacas.
¿Qué sujecion? ¿Qué Cañego?
¿Qué Mayorazgo? ¿Qué Casa?
¿Con quién hablas? ¿O qué dices?

D. ANA.

Millan, díselo tú; acaba.

CASILDA.

Oygan esto. ¿Qué te aturdes?
¿Ya no estamos declaradas?
¿Para qué es, fingir ahora?

MILLAN.

¿Qué es fingir? ¡Pesia mi alma!
¿Qué he de hablar: que es menester,
si del Mayorazgo tratan,
revolver, para hablar de ello,
el Archivo de Simancas.

D. ANA.

¿Tú no me has dicho todo esto?
¿Tú no me llevaste á casa
aquel papel de Don Juan?
¿Pues ya para qué lo callas?

D. LEONOR.

¿Millan, qué es esto que dicen?

MILLAN.

Es, señora, una empanada,
que la quise hacer de pollas,
y se me ha vuelto de urracas.
Virgen Santa del buen Fin,
el justo zelo me valga,
de remediar mi pobre amo,
que ya esto está dando arcadas.

D. ANA.

¿No es esto asi?

MILLAN.

No, señora;
ni es, ni fue, ni será nada;
que estais trayendo lugares,
que no los hay en el Mapa;

que Leonor no sabe de esto,
ni es prima, ni Mayorazga,
sino del Abril; ni vos,
ni Don Juan sabe palabra,
ni yo sé, lo que me digo;
porque de tanta maraña,
tengo hecha aquesta cabeza
una misma calabaza.

D. ANA.

¡Qué dices traydor villano!
¿Pues qué ha sido aquesto?

MILLAN.

Trampa,
para socorrer el hambre.
Yo hice á Leonor, por lograrla,
su prima, y la hiciera negra,
porque estabamos sin blanca.

D. ANA.

¡Qué es lo que escucho, traydor!
Asi una mujer se engaña!

CASILDA.

¿Asi los vales nos llevas?

MILLAN.

Pues saquenmelo á patadas.

D. ANA.

Viven los cielos sagrados,
que he de tomar la venganza
tan sangrienta, que escarmiento

llegue á ser Don Juan de Lara
del mundo, con su castigo.

MILLAN.

¿Por qué, si él no sabe nada?

D. ANA.

¿Pues yo sus firmas no he visto?

MILLAN.

Para un Mercader las daba,
y yo para esta obra pía
las apliqué.

D. LEONOR.

Si eso pasa,
¿qué es lo que quereis, señora?

D. ANA.

Solo asegurar mi fama,
castigando esta traycion.

MILLAN.

¡Jesus, que vuelven á casa
los tres, como tres leones!

D. LEONOR.

Señora, aquí retiradas,
esperemos; que pues ya
la verdad os desengaña,
yo daré remedio á todo. *vanse.*

MILLAN.

Todo esto en mil palos pára.

Salen Don Juan, Don Diego, y Don Garcia.

D. JUAN.

¿Dónde está Leonor, Millan?

MILLAN.

Aqui dentro.

D. JUAN.

Dicha ha sido.

D. DIEGO.

¿A qué nos volveis, Don Juan?

D. JUAN.

Sacaros he prometido,
Don Garcia, de este afan;
y ajustado vuestro duelo,
ir con Don Diego á reñir.

D. GARCIA.

¿Pues cómo ha de ser?

D. JUAN.

Dirélo.
Queriendo al campo salir,
sin saber de mi recelo,
ni preguntarselo yo,
á vos os dixo Don Diego,
que él nunca á Leonor habló,
ni ella á él.

D. GARCIA.

Asi pasó.

D. JUAN.

Pues ese fue mi sosiego.
¿Vos quedaréis satisfecho,
si mi esposa á Leonor veis?

D. GARCIA.

Dandoos los brazos y el pecho.

D. JUAN.

¿Pues, Leonor:::?

Sale Doña Leonor y dale la mano.

D. LEONOR.

¿Qué me quereis?

D. JUAN.

Para vos ya eso está hecho.
Ahora vamos á reñir,
señor Don Diego, los dos.

D. GARCIA.

Yo á vuestro lado he de ir.

D. DIEGO.

Pues entrambos, vive Dios,
á mi enojo han de morir.

D. LEONOR.

Tened; que si me escuchais,
de este empeño os sacaré.

D. DIEGO.

No es posible, que lo hagais.

D. GARCIA.

Oíd: ¿por qué lo excusais?

D. DIEGO.

¿Que has de decir?

D. LEONOR.

Lo que sé.

MILLAN.

¡Jesu-Christo, los dolores!
Ay, que ya he quebrado en sangre:
mal parto es; valedme vos.

D. GARCIA.

¿De qué?

D. DIEGO.

En viendo, lo que nace.

D. GARCIA.

Decid, pues.

D. LEONOR.

Señor Don Diego,
vos visteis (sospecha es grande)
á vuestra hermana en la casa
de Don Juan; mas si se sabe
la causa, ni ella es culpada,
ni en su decoro hay ultrage,
ni en vuestro honor hay peligro,
ni Don Juan ofensa os hace;
mas si la digo, Don Juan
palabra me ha de dar antes,
de perdonar, á quien tiene
la culpa de engaños tales.

D. JUAN.

Yo la doy.

MILLAN.

¡Oh mujer fuerte!
Un hymno heroyco te cante
la capilla sustanciosa
de los capones de Caspe.

D. LEONOR.

Pues Millan, ese criado,
fingiendo, que era su amante
Don Juan, con papeles suyos,
que él, con la industria que sabe,
sacó á su amo las firmas,
y acreditó con tal arte,
que era ya Don Juan su esposo,
que pasando por su calle
vuestra hermana, le entró á vér.
Si es yerro, que lo pensase,
las firmas se le disculpan;
y creido, entrar á hablarle,
no es culpa en una mujer,
que con él pensó casarse.
Don Juan no la ha hablado á ella,
ni de estos intentos sabe,
mas que vos lo que escuchais:
y se acredita bastante,
de que él lo ignora, y que yo,
siendo su esposa y su amante,

y á quien, porque le he tenido
seis años de amor tan grande,
tocaba mas esa quexa,
no la tengo en esa parte.
Mi hermano, con vuestra hermana,
dió palabra, de casarse.
Si él os la cumple, no queda
á vuestro honor mas exâmen.
Y para que él os la cumpla,
solo falta, que él se halle
satisfecho de Doña Ana,
y esto no puede faltarle;
porque, ahunque no resultára
con tan precisas señales
la satisfaccion debida
del mismo efecto del lance;
el que yo se lo aconsejo,
es satisfaccion bastante;
porque yo no le empeñára
á cosa, que desdorase
su opinion; (¡qué es su opinion!)
su voz, su sombra, su imagen,
pues siendo su hermana yo,
soy de su honor tanta parte.

D. GARCIA.

Don Diego, ahunque por mi hermana
mi honor no se aseguráse,
el mismo caso lo allana.

Y porque el duelo se acabe,
y porque yo dicha logro
de conveniencia y de amante,
esposo soy de Doña Ana.

D. DIEGO.

Ahunque á mí nada me falte
que desear, si eso veo,
saber quisiera el dictamen
en Millan, de fingir esto.

MILLAN.

Esto es, señor, unos vales,
que me daba vuestra hermana,
que cada uno fue un Angel.

D. DIEGO.

¡Pues dineros! ¡A mí estafa!
Vive Dios, que he de matarle.

D. JUAN.

Y yo lo he de hacer primero.

D. GARCIA.

Don Diego, por mí se pasen.

D. LEONOR.

¿Don Juan, tu palabra quiebras?

D. JUAN.

Eso puede reportarme.

D. DIEGO.

Por Dios, que es alevosía.

D. LEONOR.

Doña Ana el empeño ataje,

que está aqui dentro conmigo.
Salid, señora, al instante.

D. GARCIA.

La mano le doy dichoso.

Sale Doña Ana.

D. ANA.

Yo, por fin de mis pesares,
con toda el alma la aceto.

MILLAN.

Y aqui, señores galanes,
si un victor dais á un Poeta,
dará con aplausos tales
fin dichoso á la Comedia;
porque el mismo, que esto hace,
es quien ha menester mas,
llevar la trampa adelante.

CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR,

COMEDIA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Otro será en otra parte,
que le habrá dado otra rabia,
y da golpes á otra puerta. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Lisardo, joven Militar, pretendiente en Aranjuéz, fue hospedado en Ocaña por su amigo Don Felix, quien previno á su hermana Marcela, estubiese recojida en terminos que no la viese jamás; pero ella curiosa procuró verle, y enamorada buscó medio de hablarle en el campo tapada; prendado él, quiso seguirla, y por evitarlo se descubrió Marcela, quedando en su vista rendido Lisardo, mas sin saber, quién fuese.

Don Felix, amante de Laura, la tiene quexosa: Marcela, no pudiendo hablar á Lisardo en su casa, porque no sepa, quién es, cita á Lisardo á la de Laura, á lo que ésta condesciende sin voluntad: verificado esto, viene Fabio su padre, lo que obliga á ocultarse Lisardo: llega Don Felix despues á satisfacer á su dama, y volviendo Fabio, quiere esconderse donde está Lisardo escondido, á quien vé y lo estorba Laura; vase quexoso á su casa á tiempo que Marcela estaba con Lisardo, y tiene ésta que ocultarse. Viene Laura des-

pues á hablar á Don Felix , y estandole satisfaciendo , se arroja á salir Marcela tapada , y huye ; enciendense con esto mas los zelos ; y despues de lances fuertes que ocasiona el tener dos puertas la casa : el cambiar las damas la que cada una tenia; el ignorar Lisardo ser su dama hermana de Don Felix ; y creer éste que Laura amaba á Lisardo : se juntan todos con varios fines en casa de Don Felix , donde vá Fabio en busca de Laura , tambien por faltar de la suya ; se aclaran las dudas , y se casan los quatro amantes.

PERSONAS.

LISARDO.

DON FELIX.

MARCELA, *su hermana.*

FABIO.

LAURA, *su hija.*

SILVIA, *criada.*

CELIA, *criada.*

CALABAZAS, *criado.*

LELIO, *criado.*

HERRERA, *Escudero.*

CASA CON DOS PUERTAS

MALA ES DE GUARDAR.

JORNADA PRIMERA.

Salen Marcela y Silvia con mantos, como recelandose, y detrás Don Lisardo y Calabazas.

MARCELA.

¿Vienen tras nosotras?

SILVIA.

Sí.

MARCELA.

Pues párate. Caballeros,
desde aqui habeis de volveros;

no habeis de pasar de aqui;
porque, si intentais asi,
saber quién soy, intentais,
que no vuelva, donde estais,
otra vez; y si esto no
basta, volveos, porque yo
os suplíco, que os volvais.

LISARDO.

Dificilmente pudiera
cónseguir, señora, el Sol,
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera.
Dificilmente quisiera
el Norte, fixa luz clara,
que el Imán no le mirára;
y el Imán dificilmente
intentára, que obediente
el acero le dexára.
Si Sol es vuestro explendor,
girasol la dicha mia:
si Norte vuestra porfia,
piedra Imán es mi dolor:
si es Imán vuestro rigor,
acero mi ardor severo;
¿pues cómo quedarme espero,
quando veo, que se ván,
mi Sol, mi Norte, y mi Imán,
siendo flor, piedra y acero?

MARCELA.

A esa flor hermosa y bella
términos el dia concede,
bien como á esa piedra puede
concederlos una estrella.
Y Pues él se ausenta de ella,
no culpeis la ausencia mia.
Decid á vuestra porfia,
piedra, acero, ó girasol,
que es de noche para el Sol,
para la estrella de dia.
Y quedaos aqui; porque,
si este secreto apurais,
y, á saber quién soy, llegais,
nunca á veros volveré
á aqueste sitio, que fue
campaña de nuestro duelo:
y puesto, que mi desvelo
me trahe á veros aqui,
creed de mí, que importa asi.

LISARDO.

De vuestro recato apelo,
señora, á mi voluntad:
y supuesto, que sería,
no seguiros, cortesía,
tambien será necedad.
Necio ú descortés, mirad,
quál mayor defecto es;

vereis, que el de necio, pues
no se enmienda; y asi, á precio
de no ser, señora, necio,
tengo de ser descortés.
Seis auroras esta aurora
hace, que en este camino
ciego el amor os previno,
para ser mi salteadora.
Tantas ha, que á aquella hora
os hallo á la luz primera
oculto sol de su esfera,
de su campo rebozada
ninfa, deidad ignorada
de su hermosa primavera.
Vos me llamasteis, primero
que á hablaros llegára yo:
que no me atreviera, no,
tan de paso y forastero.
Con estilo lisongero,
aspid ya de sus verdores,
no deidad de sus primores,
desde entonces fuisteis, pues
aspid; que no deydad es,
quien da muerte entre las flores.
Dixisteisme, que volviera
otra mañana á este prado,
y puntual mi cuidado,
me traxo como á mi esfera.

no adelante la primera
ocasion; porque bastante
no fue mi ruego constante,
á que corriese la fé,
que adora lo que no vé,
ese velo de delante.
Viendo pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero á mí deberme yo,
lo que á vuestra luz no debo;
y asi, á seguiros me atrevo;
que hoy he de veros, ó vér,
quién sois.

MARCELA.

Hoy no puede ser;
y asi dexadme por hoy;
que yo mi palabra os doy,
de que muy presto saber
podais mi casa, y entrar,
á verme en ella.

CALABAZAS.

¿Y á ella,
doncella de esa doncella,
(la verdad en su lugar;
que yo no quiero infernar
mi alma) hay cosa, que la oblígue,
á taparse?

SILVIA.

Y si me sigue,
tenga por muy cierto:::

CALABAZAS.

¿Qué?

SILVIA.

que me persigue; porque,
quien me sigue, me persigue.

CALABAZAS.

Ya sé el caso, vive Dios.

SILVIA.

¿Qué vá, que no le declaras?

CALABAZAS.

Muy malditísimas caras
debeis de tener las dos.

SILVIA.

Mucho mejores, que vos.

CALABAZAS.

Y está bien encarecido;
porque yo soy un Cupido.

SILVIA.

Cupido somos yo y tú.

CALABAZAS.

¿Cómo?

SILVIA.

Yo el pido, y tú el cu.

CALABAZAS.

No me está bien el partido.

MARCELA.

Esto os vuelvo á asegurar
otra vez.

LISARDO.

¿Pues qué fianza
le dexais á mi esperanza
de las dos, que he de lograr?

MARCELA.

La de dexarme mirar. *descubrese.*

LISARDO.

Usar de esa alevosía,
para turbar mi osadía,
ha sido traycion; ¿pues ya,
viendoos, cómo os dexará,
quien, sin veros, os seguia?

MARCELA.

Quedad pues de mí seguro;
que en breve tiempo sabreis
mi casa, y entendereis,
quánto serviros procuro.
Esto otra vez aseguro.

LISARDO.

Ya, en seguiros, soy de hielo.

MARCELA.

Y yo, sin algun recelo,
de que agradecida estoy,
por esta calle me voy.

LISARDO.

Id con Dios.

MARCELA.

Guardeos el cielo.

Vanse las dos.

CALABAZAS.

Linda tramoya, señor.
Sigamosla, hasta saber,
quién ha sido una mujer
tan embustera.

LISARDO.

Es error,
Calabazas, si en rigor
ella se recata asi,
seguirla.

CALABAZAS.

¡Eso dices!

LISARDO.

Sí.

CALABAZAS.

Vive Dios, que la siguiera
yo, ahunque hasta el infierno fuera.

LISARDO.

¿Qué me debe, necio, dí,
de haber quatro dias hablado
conmigo en este lugar,
para darla yo un pesar,
de quien ella se ha guardado?

CALABAZAS.

Debe el haber madrugado
estos dias.

LISARDO.

Ya que estamos
solos, y que asi quedamos,
sobre lo que podrá ser
tan recatada mujer,
discurramos.

CALABAZAS.

Discurramos.
¿Dime tú, qué has presumido
de lo que has visto y notado?

LISARDO.

De estilo tan bien hablado,
de trage tan bien vestido,
lo que he pensado y creído,
es, que esta debe ser
alguna noble mujer,
que, donde no es conocida,
disimulada y fingida
gusta de hablar y de vér:
y por forastero á mí,
para este efecto eligió.

CALABAZAS.

Mucho mejor pienso yo.

LISARDO.

Pues no te detengas; dí.

CALABAZAS.

Mujer, que se viene asi,
á hablar, con quien no la vea,
donde ostentarse desea
bachillera é importuna,
que me maten, si no es una
muy discretisima fea,
que por el pico ha querido
pescarnos.

LISARDO.

¿Y si la hubiera
visto yo, y un Angel fuera?

CALABAZAS.

Vive Dios, que me has cojido.
La Dama Duende habrá sido,
que volver á vivir quiere.

LISARDO.

Ahun bien, sea lo que fuere,
que mañana se sabrá.

CALABAZAS.

¿Luego crees, que vendrá
mañana?

LISARDO.

Si no viniere,
poco ó nada habrá perdido
la necia esperanza mia.

CALABAZAS.

¿El madrugar otro dia,

poca pérdida habrá sido?

LISARDO.

El negocio, á que he venido,
á madrugar, me ha obligado.
No lo debo á este cuidado.

CALABAZAS.

Cerca de casa vivió;
pues de vista se perdió,
quando á casa hemos llegado.

LISARDO.

Y tarde debe de ser.

CALABAZAS.

Sí, pues vistiendose sale,
quien á los dos nos mantiene,
sin ser los dos Justas Reales.

Sale Don Felix como vistiendose, y Herrera.

LISARDO.

Don Felix, besoos las manos.

D. FELIX.

El cielo, Lisardo, os guarde.

LISARDO.

¡Tan de mañana vestido!

D. FELIX.

Un cuidado, que me trahe
desvelado, no permite,
que sosiegue, ni descanse.
¿Pero vos, que os admirais,

de que á esta hora me levante,
no me dixisteis anoche,
que, á dar unos memoriales,
habiais de ir á Aranjuéz?
¿Pues cómo á Ocaña os tornasteis,
desde el camino?

LISARDO.

Si bien
me acuerdo, regla es del arte,
que la pregunta y respuesta,
siempre un mismo caso guarden.
Y puesto que á mi pregunta
fue la respuesta mas facil
un cuidado, de la vuestra
otro cuidado me saque,
que es, quien á Ocaña me vuelve.

D. FELIX.

¿Apenas ahier llegasteis,
y hoy teneis cuidado?

LISARDO.

Sí.

D. FELIX.

Pues por obligaros, antes
que me obligueis á decirle,
este es el mio, escuchadme.

CALABAZAS.

En tanto que ellos se pegan
dos grandisimos Romances

¿ tendreis, Herrera, algo, que
se atreva á desayunarme ?

HERRERA.

Vamos hácia mi aposento,
Calabazas ; que al instante,
que hayais vos entrado en él,
no faltará algo fiambre.

Vanse los dos.

D. FELIX.

Bien os acordais de aquellas
felicisimas edades
nuestras, quando los dos fuimos
en Salamanca estudiantes.
Bien os acordais tambien
del libre, el glorioso ultrage
con que de Venus y Amor
traté las vanas deidades,
de su hermosura y sus flechas
tan á su pesar triunfante,
que de rayos y de plumas
coroné mis libertades.
¡Oh nunca hubieran, Lisardo,
luchado tan desiguales
fuerzas, porque nunca hubieran
podido los dos vengarse!
¡Oh hubiera sido su golpe,
puesto que á todos alcance;

por costumbre solamente
flecha disparada al ayre,
y no por venganza flecha
bañada en venenos tales,
que salió del arco pluma,
corrió por el viento ave,
llegó rayo al corazon,
donde se alimenta aspid!
La primer vez que sentí
este golpe penetrante,
que sabe herir sin matar,
y ahun esto es lo que mas sabe,
en la juventud del año,
una tarde fue agradable
del Abril; pero mal dixe;
al alba fue. No os espante,
ser por la tarde, y al alba;
que con prestados celages,
si bien me acuerdo, aquel dia
amaneció por la tarde.
Este pues, como otros muchos,
por divertirme y holgarme,
salí á caza, y empeñado,
llegué de un lance á otro lance
al Real Sitio de Aranjuez,
que, como poco distante
está de Ocaña, él es siempre
nuestro Prado y nuestro Parque.

Quise entrar á sus jardines,
sin saber, qué me llevase,
á ver lo que tantas veces
habia visto; que esto es facil
todo el tiempo que no asisten
al Sitio sus Magestades.
En el de la Isla entré.
¡Oh cómo, Lisardo, sabe
la desdicha, prevenirse,
el daño, facilitarse!
Pues, como la mariposa,
que halagüeñamente hace
tornos á su muerte, quando
sobre la llama flamante
las alas de vidrio mueve,
las hojas de carmin bate:
asi el infelíz, llevado
de su desdicha al exâmen,
ronda el peligro, sin vér,
quién al peligro le trahe.
Estaba en la primer fuente,
que es un peñasco agradable,
donde, temiendo el diluvio
de sus cruzados cristales,
parece que van viniendo,
á él todos los animales.
una mujer, recostada
en la siempre verde margen

de murta, que la guarnece,
como cenefa ó engaste
de esmeralda, á cuyo anillo
es toda el agua diamante.
Tan divertida en mirar
su hermosura en el estanque
estaba, que puse duda,
sobre si es mujer ó imagen;
porque, como ninfas bellas,
de plata bruñida hacen
guarda á la fuente, tan vivas,
que hay quien espere, que hablen,
y ella miraba tan muerta,
que no pudo esperar nadie,
que se pudiese mover,
la naturaleza al arte,
me pareció, que decía:
no blasones, no te alabes,
de que lo muerto desmientes
con mas fuerza en esta parte,
que yo desmiento lo vivo;
pues en lo contrario iguales,
sé, hacer una estatua yo,
si, hacer tú una mujer, sabes,
ó mira una alma sin vida
donde está con vida un jaspe.
Al ruído, que entre las hojas
hice, (¡ay de mí) por llegarme

á mirarla de mas cerca,
del éxtasis agradable,
(¡no fuese de amor!) volvió
con algun susto, á mirarme.
No me acuerdo, si la dixe,
que ufana no contemplase
tanta beldad, por el riesgo
de ser de sí misma amante;
que donde hubo ninfa y fuente,
no fue posible escaparme
del concepto de Narciso.
Ella, honestamente grave,
sin responderme, volvió
la espalda, y siguió el alcance
de una tropa de mujeres,
que andaba mas adelante,
midiendo de los jardines
ya los quadros, ya las calles,
hasta que su pie llegó,
á hacer á todos iguales;
porque al pequeño contacto
flores produxo fragrantes
tantas la arena, que ya
no pudo determinarse,
si eran calles ó eran quadros
el jardin por todas partes;
pues fueron rosas despues
las que eran veredas antes.

El trage, que se vestia,
era un bien mezclado trage,
ni bien de Corte, ni bien
de Aldea, sino á mitades,
de señora en el aliño,
de aldeana en el donayre.
En un ayroso sombrero,
llevaba un rizo plumage,
á quien tubieron accion
la tierra despues y el ayre,
por el matiz ó la pluma,
sobré si era flor, ó ave.
Seguíla, hasta que llegó
á la quadrilla, que errante
coro texido de ninfas,
á los templados compases
de hojas, paxaros y fuentes
sonoramente suaves,
cada paso era un festin,
cada descuido era un bayle.
A todas las conocí,
en fin, como naturales
de Ocaña, y solo ignoré,
quién era de mis pesares
la ocasion; que ya lo era;
porque, desde el mismo instante
que la ví, sentí en el alma
todo, lo que hoy siento. Nadie

diga, que quiso dos veces;
que, ahunque aqui míre, alli hable,
aqui festéje, alli escriba,
aqui pierda, y alli alcánce,
no ha de querer mas que una;
que no pueden ser iguales
en el mundo dos efectos,
si de una causa no nacen.
De algunas, de las que iban
con ella, pude informarme,
de quién era, y hallé en ella
mas calidad por su sangre,
que por su beldad. La causa,
de no haberla visto antes,
fue, por haberse criado
en la Corte con su padre,
hasta que á Ocaña se vino,
porque viva, donde mate.
No os digo, que la serví
felíz y dichoso amante;
porque, dichas que se pierden,
son las desdichas mas grandes.
Solo digo, que obligada
á mis finezas constantes,
á mis servicios corteses,
y á mis afectos leales,
merecí, que alguna noche
por una rexa me hablase

de un jardin, donde testigos
fueron de venturas tales
la noche y jardin; que solo
á los dos quise fiarme;
porque al jardin y á la noche,
que son el vistoso alarde,
ya de flores, ya de estrellas,
hiciera mal, de negarles
á las unas, lo que influyen,
y á las otras, lo que saben;
puesto que estrellas y flores
siempre en amorosas paces,
enlazadas unas de otras,
eran terceras de amantes.
De esta suerte pues, teniendo
la fortuna de mi parte,
viento en popa del amor
corrí los inciertos mares,
hasta que, el viento mudado,
levantaron uracanes
de una tormenta de zelos
montes de dificultades.
Tormenta de zelos dixe:
ved, si alguna vez amasteis,
¿qué esperanza hay del piloto?
¿qué seguro de la nave?
Bien creereis, Lisardo, bien,
quando asi escucheis quexarme

de los zelos, que soy yo,
quien los tiene. No os engañe
el afecto, de sentirlos,
de esta suerte; porque antes
soy quien los he dado, y ellos
son en sus efectos tales,
que me matan dados, cómo
tenidos pueden matarme.
¡Qué no harán zelos tenidos
quando esto los dados hacen!
Hay una dama en Ocaña,
á quien yo rendido amante
festejé un tiempo. Esta pues,
por darme muerte, y vengarse,
se ha declarado con ella,
fingiendo finezas grandes,
que á mi amor debe. ¡Ay Lisardo,
qué prontamente, qué facil
en los zelos las mentiras
sientan plaza de verdades!
Con esto se ha retirado
tal, que, ahun para disculparme,
no permite, que la véa,
no me dexa, que la hable.
Mirad pues, si este cuidado
consentirá, que descanse,
cercado de tantas penas,
cargado de tantos males,

muerto de tantos disgustos,
lleno de tantos pesares;
y finalmente teniendo
sin culpa ofendido á un Angel;
pues el padecer sin culpa,
es la desdicha mas grande.

LISARDO.

Don Felix, aunque los zelos,
de quien asi os quexais, basten,
á dar pesadumbre dados,
en no ser tenidos, trahen
anticipado el consuelo;
que el dolor es tan distante,
desde darlos á tenerlos,
quanto hay de ser un amante
la persona, que padece,
ó la persona, que hace.
Con lástima empecé á oíros,
quando los zelos nombrasteis;
mas quando dixisteis, que eran
engaños y no verdades,
la lástima se hizo envidia;
porque no hay gusto tan grande,
quando hay desengaño, como
hacer damas y galanes,
ó paces, para reñir,
ó reñir, para hacer paces.
Id á ver á vuestra dama;

que yo sé, ahunque mas se guarde,
pues ella tiene los zelos,
que ella está en aqueste instante,
mas que vòs, desengañarla,
deseando, desengañarse.

Salen Marcela y Silvia, abriendo una puerta, que estará cubierta con una ante-puerta, y quedanse las dos detrás de ella.

MARCELA.

Por esta puerta, que al quarto
de mi hermano, Silvia, sale,
desde el mio, á verle vengo;
porque ahunque él esté ignorante,
de que he salido hoy de casa,
con esto he de asegurarle.

SILVIA.

Detente; que está con él
el tal huesped, y ya sabes,
que no quiere mi señor,
que llegue á verte, ni hablarte.

MARCELA.

Y ahun esa fue mi desdicha.
Oygamos desde esta parte.

LISARDO.

Y si en tanto que este gusto
llega, quereis que yo trate,

de divertiros; pues fue
concierto, que os escuchase
un cuidado, y os dixese
el mio, oidme, escuchadle.

MARCELA.

Oye.

LISARDO.

Despues que troqué
el habito de estudiante
al de soldado, la pluma
á la espada, la suave
tranquila paz de Minerva
al sangriento horror de Marte,
la escuela de Salamanca
á la campaña de Flandes:
y despues en fin que hube
sin valedor, que me ampare,
merecido una gineta,
premio á mis servicios grande,
por haberme reformado
entre otros Capitanes,
ya la campaña acabada,
(que no me viniera antes)
pedí licencia, y partí
á Hespaña, por ver, si honrarme
merezco el pecho con una
de las Cruces Militares,
que sobre el oro del alma

son el mas noble realce.
Con esta pretension vine,
y su Magestad, que guarde
el Cielo, para que sea
Fenix de nuestras edades,
remitió mi memorial,
á tiempo, que á desahogarse
de molestias cortesanas,
vino á Aranjuéz, admirable
dosél de la Primavera.
¿Mas qué mucho que se alabe
de serlo, si la mas bella,
la mas pura, mas fragrante
Flor, la Flor de Lis, la Reyna
de las flores, trás sí trahe
quantas á envidia del Sol,
rayos brillan, luz esparcen?
Seguí la Corte, trahido
mas de mi afecto constante,
que de mi necesidad,
porque de Ministros tales
hoy el Rey se sirve, que
no es al merito importante
la asistencia, porque todos
acudir á todo saben,
gracias al zelo de aquel
con quien el peso reparte
de tanta máquina; bien

como Alcides con Atlante.
Llegué en efecto á Aranjuéz,
donde vos me visitasteis
en una posada, y viendo
tan incómodo hospedage,
como tienen en los bosques
escuderos y pleiteantes,
que me viniese con vos
á Ocaña, me aconsejasteis;
pues los dias de la Audiencia,
dos leguas, era tan facil,
andarlas por la mañana,
y volverlas por la tarde.
Yo, por vuestro gusto mas,
que por mis comodidades,
obedecí. Todo esto
ya vuestra amistad lo sabe;
pero importa haberlo dicho,
para que de aqui se enlace
la mas extraña novela
de amor, que escribió Cervantes.

MARCELA.

Aqui entro yo ahora.

LISARDO.

Un dia,
que madrugé vigilante,
por llegar, antes que el Sol
nuestro Orizonte rayase,

junto á un Convento, que está
de Ocaña poco distante,
entre unos alamos verdes
ví una mujer de buen ayre;
saludela cortesmente,
y ella, antes que yo pasase,
por mi nombre me llamó.
Volví, en oyendo nombrarme,
y diciendo á Calabazas,
que con el rocin me aguarde,
llegué, diciendo: Dichoso
el forastero, á quien saben
su nombre las damas, y ella
con mas cuidado en taparse,
me respondió á media voz:
Caballero de esas partes
no es forastero en ninguna;
y añadió favores tales,
que me obliga la vergüenza,
por mí mismo á que los calle;
porque no sé, cómo hay hombres
tan vanos, tan arrogantes,
que, de que ha habido mujeres,
que los buscaron, se alaben.

SILVIA.

El cuenta nuestro suceso.

MARCELA.

Oh quién pudiera estorbarle,

antes que en Felix las señas
alguna malicia causen.

D. FELIX.

Proseguid.

LISARDO.

Ella en efecto,
siempre embozado el semblante
me despidió, con decirme,
que como no exâmináse
quién era, ni la siguiese,
otro dia estaria, á hablarme.
Seis veces pues corrió al Sol
las cortinas orientales
sumiller el alba, y seis
tapada hallé entre unos sauces
esta mujer. Yo enfadado
de recato semejante,
determiné de seguirla
hoy, quando á Ocaña tornáse;
pero no pude, porque
volviendo ella por instantes,
me vió, y no quiso pasar
de la vuelta de esta calle.

D. FELIX.

¿De esta calle?

LISARDO.

Y á la cuenta
vive hácia aqui; que al instante

la perdí de vista. Aquí,
me dixo, que la dexase
otra vez, porque su vida
aventuraba mi exâmen.

D. FELIX.

¡Extraña mujer!

MARCELA.

Ya es fuerza,
que las señas me declaren.

D. FELIX.

Proseguid.

LISARDO.

Yo, pues:::

Sale Celia con manto.

CELIA.

¿Don Felix,
podrá una mujer aparte
hablaros?

D. FELIX.

¿Pues por qué no?

MARCELA.

¡Oh á qué buen tiempo llegaste,
mujer, ó angel para mí!

D. FELIX.

Luego irá el cuento adelante.
Permitid ahora, por Dios,
que con esta mujer hable,

que es criada de la dama,
que os dixe.

LISARDO.

Pues que me maten,
si ello no es, lo que yo he dicho.
Ved el recado, que os trahe,
y á Dios, porque para estotro
no importa, que tiempo falte. *vase.*

D. FELIX.

¿Era hora, de vernos, Celia?

CELIA.

No te admires, ni te espantes,
que no me atreva, á venir
á verte, porque si sabe
mi señora, que te he visto,
no habrá duda, que me mate.

D. FELIX.

¿Tan cruél conmigo está?

CELIA.

Viniendo yo hácia esta parte
á un recado, no he querido
dexar de verte y hablarte.

D. FELIX.

¿Y qué hace tu hermoso dueño?

CELIA.

Sentir es, lo que mas hace,
tu ingratitud.

D. FELIX.

Plegue á Dios,
si la ofendí, que él me falte.

CELIA.

¿Por qué á ella no se lo dices?

D. FELIX.

Por que no quiere escucharme.

CELIA.

Si tú hubieras de callar,
yo me atreviera, á llevarte,
donde la habláras.

D. FELIX.

Ay Celia,
no habrá marmol, que asi calle.

CELIA.

Pues vente ahora conmigo;
yo haré una seña, si sale
mi señor, y dexaré
la puerta abierta. Tú entrarte
hasta su quarto podrás.

D. FELIX.

Dasme nuevo haliento: dasme
nueva vida.

CELIA.

Aquesta es
la hora mejor. Mas no aguardes.
Vente trás mí.

D. FELIX.

Tras tí voy.

CELIA.

¡Ay bobillos, y qué facil,
á la casa de su dama,
es, de llevar un amante!

Vanse los dos.

MARCELA.

Yo salí de lindo susto.

SILVIA.

¡Pues cómo afirmas, que sales!
Si luego han de verse, luego
proseguirá el cuento.

MARCELA.

Antes
lo habré remediado.

SILVIA.

¿Cómo?

MARCELA.

Escribiendole, que calle,
hasta que se véa conmigo;
y esto ha de ser esta tarde.

SILVIA.

¿Declarada por quién eres?

MARCELA.

¡Jesus, el Cielo me guarde!

SILVIA.

¿Pues qué has de hacer?

MARCELA.

¿No es mi hermano
de Laura mi amiga amante?
¿No sabe, lo que es amor?
Pues hoy he de declararme
con ella, y hoy has de ver,
Silvia, el mas extraño lance
de amor; porque yo fingida:::
Pero no quiero contarle;
que no tendrá despues gusto
el paso, contado antes.

Vanse las dos, y salen Laura, y Fabio su padre.

FABIO.

Notable es la tristeza
que el rosicler turbó de tu belleza.
¿Qué tienes estos dias,
que entregada (ay de mí!) á melancolías
tales, á todas horas
triste suspiras, y rendida lloras?

LAURA.

Si yo, señor, supiera
la causa de mi mal, (á Dios pluguiera,
no la supiera tanto) *ap.*
el consuelo mayor, menor el llanto
fuera, pues fuera entonces, el sabella
el primer aforismo, de vencella.

Pero la pena mia
es, señor, natural melancolia;
y asi el efecto hace,
sin que llegue á saber, de lo que nace;
que esta distancia dió naturaleza
en la melancolia y la tristeza.

FABIO.

No sé, lo que te diga,
sino que á tanto tu dolor me obliga,
que riguroso y fuerte
padeces tú el dolor, y yo la muerte;
pues ya vivir no espero,
mientras tan triste á tí te considero. *vase.*

LAURA.

¿Qué haré yo, que rendida,
á pesar de mi vida,
vivo? ¡Qué es esto, cielos!
Mas bien se dexa ver, que estos son zelos;
porque una ardiente rabia,
que el sentimiento agravia:
una rabiosa ira,
que la razon admira:
un compuesto veneno,
de que el pecho está lleno:
una templada furia,
que el corazon injuria:
¡qué aspid, qué monstruo, qué animal,
qué fiera,

qué veneno, y que ira, que no fuera
compuesta de tan varios desconsuelos
podria ser sino la hidra de los zelos!
Pues ellos solos son, á quien los mira,
furia, rabia, veneno, injuria é ira.
¡Oh quién antes supiera
aquella voluntad, Felix, primera
tuya! Qué no empeñára
tanto la mia, que hasta el fin llegára;
pues ahunque no sabia [via,
de amor, quando tan libre (ay Dios) vi-
tampoco no ignoraba,
que tarde, ó nunca el que lo fue, se acaba.
Quiere á Nise en buen hora;
pero dexame á mí, morir.

Sale Celia, como quitandose el manto.

CELIA.

¿Señora?

LAURA.

¿Celia, qué hay?

CELIA.

Que ya he hecho
mi papel, y sospecho,
que no muy mal; asi tu beldad viva.
Entré en su casa, dixele, que iba
á un recado, y que acaso
pasando por su calle, ahunque de paso,

le quise ver. Con un suspiro entonces,
que ablandára los mármoles y bronces:
me preguntó por tí, turbado y ciego.
Encarecile luego
tu enojo, y que si acaso tú supieras,
que le habia ido á ver, muerte me die-
y como que salia [ras:
de mí, le dixe, ¿por qué no venía
por instantes, á darte
satisfacciones, y desenojarte?
Dixo, que, porque estabas
tal, que no le escuchabas:
dixele, que viniera; [siera,
que yo, ahunque á tanto riesgo me pu-
hasta tu mismo quarto le entraria;
con tal, que no dixese en algun dia,
que yo le habia trahido.
Juró el secreto, y muy agradecido,
el caso se concierta,
y está esperando enfrente de la puerta
la seña; voyla á hacer, pues no está en
casa
mi señor. Esto es todo, lo que pasa. *vase.*

LAURA.

Llamale pues; que, ahunque de Nise creo
los zelos, que me da, tanto deseo
ver, cómo se disculpa,
que quiero hacerle espaldas á la culpa:

pues la que mas zelosa
se muestra, mas colérica y furiosa,
mas entonces desea
satisfacciones, ahunque no las crea;
que es dolor el de zelos tan extraño,
que se dexa curar ahun del engaño:
pues, quando el desengaño no consiga,
conseguiré, á lo menos, que él lo diga.

Salen Celia y Don Felix.

CELIA.

Fuera está de casa Fabio
mi señor. El tiempo es éste
mejor, para entrar á hablarla.

D. FELIX.

Vida y ventura me ofreces.

CELIA.

Disimula, que llamado
de mí, á entrar aqui te atreves.
¡Señor Don Felix, qué es esto!
¡Cómo os entrais:::

D. FELIX.

Celia, tente.

CELIA.

hasta aqui!

D. FELIX.

Celia, por Dios,
que calles.

LAURA.

¿Qué ruido es ese?

CELIA.

¿Qué ha de ser? Que hasta esta sala
se ha entrado el señor Don Felix,
sin mirar, sin advertir,
que si acaso ahora viniese
mi señor, tú:::

LAURA.

Caballero,
¡pues qué atrevimiento es éste!
¡Cómo en mi casa, en mi quarto
os entrais de aquesta suerte!

D. FELIX.

Como, quien morir desea,
nada mira, nada teme;
y si mi muerte ha de ser
venganza de tus desdenes,
quiero morir á tus ojos,
por hacer felíz mi muerte.

LAURA.

Tú tienes la culpa de esto.

CELIA.

¡Yo, señora!

LAURA.

Si tubieses
cerrada esa puerta tú:::

CELIA.

Cerrada estaba.

D. FELIX.

No tienes,
que reñir á Celia ; que ella
de mi error ¿qué culpa adquiere?
Yo solo tengo la culpa:
riñeme á mí solamente:
castigame solo á mí;
sino es ya, que á reñir llegues
á Celia por la costumbre,
con que la inocencia ofendes.

LAURA.

Dices bien : error es mio,
de que me he dexado siempre
llevar, pues no habiendo tú
escrito á Nise papeles,
no habiendo entrado en su casa,
y no habiendo ido ella, á verte
á la tuya, yo cruél,
colérica é impaciente,
inocente te persigo;
que eres tú muy inocente.
Y siendo asi, que yo soy
tan desigual, tan aleve,
tan injusta, tan mudable,
¿qué me buscas? ¿Qué me quieres?

D. FELIX.

Solo quiero, persuadirte
al engaño, que padeces
de tus zelos.

LAURA.

¿Quién te ha dicho,
que yo tengo zelos, Felix?

D. FELIX.

Tú misma te contradices.

LAURA.

¿De qué suerte?

D. FELIX.

De esta suerte,
O tienes zelos, ó no.
Si dices, que no los tienes,
¿para qué finges enojos,
Laura, de lo que no sientes?
Si los tienes, ¿por qué, Laura,
desengañarte no quieres,
pues ninguno al desengaño
zeloso la espalda vuelve?
Luego, para disculparme,
ó para satisfacerte,
si los tienes, has de oirme,
ó hablarme, si no los tienes.

LAURA.

Si fuera argumento tal,
que negarse no pudiese

quien está enojada, está
zelosa, muy sutilmente
arguyeras; mas si no
se sigue precisamente,
pues puedo estar enojada,
sin que á estar zelosa llegue,
ni yo tengo, que escucharte,
ni tú, que decirme, tienes.

D. FELIX.

Pues vive Dios, que has de oírme,
antes que de aqui me ausente,
zelosa ó quexosa.

LAURA.

¿Iráste,
si te oygo?

D. FELIX.

Sí.

LAURA.

Pues dí, y vete.

D. FELIX.

Negarte, que yo he querido,
Laura, á Nise:::

LAURA.

Oye, detente.
¿Y es estilo de obligarme,
modo de satisfacerme,
decirme, quando aguardaba
mil rendimientos corteses,

mil finezas amorosas,
fuesen verdad ó no fuesen,
que hay duelos de amor, adonde
queda bien puesto, el que miente,
decirme en mi misma cara,
que á Nise has querido? Advierte,
que con lo mismo que piensas,
que desenojas, ofendes.

D. FELIX.

Si no me oyes hasta el fin.

LAURA.

¿De esto disculparte puedes?

D. FELIX.

Sí.

LAURA.

Plegue amor. *ap.*

D. FELIX.

Oye pues.

LAURA.

¿Iraste?

D. FELIX.

Sí.

LAURA.

Pues di, y veto.

D. FELIX.

Negarte, que yo he querido,
Laura, á Nise, fuera error:
mas pensar tú, que este amor

es, como el que te he tenido,
mayor error, Laura, ha sido;
pues si á Nise un tiempo amé,
no fue amor: ensayo fue,
de amar tu luz singular;
que, para saber amar
á Laura, en Nise estudié.

LAURA.

A ciencias de voluntad,
las hace el estudio agravio;
pues amor, para ser sábio,
no vá á la Universidad;
porque es de tal calidad,
que tiene sus libros llenos
de errores proprios y ajenos;
y asi en su ciencia verás,
que, los que la cursan mas,
son, los que la saben menos.

D. FELIX.

Pues expliqueme mejor
otro exemplo. Nace ciego
un hombre, y discurre luego
cómo será el resplandor
del sol, planeta mayor,
que rumbos de Zafir gira;
y quando por fé le admira,
cobra en una noche bella
la vista, y es una estrella

la primer cosa, que mira.
Admirando el tornasol
de la estrella, dice: sí,
este es el sol; que yo asi
tengo imaginado al sol;
pero, quando su arreból
tanta admiracion le ofrece,
sale el sol y la obscurece.
Pregunto yo: ¿ofenderá
una estrella, que se vá,
á todo un sol, que amanece?
Yo asi, que ciego vivia
de amor, quando no te amaba,
como ciego imaginaba,
cómo aquel amor sería.
Adoraba, lo que vía,
presumiendo, que era asi
el amor. ¡Mas, ay de mí
que no ví al sol: ví una estrella,
y entretubeme con ella,
hasta que el sol mismo ví!

LAURA.

Eso no; pues si me doy
por entendida contigo,
que Nise fue mi sol, digo,
y que yo su estrella soy.
Pruebolo; pues si yo estoy
contigo la noche fria,

y ella de dia te envia
á llamar, y estás con ella,
¿quién será el sol ó la estrella?
¿cuya es la noche ó el dia?

D. FELIX.

Vive Dios, Laura, que son
engaños tuyos, y plegue
al cielo, que si la he visto,
un rayo me dé la muerte,
desde que á Ocaña veniste.
¿Qué mas desengaños quieres
de lo que cuenta de mí,
que escuchar, que ella lo cuente;
pues es el mayor desayre
del duelo de las mujeres,
confesar sus zelos, donde
la escucha, de quien los tiene?

LAURA.

Yo sé, que han sido verdades
y no engaños aparentes.

D. FELIX.

¿De qué lo sabes?

LAURA.

De que
es mal, que á mí me sucede,
y no puede ser mentira:
porque de los males suele
decirse, Felix, que fueron

Astrologos excelentes,
porque siempre adivinaron,
y dixeron verdad siempre.

D. FELIX.

Por lo menos, ya confiesas,
que son zelos, y los sientes.

LAURA.

¡Si me estás dando tormento,
es mucho, que los confiese!

D. FELIX.

Si tanto aprietan fingidos,
¡ciertos qué::: !

CELIA.

Mi señor viene.

LAURA.

Vete por aquesa puerta
de esotro quarto; pues tiene
puerta á la calle.

D. FELIX.

¿Dí, cómo
quedamos?

LAURA.

Como quisieres.

D. FELIX.

Yo querré desenojada.

LAURA.

A verme esta noche, vuelve;
que quiero verte esta noche,

ahunque de Nise me acuerde.

D. FELIX.

¡Ay Laura, quánto te engañas!

LAURA.

¡Ay quánto me agravias, Felix!

CELIA.

¡Ay quánto nos sirve una
casa, que dos puertas tiene!

JORNADA SEGUNDA.

Salen por una puerta Laura y Celia, y por otra Marcela y Silvia con mantos, y Herrera.

LAURA.

Tu seas muy bien venida
á esta casa.

MARCELA.

Y tú seas,
amiga, muy bien hallada.

LAURA.

Con tal visita, ya es fuerza,
que lo esté.

MACELA.

Yo pienso antes,
que te has de hallar mal con ella;
que vengo, á darte un cuidado

LAURA.

Yo le tengo, hasta que sepa,
en qué te pueda servir.

Llega aquesas sillas, Celia;
que aquí estaremos mejor,
que en el estrado.

HERRERA.

Quisiera
saber, á qué hora vendré.

MARCELA.

Al anochecer, Herrera,
podrá venir.

HERRERA.

El sereno
á esa hora tiene mas fuerza. *vase.*

MARCELA.

Mi amiga eres, Laura hermosa,
á quien dió naturaleza
noble sangre, claro ingenio.
¿Pues de quién con mas certeza
me fiaré, que de quien es
mi amiga, noble y discreta?

LAURA.

Con tan grandes prevenciones
la proposicion empiezas,
que ya mas que tú, decirla,
estoy deseando, saberla.

MARCELA.

¿Estamos solas?

LAURA.

Sí estamos.

Celia, salte tú allá fuera.

MARCELA.

No importa, que Celia lo oyga.

LAURA.

Prosigue pues.

MARCELA.

Oye atenta.
Mi hermano Don Felix, Laura,
por amistad que profesan
él y un noble caballero
desde sus edades tiernas,
le traxo á casa estos dias,
que Aranjuéz, sagrada esfera
del Quarto Felipe, cifra
la luz del quarto planeta.
Este hospedage en efecto
fue con tan vana advertencia,
que para traherle á casa,
la primer cosa, que ordena,
es, que retirada yo
á un quarto pequeño de ella,
les dexe á los dos el mio,
y que tal recato tenga,
que escondida siempre dél,
ni alcance, Laura, ni entienda
que vivo en casa; que asi
(¡mas qué accion tan poco atenta!)
pensó sanear la malicia,

de que Ocaña no dixera,
que trahía á casa un huesped
tan mozo, teniendo en ella
una hermana por casar;
y fue aquesto de manera,
que retirada á este quarto
que te he dicho, ahun una puerta,
que sale al quarto de Felix,
porque nunca presumiera,
que habia mas casa, la hizo
cubrir con una ante-puerta,
y por ella, á aderezarle,
sola Silvia sale y entra.
Dexemos pues á Lisardo,
que, sin que jamás entienda,
que hay mujer en casa, vive
con este descuido en ella.
Dexemos tambien á Felix,
que con esto solo piensa,
que curó en salud el daño,
de que me hable, y que me véa;
y vamos á mí, que viendo
la prevencion, con que intenta
mi hermano ocultarme, hice
de la prevencion ofensa;
porque no hay cosa, que tanto
desespere á la mas cuerda,
como la desconfianza.

¡Quánto ignora, quánto yerra
en esta parte el honor!
Que es, como el que olbidar piensa
una cosa, que el cuidado
de olbidarla, es quien la acuerda;
es, como el que desvelado
se quiere dormir por fuerza,
que llamando al sueño, es
el sueño, quien le despierta:
y es, como el que halla en un libro
borradas algunas letras,
que por solo estar borradas,
le da mas gana, de leerlas.
Este recato en efecto
en Felix mi hermano, esta
curiosidad, Laura, en mí,
ó este destino en mi estrella,
despertaron un deseo,
de saber, si el huesped era,
como gallardo, entendido,
cosa que quizá no hiciera,
á no habermelo vedado:
que en fin la culpa primera
de la primera mujer
esto nos dexó en herencia.
Y para poder mejor
hablarle, sin que supiera,
quien era, la que le hablaba,

fui una mañana á esas huertas,
paso de Aranjuéz, por donde
habia de pasar por fuerza.
Llaméle, pensando, Laura,
que el hablarle no tubiera
mayor empeño, que hablarle
por curiosidad ó tema.
¡Mas ay, que es facil la entrada,
quanto dificil la vuelta
del mas hermoso peligro!
Digalo el mar, desde afuera
convidando con la paz,
á quantos á verle llegan,
quando jugando las ondas
unas con otras se encuentran;
pues el que mas confiado
pisó su inconstante selva,
ese lloró mas perdido
la saña de sus ofensas.
Yo asi apacible juzgué
el mar de amor, pero apenas
reconocí sus halagos,
quando sentí sus violencias.
Pensarás, que este cuidado
solo alcanza, solo llega,
á hallarme hoy enamorada;
pues mas mal hay, que el que piensas;
porque de amor y de honor

estoy corriendo tormenta.
Hoy pues Lisardo á Don Felix
(que yo detrás de la puerta,
que te he dicho, lo escuchaba)
de todo le daba cuenta,
si, (no importa declararme)
no se lo estorbára Celia.
Doblada quedó la hoja,
y temo, que por las señas
del rostro, que ya me vió
Lisardo, ó por la cautela,
con que le hablé, ó por haber
seguidome hasta tan cerca
de casa, puedan en Felix
moverse algunas sospechas;
y asi, antes que el discurso
á enlazarse, Laura, vuelva,
me importa, hablar á Lisardo,
para cuyo efecto queda
Silvia ya con un papel,
en que le digo, que venga,
á verme á esta casa, donde
yo he de estar:::

LAURA.

Detente, espera;
que has usado neciamente,
Marcela, de la licencia
de la amistad; pues, primero

que á ese Lisardo escribieras,
ni á mi casa le llamáras,
debieras mirar, debieras
advertir desde la tuya
los inconvenientes de ésta.

MARCELA.

Ya, Laura, los he mirado,
sin que corran por tu cuenta.

LAURA.

¿De qué manera? Si yo:::

MARCELA.

Escucha de qué manera.
Tu casa tiene dos quartos,
y del uno cae la puerta
á otra calle: á Silvia dixe,
que la traxese por ella:
de suerte, que entrando, Laura,
por donde saber no pueda,
en fin como forastero,
si es casa tuya, ¿qué arriesgas?

LAURA.

Arriesgo, el que lo pregunte,
y lo que hoy no sabe, sepa
mañana, y piense, que yo
soy la tapada.

MARCELA.

Que adviertas,
te pido, que yo he de estar

de visita, y descubierta,
como si fuera mi casa,
dentro de la tuya mesma.

LAURA.

Quando el verte á tí, me libre
á mí con esa cautela,
¿cómo me podré librar
del peligro, de que venga
mi padre, y halle aqui un hombre?

MARCELA.

¿Luego ha de venir por fuerza
hoy, y luego han de cojernos
en el primer hurto? Esta
fineza has de hacer por mí,
pues es tan digna fineza
de tu sangre, y mi amistad.

LAURA.

Oh quién decirla pudiera *ap.*
el tercer inconveniente,
pues no es el de menor pena,
que acierte á venir Don Felix,
y me halle á mi hecha tercera
de su hermana y de su amigo.

Sale Silvia con manto.

SILVIA.

A Ocaña he dado mil vueltas,
hasta hallarle.

MARCELA.

¿Silvia, qué hay?

SILVIA.

Que dí tu papel, y apenas
le leyó, quando trás mí
vino, y queda ya á la puerta
que me dixiste.

MARCELA.

Ya, Laura,
no hay, cómo excusarte puedas.

LAURA.

De mala gana te sirvo
en esto.

MARCELA.

Quitame, Celia,
este manto. Llama, Silvia,
tú á Lisardo, y tú no quieras
verle; que eres muy hermosa,
para criada.

LAURA.

Ya quedas
hecha dueña de mi casa.
Marcela, mira por ella.
¡Oh, á qué de cosas se obliga, ap.
quien tiene una amiga necia!

Vase Laura, y salen por otra puerta Silvia con Lisardo.

SILVIA.

Esta es la casa, señor,
de aquella dama encubierta,
que ya descubierta veis.

LISARDO.

¡Quién vió dicha como ésta!

MARCELA.

Estariades, señor
Lisardo, muy olbidado,
de que iria mi cuidado,
á buscaros.

LISARDO.

Mi temor
confieso, y que la esperanza
de esta ventura perdí;
que siempre andar juntos ví,
fortuna y desconfianza.

MARCELA.

Ahunque es verdad, que pudiera
hoy, por el gusto de hablaros,
señor Lisardo, llamaros
á mi casa, no lo hiciera,
á no tener que reñiros
un descuido contra mí.

LISARDO.

¡Descuido contra vos!

MARCELA.

Sí,
de que, me importa, advertiros.

LISARDO.

Si vos misma disculpais
mi ignorancia, con que ha sido
descuido mal advertido,
ya importa, que le digais,
porque no vuelva á incurrir,
en lo que ignorante estoy.

MARCELA.

¿A quién empezasteis hoy,
nuestro suceso á decir,
que os estorbó una criada
la relacion?

LISARDO.

Ya os entiendo;
y ahunque pueda, no pretendo
satisfaceros en nada;
porque mujer, que de mí,
donde no soy conocido,
tanta noticia ha tenido:
mujer que se guarda asi
de un hombre, de quien yo soy
amigo: mujer que tiene
criada en su casa, que viene

con las nuevas, que le doy,
harto, callando, la digo;
harto con irme la muestro,
porque antes, que galan vuestro,
fui de Don Felix amigo.

MARCELA.

Habeis sin duda pensado,
por las nuevas que yo os doy,
que dama de Felix soy;
pues estais muy engañado;
y esto me habeis de creer,
si algo cree, quien dice que ama;
que no solo soy su dama,
mas que no lo puedo ser.

LISARDO.

Si los principios negais,
mal argumento teneis.
¿De quién mi nombre sabeis,
y de mí informada estais?
¿De quién pues habeis sabido
(decir puedo en un momento)
lo que en su mismo aposento
á los dos ha sucedido?

MARCELA.

Para que aqui se concluya,
lo que á dudar os obliga,
sabed, que yo soy amiga
de una hermosa dama suya.

Esta, hablando pues conmigo
en Felix, nuevas me dió
de vos, porque en vos habló,
como de Felix amigo;
y ahunque él es tan caballero,
en nadie un secreto cupo
mejor, que en quien no le supo;
y asi suplicaros quiero,
que á Don Felix no le deis,
señor, mas señas de mí,
ni le digais, que yo os ví,
ni que mi casa sabeis;
porque me ván en rigor,
á una sospecha creída,
hoy por lo menos la vida,
y por lo mas el honor.

LISARDO.

Bien pensareis, que ha cesado
de mis dudas la razon;
y antes mayor confusion
es, la que me habeis dexado.
Porque si no soys:::

Sale Celia.

CELIA.

¿Señora?

MARCELA.

¿Qué hay, Celia?

CELIA.

Que mi señor viene por el corredor.

MARCELA.

Esto me faltaba ahora.
¿Podrá salir?

CELIA.

No; que viene
por la puerta, que él entró,
y saber que hay otra, no
es posible, ni conviene.
Hasta aqui entra ya.

LISARDO.

¿Qué haré?

CELIA.

Esconderos, es forzoso,
en esta quadra.

LISARDO.

Dudoso estoy.

MARCELA.

Presto; que si os vé:::

LISARDO.

Vive Dios, que estoy perdido.

Escondese en un aposento, y sale Laura.

MARCELA.

Cercada de penas muero.

LAURA.

Ves, Marcela; en el primero
hurto, al fin, nos han cojido.
En buena ocasion me has puesto.

MARCELA.

¿Quién pudiera prevenir,
que ahora hubiese de venir
su padre?

Sale Fabio.

FABIO.

¡Celia, qué es esto!
¡Esta puerta, quando abierta
sueles por dicha tener!

LAURA.

Vinome Marcela á ver,
y, por estar esa puerta
la mas cerca de una casa,
adonde ella estaba, yo
la hice abrir: por ella entró,
y quedose asi: esto pasa.

FABIO.

Perdonad, bella Marcela;
que como la luz del dia
ya se vá á poner, no os vía.

LAURA.

Gran daño el alma recela.

CELIA.

¡Qué confusion!

SILVIA.

¡Qué temor!

MARCELA.

Yo, habiendo ahora sabido
la tristeza, que ha tenido
Laura, me traxo mi amor,
á verla, y ver, si merezco,
de sus penas consolar
la tristeza y el pesar.

LAURA.

Son tantas, las que padezco,
que me añade mas dolor
el remedio prevenido;
y antes pienso, que has venido,
á hacermele tú mayor;
que crece con el remedio
este accidente.

FABIO.

No sé,
qué te diga, ni sabré
hallar á tus males medio.
Ola, trahed luces aqui.

Sale Celia con luces, ponelas sobre un bufete, y sale Herrera.

CELIA.

Ya aqui las luces están.

HERRERA.

Las ocho y media serán.
¿Habemos de irnos de aqui
esta noche, pues que ya
ha anochecido, señora?
¿No es, de recojernos, hora?

MARCELA.

Pena el dexarte me dá,
Laura, con este cuidado;
pero excusarle no puedo.

LAURA.

Yo en fin, á pagar, me quedo
las culpas, que no he pecado.

MARCELA.

¡Qué puedo hacer ay de mí!
Dame licencia.

FABIO.

Yo iré,
sirviendoos.

MARCELA.

No hay para que
me trateis, señor, asi.
Quedad con Dios.

LAURA.

Mejor es,
dexarle ir, para que pueda
irse este hombre, que aqui queda.

FABIO.

Yo tengo de ir con vos.

MARCELA.

Pues
me honrais tanto, replicar
á vuestra gran cortesía,
pareciera grosería.

FABIO.

La mano me habeis de dar.

MANCELA.

Soys tan galan, que no puedo
negaros ese favor.

Vanse Fabio, Marcela, Herrera y Silvia.

LAURA.

¿Hay, Celia, pena mayor,
que la pena con que quedo?
¡Quién creerá, que yo encerrado
aqui tengo un hombre, que
no conozco! Y si me vé,
quedará desengañado,
de que Marcela no ha sido
el dueño de aquesta casa.

CELIA.

Todo quanto aqui nos pasa,
facil emienda ha tenido,
con irse ahora mi señor.

Retirate tú de aqui:
yo le sacaré de alli,
sin que pueda del error,
en que está, desengañarse,
pues él, sin veros, se irá,
ni á tí, ni á Marcela.

LAURA.

Ya
solo falta, efectuarse.
La puerta abre; mas detente;
que parece, que he sentido
en esta sala ruido.

CELIA.

Ya es otro el inconveniente.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Apenas la sombra fria
tendió, Laura, el manto negro,
capa de noche, que viste,
para disfrazarse, el cielo,
quando á tu puerta me hallaron
las estrellas; que el deseo
tanto anticipa las horas,
que á verte á estas horas vengo.
Haciendo tiempo en tu calle,
porque no se pierda el tiempo,
ví, que mi hermana salia

de tu casa, y advirtiendo,
que tu padre la acompaña,
á entrar hasta aqui, me atrevo;
porque las paces de hoy
me tienen con tal contento,
que no quise dilatar
solo un instante, un momento
el verte desenojada.

LAURA.

Pues no haces bien, si es que advierto,
que un enojo apenas quitas,
quando otro vas disponiendo.
¡Tanto podia tardar
(apenas á hablarle acierto) *ap.*
en recojerse la casa,
que temerario y resuelto
te entras aqui, sin mirar,
que ha de volver al momento
mi padre!

D. FELIX.

Solo he querido,
que sepas, Laura, que espero
en la calle, á que sea hora,
para hablarte; porque luego
no digas, que de otra parte
vengo, quando á verte vengo.
En la calle pues estoy.

LAURA.

Eso sí; vuelvete presto;
que al punto que se recoja
mi padre, hablarnos podemos
mas despacio. No me tengas
con tanto susto, que creo,
que sospechoso (ay de mí!)
está ya del amor nuestro,
tanto, que á esa puerta falsa
la llave ha quitado, esto *ap.*
digo, por asegurar
el paso (al que está acá dentro.)
y anda todos estos dias,
á casa yendo y viniendo.

D. FELIX.

Por quitarte ese temor,
me voy, y en la calle espero.

FABIO *dentro.*

Ola, baxad una luz.

LAURA.

El viene ya.

CELIA.

Dicho y hecho.

Toma Celia una luz y vase.

D. FELIX.

Si de esotra puerta, dices,
que quitó la llave, es cierto,

que no hay, por donde salir.
Y asi en aqueste aposento
me esconderé.

Vá á entrar, donde está Lisardo, y se pone delante Laura.

LAURA.

Aguarda, espera;
que no has de entrar aqui dentro.

D. FELIX.

¿Por qué?

LAURA.

Porque siempre aqui
está mi padre escribiendo
mucha parte de la noche.

D. FELIX.

Vive Dios, que no es por eso;
porque, al entreabrir la puerta,
he visto un vulto allá dentro.

LAURA.

Mira:::

D. FELIX,

¡Aqui, qué hay, qué mirar!

LAURA.

Advierte:::

D. FELIX.

Ya nada temo.

LAURA.

Que entra ya mi padre.

D. FELIX.

¡Ay triste,
en qué gran duda estoy puesto!
Si aqui hago alboroto, á Fabio
de sus ofensas advierto.
Si callo, sufro las mias.

Sale Fabio.

FABIO.

¡Vos aqui, Felix! ¡Qué es esto!

LAURA.

Mira, por Dios, lo que haces;
pues, en quien es caballero,
el honor de las mujeres
siempre ha de ser lo primero.

D. FELIX.

Es verdad. Disimular,
tomo por mejor acuerdo, *ap.*
si zelos se disimulan.
Buscando á mi hermana vengo;
que me dixeron, que aqui
estaba.

FABIO.

Ya yo la dexo
en su casa, y vengo ahora,
de servirlo de escudero.

LAURA.

Eso es lo mismo, que yo
le estaba, señor, diciendo.

D. FELIX.

Dios os guarde por la honra,
que á mi hermana la habeis hecho.

FABIO.

Ella os espera ya en casa.

D. FELIX.

No sé, ay Dios, lo que hacer debo.
Estarme aqui, es necedad:
irme, si aqui un hombre dexo,
es desayre: alborotar
aquesta casa, desprecio:.
¡Pues esperarle en la calle,
si hay dos puertas, cómo puedo
yo solo! ¡Oh quién á Lisardo,
que es mi amigo verdadero,
consigo hubiera trahido!
Mas ya he pensado el remedio!
Quedad con Dios.

FABIO.

El os guarde.

D. FELIX.

Hoy he de ver, vive el cielo,
si es verdad, que la fortuna
ayuda al atrevimiento.

Vase Don Felix y Celia le sigue con una de las luces.

FABIO.

Alumbra, Celia, á Don Felix.
Laura, entra tú acá dentro;

Toma otra luz.

que tengo, que hablar á solas
contigo.

LAURA.

¡Otro susto, cielos!
¡Mi padre qué me querrá!
¡Laura, en qué ha de parar esto!

Vanse los dos, y sale Celia con la luz que llevó.

CELIA.

Sin esperar, que baxára,
á alumbrarle, en un momento
se me desapareció Felix.
Bien se dexa ver su intento,
que es, de dar presto la vuelta
á la calle: mas primero,
que él llegue, ya habrá salido
estotro; que en su aposento
está mi señor con Laura.
No hay que esperar. Caballero,

en gran confusion estamos
por vos.

LISARDO.

Ya sé, lo que os debo;
que, ahunque he entendido muy poco
del caso, porque aqui dentro
llegaban muertas las voces,
he entendido por lo menos
los empeños de esta casa.

CELIA.

Vamos de aqui.

LISARDO.

Vamos presto.

CELIA.

Salga él una vez de casa,
y mas que sucedan luego
muertes de hombres en la calle.

Mata la luz, llevale y sale Don Felix.

D. FELIX.

En un esconce pequeño,
que hace la escalera, antes
que la luz baxára, muerto
de zelos y de desdichas,
pude quedarme encubierto.
Poco lugar han tenido,
de echar á este hombre, y no creo,
que sabiendo, que en la calle

estoy, se atrevan, á hacerlo.
El fin con que me he quedado,
á mis desdichas atento,
es, de sacarle conmigo
hasta la calle, fingiendo,
que soy criado de casa,
y que sé todo el suceso.

Llegase á la puerta.

Esta es la puerta, y está
abierta. Ce, caballero,
seguidme; seguro soy.
¿No me respondeis? ¡Qué es esto!
Obligareisme, callando,
vive Dios, á que éntre dentro.

Entra dentro, y sale Laura con luz.

LAURA.

Nada me quería mi padre,
que fuese de mas momento,
que decirme, que mañana
ha de ir á un cercano pueblo,
adonde su hacienda tiene,
y yo á mis desdichas vuelvo.
¿Celia, Celia, dónde estás?
Pondré, que se han ido huyendo
todos, y que me han dexado
en el peligro; y es cierto,

pues nadie parece, ay triste.
¡Qué he hacer en tanto aprieto!
Felix estará en la calle,
quando estotro está aqui dentro.
Pero, ahunque todo lo arriesgue,
esto ha de ser; que primero
soy yo. Perdone Marcela,
esta vez. Ce. Caballero,
á quien necia una mujer
en tanto peligro ha puesto,
no os espanteis, de mirarme.

Abre la puerta, y sale Don Felix embozado.

D. FELIX.

¡Cómo puedo, cómo puedo,
dexar de espantarme, Laura,
de mirarte:::

LAURA.

¡Ay Dios, qué veo!

D. FELIX.

tan mudable:::

LAURA.

¡Ay infelice!

D. FELIX.

y tan falsa!

LAURA.

¡Ay Dios, qué es esto!

D. FELIX.

Esto es, Laura, esto es,
(si es que, yo á decirlo, acierto)
el desengaño mayor,
que á un hombre han dado los zelos.
Pero, miento; que no son
zelos, sino agravios, estos.

Pasease, y ella tras él,

LAURA.

Yo estoy muerta, Felix mio.
¡Mi bien, mi señor, mi dueño!

D. FELIX.

¡Mi mal, mi muerte, mi ofensa,
qué me quieres!

LAURA.

Que te quiero:
te quiero no mas.

D. FELIX.

Y yo,
pues tú lo dices, lo creo.
Porque, no habiendo tenido
vn hombre en este aposento:
no habiendo dicho, que estaba
cerrado el paso por esto,
no habiendo venido tú
á hablarme por él: no habiendo
visto yo::: ¡Qué he de haber visto!

Nada digo : nada entiendo.
Mal haya yo , porque estube
antes á tu honor atento;
y no::: A Dios, Laura : á Dios, Laura.

LAURA.

Detente; porque primero,
que te vayas , has de oirme.

D. FELIX.

¡Puede ser mentira esto!

LAURA.

Sí : bien puede ser mentira.

D. FELIX.

¡Mentira , lo que estoy viendo!

LAURA.

¿Qué viste?

D. FELIX.

El vulto de un hombre,
que estaba en ese aposento.

LAURA.

Algun criado sería.

Sale Celia muy alborotada.

CELIA.

Señora , ya por lo menos
nada sucederá en casa;
que ya en la calle los dexo.

Vé á Don Felix, y turbase.

D. FELIX.

Mira, si era algun criado.

CELIA.

¡Pues esto ahora tenemos!
¡Cómo aqui:::! No puedo hablar.

LAURA.

¿Vés, Felix, con quánto aprieto
se eslabonan mis desdichas?
Pues culpa ninguna tengo.

D. FELIX.

Pues yo la culpa tendré.

LAURA.

Tanto te estimo y te quiero,
que ahun no quiero yo, decirlo,
porque te está mal, saberlo.

D. FELIX.

¡Qué antiguo sagrado es ese
de un culpado, en no teniendo
que responder! Esto en fin
se acabó. Laura, esto es hecho.
A Dios, á Dios.

LAURA.

Mira:::

D. FELIX.

Suelta.

LAURA.

No has de irte asi.

D. FELIX.

Vive el cielo,
que dé voces, que despierten
á tu padre, al mundo entero
diciendo, quién eres.

LAURA.

¿Felix?

D. FELIX.

Harás, que pierda el respeto
á tu hermosura; porque
nadie le tubo con zelos. *vase.*

LAURA.

Tenle, Celia.

CELIA.

¡Yo tenerle!

LAURA.

Pues, ahunque vayas huyendo,
yo te buscaré. ¡Ay Marcela,
en qué de dudas me has puesto!

Vanse, y salen Lisardo y Calabazas.

CALABAZAS.

¿Señor, qué es lo que tienes?
¿De dónde, ó cómo á tales horas vienes?

LISARDO.

Ni sé de donde vengo,

Calabazas ; ni sé , lo que me tengo.

CALABAZAS.

Despues de haberte ido
sin mí (cosa , que nunca ha sucedido,
ni hechose con Lacayo
de bien) vuelves á casa como un rayo,
casi al amanecer , descolorido,
colerico , furioso , acontecido,
ayrado:::

LISARDO.

No me mates,
ni empieces , á decirme disparates,
sino pon las maletas ; porque luego
me tengo de ir, y en tanto que á esto llego,
á esotra quadra pasa,
mira , si hablar á Felix puedo.

CALABAZAS.

En casa
él no está; que, ahunque ya ha amanecido,
creo , que no ha venido,
á acostarse hasta ahora.

LISARDO. [ra!)

Felíz él que habrá estado (¡ quién lo igno-
celebrando las paces con su dama,
que es la felicidad , del que bien ama;
y yo infelíz , á quien han sucedido
tantas cosas.

CALABAZAS.

¡Qué han sido!

LISARDO.

Oye, porque me dexes,
con condicion, que luego no aconsejes.
Llamóme por un papel,
aquella dama tapada,
á que en su casa la viese.
A verla fuí; y la criada,
por un jardin me guió,
hasta que llegué á una sala
de estrado, donde la misma,
que ví en las huertas, estaba,
tan bella, como entendida.
Esto, que te diga, basta.
Muy á los primeros lances,
me dió á entender, enojada,
no sé bien qué quexas, quando
su padre á la puerta llama.
Metenme en un aposento,
donde, despues de pasadas
algunas conversaciones,
(de que poco entendí ó nada)
porque, como retirado
estaba á puerta cerrada.
llegaban á mí confusas
las voces sin las palabras,
la puerta un hombre entreabrió.

La capa tercié, y la espada
empuñé, y al mismo instante,
me volvieron á cerrarla
por defuera, sin poder
ver el talle ni la cara
del hombre. De allí á otro rato,
triste, confusa y turbada
otra moza, me sacó
hasta la calle, con várias
prevenciones, de que Felix
no supiera de esto nada.
Yo pues cercado de dudas,
y de sospechas contrarias
estoy, sin saber qué hacerme,
en confusion tan extraña.
Porque, si á Felix le callo
el lance, ya acreditada
la sospecha, de que ha sido
dama suya, será ingrata
correspondencia, que él tenga
á su enemigo en su casa.
Si se lo digo, y no es
su dama, sino otra dama,
que de mí se fia, el decirlo,
es de mi nobleza infamia.
Y asi, entre hablar y callar,
la opinion mas acertada
es, pues dos daños me envísten,

volver á los dos la espalda.
Asi, con esto á Don Felix,
no ofende, lo que se calla,
ni lo que se dice, ofende
á la mujer. Luego trata,
de poner toda la ropa;
que antes que amanezca el Alba,
con ocasion de que ya
hecha mi consulta baxa,
de Ocaña me tengo de ir,
ahunque me dexe en Ocaña,
en un ingenio la vida,
y en una hermosura el alma.

CALABAZAS.

Honrada resolucion.

LISARDO.

Porque apruebas y no cansas,
toma aquel vestido, que hice
de camino, Calabazas.

CALABAZAS.

Tus manos, señor, te beso,
de resultas de las plantas,
no tanto por el vestido,
ahunque es dádiva extremada,
como por darmele hecho;
y en tanto, que se levanta,
quien la ropa me ha de dar,
escuchame en dos palabras

lo que hecho un vestido ahora.

Habla mudando las voces.

¿Señor Maestro, quántas varas
de paño son menestes
para mí? Siete y tres quartas.
Con seis y media, le hace
Quiñones. Pues, que le haga;
mas si él saliere cumplido,
yo me pelaré las barbas.
¿Qué tafetan? Ocho. Siete
han de ser. No quite nada
de siete y media. ¿Ruan?
Quatro. No. Si un dedo falta,
no puede salir. ¿De seda?
Dos onzas. Treinta de lana,
¿Bocací á los bebederos?
Media vara. ¿Angeo? Otra tanta.
¿Botones? Treinta docenas.
¡Treinta! ¿Habrá mas de contarlas?
Cintas, faltriqueras, hilo:
vamos con todo esto á casa.
Junte vuesarced los pies,
ponga derecha la cara;
tienda el brazo. ¿Seor Maestro,
son matachines? ¡Qué gracia
hará el calzon! Oye usted,
la ropilla ancha de espaldas,

derribadica de hombros,
y redondita de falda.
Frisa para las faldillas,
haber sacado, nos falta.
Pongala usted. Que me place.
Ah, sí. Esto se me olbidaba.
Entretelas. De este viejo
ferreruelo me las haga.
Voy, á cortarlo al momento.
¿Quando vendrá esto? Mañana
á las nueve. La una es.
¡Oh quánto este Sastre tarda!
Señor Maestro, todo el dia
me ha tenido usted en casa.
No he podido mas; que he estado
acabando unas enaguas,
que, como mil paños llevan:,
no fue posible acabarlas.

Muda la voz.

Ah caballero, muy seca
está esta obra. Remojarla.
Angosto vino el calzon.
De paño es: no importa nada;
que luego dará de sí.
Esta ropilla está ancha.
No importa nada; es de paño,
que ella embeberá: asi basta;

que los paños dan y embeben,
como el sastre se lo manda.
El ferreruelo está corto.
Mas de media liga tapa,
y ahora no se usan largos.
¿Qué se debe? Poco ó nada.
Veinte del calzon, y veinte
de la ropilla y sus mangas:
diez del ferreruelo: treinta
de los ojales, y tantas
impertinencias, que en fin,
que me venga ó que me vaya,
quien me da un vestido hecho,
me da la mejor alhaja.
A componer voy las tuyas.
Aqui gloria y despues gracia. *Vase.*

LISARDO.

¡Qué locuras! ¡Quien tubiera
tu alegria, y no llegára
hoy, á sentir los extremos
de tantas penas, de tantas
confusiones y sospechas!
Valgate Dios por tapada,
toda misterios, y toda
prevenciones, sin que haya
nunca visto la verdad.

Vuelve Calabazas.

CALABAZAS.

Ya la dixe á un criada,
que me sacase la ropa;
porque hoy nos vamos á Irlanda.

LISARDO.

En efecto me destierran
antes de tiempo de Ocaña
tramoyas de una mujer.

Sale Marcela con manto, y Silvia sin él, y hablan quedandose á la puerta.

SILVIA.

Mira á qué te atreves.

MARCELA.

Nada
me digas; porque no estoy
para escucharte palabra.
¿Que hoy se vá, no dices?

SILVIA.

Sí.

MARCELA.

¿Pues, Silvia, de qué te espantas,
que haga locuras mi amor?
Sin duda, le dixo Laura,
quién soy, y de mí vá huyendo.

SILVIA.

¿Pues si eso temes, qué tratas?

MARCELA.

Hablarle ya claramente;
que, puesto que á esta hora falta
mi hermano, ya no vendrá
hasta que le lleven capa
y valona, ó sea de noche.
Tú, Silvia, á esa puerta aguarda.

Vase Silvia.

LISARDO.

Mira, si ha venido Felix.

CALABAZAS.

Felix no; pero la dama
tapada sí que ha venido.

LISARDO.

¿Qué dices?

CALABAZAS.

Ecce; quam amas.

MARCELA.

Señor Lisardo, no sé,
que sea accion cortesana,
el iros, sin despediros
hoy de una mujer, que os ama.

LISARDO.

¿Tan presto tubisteis nueva
de mi partida?

MARCELA.

Las malas
vuelan mucho.

CALABAZAS.

Vive Dios,
que con los demonios habla.
¿Si es Catalina de Acosta,
que anda buscando su estatua?

MARCELA.

¿En fin os vais?

LISARDO.

Sí, y huyendo
de vos; que vos sois la causa.

MARCELA.

De eso infiero, que sabeis
ya, quién soy (estoy turbada) *ap.*
y si el haberlo sabido,
anticipa la jornada,
id con Dios; pero advirtiendo,
que fue en mí, y en vos la causa
imposible, de decirla,
é imposible, de callarla.

LISARDO.

No os entiendo, pues no sé
de vos, (ésta es verdad clara)
mas de lo que sé de vos:
y antes la desconfianza,
que haceis de mí, es quien me mueve,

á irme.

Mira Calabazas adentro.

CALABEZAS.

Ce. Por la sala
entra Don Felix.

MARCELA.

¡Ay triste!

LISARDO.

¿Qué os turba? ¿Qué os embaraza?
Conmigo estais.

MARCELA.

Es verdad;
mas, puesto que mis desgracias
unas con otras tropiezan,
y tan en mi alcance andan,
sabed, que yo soy::: No puedo,
no puedo hablar mas palabra;
que entra ya. Mi vida está
en vuestras manos: guardadla;
que yo aquí me escondo. *escond.*

LISARDO.

Cielos,
sacadme de dudas tantas.
Ella es su dama sin duda,
pues que tanto de él se guarda.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

¿Lisardo?

LISARDO.

¿Qué hay? ¿Qué traheis,
Don Felix?

D. FELIX.

Traygo un pesar,
y vengole á consolar
con vos, que me aconsejeis.

LISARDO.

Quando, por haber faltado
de casa (vete de aqui)

Vase Calabazas.

toda la noche, creí,
que habiades celebrado
las paces con vuestra dama,
¡al amanecer venís
con el pesar, que decís!

D. FELIX.

Sí; que un mal á otro mal llama.
¡Ay Lisardo, bien dixisteis,
quando hablasteis de los zelos,
que sus mortales desvelos
y que sus efectos tristes
eran tan otros tenidos,

que dados, quanto se ofrece,
entre quien hace y padece;
pues padecen mis sentidos
el daño, que antes hicieron.
¡Oh quién un siglo los diera,
y un punto no los tubiera!

LISARDO.

¿Pues cómo, ó de qué nacieron?
Vive Dios, que él ha seguido *ap.*
esta dama, y que sus zelos
son de mí y de ella.

MARCELA.

Los Cielos
dén mis penas á partido.

D. FELIX.

Muy rendido ahier llegué,
donde, ay de mí, satisfice
con los extremos, que hice,
las lágrimas que lloré,
las mal fundadas sospechas,
que de mí, ay Cielos, tenia
la hermosa enemiga mia:
y quando ya satisfechas
estaban, y yo esperaba,
de los sembrados rigores
cojer el fruto en favores
en la calle, en que aguardaba,
entré, á verla muy contento,

y porque fue fuerza así,
un aposenso entreabrí,
(mal haya mi sufrimiento)
y en él (¡qué torpes desvelos!)
el vulto de un hombre ví.

LISARDO.

Esto es, lo que anoche á mí 4p.
me pasó, viven los Cielos.

D. FELIX.

¡Oh mal haya yo, porque,
ahunque su padre viniera,
y ahunque su honor se perdiera,
á darle muerte no entré!
Quedéme pues escondido
con animo, de volver,
á buscar al hombre, y ver,
quién era.

LISARDO.

¿Habeislo sabido?

D. FELIX.

No; porque ya una criada
le habia sacado de allí.
Trás él al punto salí,
pero no pude hallar nada.
Asi hasta el medio dia
toda la mañana he estado,
(mirad qué necio cuidado)
pensando, que volvería.

Ved, si habrá en el mundo, quien
tenga el dolor, que yo tengo,
pues hoy aqui á tener vengo
zelos, sin saber de quién.

LISARDO.

En ese punto creí, *ap.*
todo quanto imaginé.
La dama esta dama fue,
y yo el encerrado fui.
Las señas son: mas, supuesto,
que él no sabe, que fuí yo,
ni que ella aqui se ocultó,
ponga fin á todo esto
mi ausencia, puesto que asi
todo el silencio lo sella;
pues no sabrá agravios de ella,
ni tendrá quexas de mí.

D. FELIX.

¡Ahora suspenso estais!
¡Cómo no me respondeis!

LISARDO.

Como admirado me habeis,
ahun mas de lo que pensais.

D. FELIX.

¿Qué puedo hacer?

LISARDO.

Olbidar.

D. FELIX.

¡Ay Lisardo, quién pudiera:::!

Sale Calabazas.

CALABAZAS.

Señor, una dama ahí fuera
dice, que te quiere hablar.

D. FELIX.

Ella es, que habrá venido,
á verme. Yo no he de vella.

LISARDO.

Mirad primero, si es ella.

Sale Laura tapada.

D. FELIX.

¿No he de haberla conocido?
Ella es, que en conclusion
que ahora querrá, que yo crea,
que todo mentira sea.

LISARDO.

Ya es otra mi confusion.
Si ésta es, la que Felix ama,
y dentro en su casa vió
un hombre, y éste fui yo,
¡quién es, quién ésta otra dama!

LAURA.

Lisardo, por caballero,
os ruego, que os ausenteis,

y con Felix me dexeis;
porque hablar con Felix quiero.

D. FELIX.

¿Quién te ha dicho, que querrá
el Felix, hablarte á tí?

LAURA.

Dexadnos solos.

LISARDO.

Por mí
obedecida estais ya.
Fuerza es, dexar encerrada *ap.*
la otra dama hasta despues,
y estar á la vista. Nada
tengo ya que temer, pues
no es su dama mi tapada.

Vanse Calabazas y Lisardo.

LAURA.

Ya que estamos los dos solos,
Don Felix, y que podré
decir, á lo que he venido,
escuchadme.

D. FELIX.

¿Para qué?
Ya sé, que quieres decirme,
que ilusion, que engaño fue,
quanto alli ví, y quanto oí;
y si esto, en fin, ha de ser,
ni tú tienes, que decir,

ni yo tengo, que saber.

LAURA.

¿Y si nada de eso fuese,
sino todo eso al revés?

D. FELIX.

¿Cómo?

LAURA.

Escucha, oiraslo.

D. FELIX.

¿Iráste,
si te escucho?

LAURA.

Sí.

D. FELIX.

Dí pues.

Sale Marcela al paño.

LAURA.

Negarte, que estaba un hombre
en mi aposento:::

D. FELIX.

Deten.
¡Y es estilo de obligar,
modo de satisfacer,
decirme, quándo esperaba
un rendimiento cortés,
una disculpa amorosa,
confesar la ofensa! ¿Vés,
como otra vez la repites,

porque la sienta otra vez?

LAURA.

Si no me oyes hasta el fin.

MARCELA.

¡Quién vió lance mas cruél!

D. FELIX.

¿Qué he de escuchar?

LAURA.

Mucho.

D. FELIX.

¿Iráste,
si te escucho?

LAURA.

Sí.

D. FELIX.

Dí pues,

LAURA.

Negarte, que estaba un hombre
en mi aposento, y tambien
que Celia le abrió la puerta,
no fuera justo, porque
negarle á un hombre en su cara
lo mismo, que escucha y vé,
es darle á un desesperado
para consuelo un cordél;
mas pensar tú, que fue agravio
de tu amor y de mi fé,
es pensar, que cupo mancha

en el puro rosicler
del sol, porque con mi honor
ahun es sombra todo él.

D. FELIX.

¿Pues quién aquel hombre era?

LAURA.

No puedo decirte quién.

MARCELA.

¡Quién vió confusion igual!

D. FELIX.

¿Por qué?

LAURA.

Porque no lo sé.

D. FELIX.

¿Qué hacia escondido allí?

LAURA.

No lo sé tampoco.

D. FELIX.

¿Pues
dónde la satisfaccion
está?

LAURA.

En no saberlo.

D. FELIX.

Bien.
No saberlo, es la disculpa,
la culpa, el saberlo, es:
¿pues cómo quieres, que venza

lo que sé, á lo que no sé?
Laura, Laura, no hay disculpa.

LAURA.

Felix, Felix, dexame;
que, ahunque lo puedo decir,
tú no lo puedes saber.

D. FELIX.

Otra vez me has dicho ya
(baldón ó despecho fue)
eso mismo, y vive Dios,
de no escucharlo otra vez;
porque aqui me has de decir
la verdad de esto:::

MARCELA.

¿Qué haré;
que, por disculparse á sí,
me ha de echar á mí á perder?

D. FELIX.

que nada me está peor,
que el pensarlo.

LAURA.

Sí diré.

MARCELA.

No dirás; porque primero
tus voces estorbaré
con esta resolucion.
Amor ventura me dé,
como me dá atrevimiento.

Pasa por delante tapada, como jurandosela á Don Felix; él quiere seguirla, y Laura le detiene.

Solo esto he querido ver.

D. FELIX.

¿Qué mujer es ésta?

LAURA.

Hazte
de nuevas.

D. FELIX.

Dexame, que
la siga y la reconozca.

LAURA.

Eso quisieras, porque
pudieras desenojarla,
diciendola á ella despues,
que me dexaste, por ir
tras ella; pues no ha de ser.

D. FELIX.

Laura mia, mi señora,
el cielo me falte, amen,
si sé, qué mujer es ésta.

LAURA.

Yo sí: yo te lo diré.
Nise era; que, al pasar,
yo la conocí muy bien.

D. FELIX.

Ni era Nise, ni sé yo,
cómo estaba aqui.

LAURA.

Muy bien.
La disculpa es, no saberlo,
la culpa, el saberlo, es;
¿pues cómo quieres que venza
lo que sé, á lo que no sé?
A Dios, Felix.

D. FELIX.

Si no basta
el desengaño, que vés,
¿cómo quieres, que yo crea,
lo que tú, Laura, no crees?

LAURA.

Porque yo digo verdad,
y soy quién soy.

D. FELIX.

Yo tambien,
y ví en tu aposento un hombre.

LAURA.

Yo en el tuyo una mujer.

D. FELIX.

No sé, quién fue.

LAURA.

Yo tampoco.

D. FELIX.

Sí supiste, Laura; pues
ya me lo ibas á decir.

LAURA.

Ya, sin decirlo, me iré,
por no dar satisfacciones
á un hombre tan descortés.

D. FELIX.

Mira, Laura:::

LAURA.

Suelta, Felix.

D. FELIX.

Vete; que es cosa cruél,
haber de rogar quexoso.

LAURA.

Quedate; que es, rabia haber,
de llevar trayciones, quando
finezas vine á traher.

D. FELIX.

Yo bien dijculpado estoy:::

LAURA.

Si á eso vamos, yo tambien.

D. FELIX.

pues ví en tu aposento á un hombre.

LAURA.

Yo en el tuyo una mujer.

D. FELIX.

Si esto, cielos, es amar:::

LAURA.

Si esto, fortuna, es querer:::

LOS DOS.

Fuego de Dios en el querer bien.

JORNADA TERCERA.

Salen Marcela y Silvia.

SILVIA.

Grande atrevimiento fue.

MARCELA.

Como perdída me ví,
quando ya á Laura escuché,
que iba á descubrir alli
quanto en su casa pasé,
estorbar la relacion
quise con tan loca accion;
que, ya preciso un pesar,
algo se ha de aventurar.

SILVIA.

Asi es verdad.

MARCELA.

La razon,
que me animó mas, fue ver
á Lisardo, que esperaba
mas afuera al parecer,

en qué el suceso paraba
de su encerrada mujer;
y como yo lo sabía,
no temí la empresa mia:
pues, á no suceder bien,
ya en Lisardo, al menos, quien
me defendiese, tenia:
y en fin ello sucedió
mejor, que esperaba yo;
pues yo á mi quarto pasé,
y en los zelos que dexé,
el lance se barajó
de suerte, que ni Lisardo
se empeñó por mí gallardo,
ni Laura el caso contó,
ni Felix me conoció,
ni yo mayor susto aguardo.

SILVIA.

Digo, que fue extraño cuento,
y si escarmiento ha dexado,
será de mas fundamento.

MARCELA.

¿Pues quándo dexó escarmiento
Silvia, un peligro pasado?
Antes, el haber salido
de éste tan bien, me ha movido,
á pensar, cómo pudiera
ser, que Lisardo volviera,

á verme.

SILVIA.

Oye, que hacen ruido.

Por la puerta escondida sale Don Felix.

D. FELIX.

¿Marcela?

MARCELA.

¿Qué novedad
es, entrar tú en mi aposento?

D. FELIX.

Es venir mi voluntad
por luz á tu entendimiento,
por consuelo á tu piedad.
Anoche, quando saliste,
de ver á Laura, yo entré
en su casa, ay de mí triste,
y ví en su casa, y hallé:::

MARCELA.

Dí, ¿qué hallaste? Dí, ¿qué viste?

D. FELIX.

un hombre.

MARCELA.

¡Tal pudo ser!

D. FELIX.

Vinome á satisfacer;
y una mujer que salió
de mi alcoba, lo estorbó:::

MARCELA.

¡Miren la mala mujer!

D. FELIX.

que con Lisardo debia
de estar. El cuerdo y discreto,
presumiendo, que ofendia
de mi casa asi el respeto,
dice, que tal no sabia.
En fin, sea lo que fuere,
que no hay nadie que lo diga,
zelosa Laura no quiere,
que desengaños consiga,
ni qué disculpas espere.
Yo, por no dar á torcer
tampoco mi sentimiento,
no la quiero hablar, ni ver;
pero quisiera saber
hasta el menor pensamiento
suyo. Para esto ha pensado
una industria mi cuidado.

MARCELA.

¿Y es, si me la has de decir?

D. FELIX.

Que tu, hermana, has de fingir,
que un gran disgusto, un enfado
conmigo has tenido, y que
en tanto que esto se pasa,
te quieres ir á su casa:

y asi una espía tendré
para el fuego, que me abrasa;
pues tú á la mira estarás,
y á pocos lances verás,
quién este embozado es,
y con secreto despues.
de todo me avisarás.

MARCELA.

Ahunque hay bien, que replicar,
hoy me iré á su casa.

D. FELIX.

No
puede hoy ser; que por mostrar
quán poco mi mal sintió,
ó por darme este pesar,
hoy de su casa ha salido,
y al mar de Hontigola ha ido.

MARCELA.

Pues digo, que iré mañana.

D. FELIX.

La vida me dás, hermana;
tuya desde hoy habrá sido. *vase.*

MARCELA.

¡Hay cosa como llegar
rogandome, lo que yo
puedo, Silvia, desear!
Pero mira, quién se entró
en el quarto, sin llamar.

SILVIA.

Laura y Celia son, señora.

Salen Laura y Celia con capotillos, y sombreros.

MARCELA.

¡Laura mia, á aquesta hora!

LAURA.

No te espantes de esto, amiga;
que á tanto una pena obliga.

MARCELA.

¿Quién lo duda? ¿Quién lo ignora?

LAURA.

De la suerte, que de mí,
te fuiste ahier, á valer,
vengo, á valerme de tí.

CELIA.

Aprended, damas, de aqui
lo que vá desde hoy á ahier.

LAURA.

Aquel hombre que dexaste
cerrado, Marcela mia,
en mi casa, vió Don Felix.

MARELA.

¡Jesus!

LAURA.

No importa, que diga
el cómo ó el quándo, puesto

que bastaba ser desdicha,
para que ella se estubiese
desde luego sucedida.
Quisele satisfacer,
y vine á tu casa, amiga,
sin mirar á los respetos,
á que, el ser quien soy, me obliga.
Entré en su aposento, y quando
á representarle iba
disculpas, que no tocasen
en tu opinion, ni en la mia,
una mujer, que detrás
de su aposento tenia,
y que era, sin duda, Nise:::

MARCELA.

¿Quién duda, que ella sería?

LAURA.

salió, á dar zelos por zelos.

MARCELA.

¡Hay tan gran bellaquería!
¿Y qué hizo Felix á eso?

LAURA.

El ahunque quiso seguirla,
yo no le dexé. En efecto,
las dos quexas repetidas,
ni las suyas quise oír,
ni él saber quiso las mias.
Por mostrar, que, estaba, ay cielos,

gustosa y entretenida,
(¡oh quán á costa del alma,
Marcela, un triste se anima!)
al mar de Hontigola hoy
salí con unas amigas,
donde, ahunque debió alegrarme
su hermosa apacible vista,
no pudo; que para mí
ya se murió la alegria,
tanto, que ni el ver la Reyna,
que infinitos siglos viva,
para que flores de Francia
nos dén el fruto en Castilla,
como en su verde carroza,
que caballos del sol tiran,
barado baxél de tierra,
llegaba á bordar á la orilla:
ni el ver tan ufano entonces
ese breve mar, que imita
del oceano las ondas
encrespadas y movidas
de los cefiros suaves,
quando, al mirar quien las pisa,
como plata las entorcha,
y como vidrio las riza:
ni el ver, que ya el vergantin,
coche del mar, pues le guian,
como caballos los remos,

á quien el freno registra
de un timon, abrió el estribo
de su hermosa barandilla,
para que su popa ocupe,
para que su esfera admita
un sol, á quien hizo guarda
no menos, que el alba misma:
ni el ver las hermosas damas,
que como flores seguian
la rosa, bien asi como
texido coro de ninfas
en las selvas de Diana
profanas fábulas pintan:
ni el ver en fin, que tan bello
ya el vaxél bogando iba
el piélago de cristal,
que al acercarse á la Isla
del cenador, que con tantas
flores el estanque habita,
no pudo determinar
desde aparte, no, la vista,
qual el vergantin, ó quál
era el cenador, pues vía
flores en qualquiera tantas,
que unas á otras competidas,
naval batalla de flores
se dieron muertas y vivas:
me pudo aliviar; pues toda

esta pompa hermosa y rica,
en los cristales bullicio,
en las flores alegría,
en los vientos suavidad,
en las hojas harmonía,
en las damas hermosura,
y en todos los campos risa,
llanto fue, llanto en mis ojos,
zelosa de Felix. Mira,
si, á quien esto no divierte,
bastantemente peligra.
Yo no he de hablarle, porque
es triste cosa, es indigna
accion, darle yo á torcer
mis zelos; y asi querria,
de una industria aqui valerme,
si es que mi amistad codicias;
y es, que para que yo vea,
si Nise en su quarto habita,
le he de acechar esta noche
por aquella puerta, amiga
que dixiste, y que á su quarto
cae, y él tiene escondida.
¿Cómo faltar de mi casa
podré? es fuerza, que aqui digas;
y responderéte yo;
que hoy mi padre fue á una Villa,
adonde su hacienda tiene,

y no vendrá en quatro dias.
Asi que estas noches puedo
ser tu huespeda, si obliga
mi amistad á esta fineza,
pues es fineza de amiga
tan principal, tan discreta,
tan noble y tan entendida.

MARCELA.

¿Cómo te pódré negar,
Laura, lo que solicitas,
si con mi razon me arguyes?
¿si con mi dolor me obligas?
Solo hay un inconveniente;
mas si tú lo facilitas,
vén desde luego á mi casa:
mal dixe, á la tuya misma.

LAURA.

¿Quál es el inconveniente?

MARCELA.

Tanto mi hermano te imita
en el dolor y en la causa,
(no importa que te lo diga:
primero somos nosotras;)
que hoy me ha pedido, que finja
con él un enojo, y vaya,
á ser por algunos dias
tu huespeda, porque yo
allá de adalid le sirva;

pues si no voy á tu casa
yo, ¿por qué estás tú en la mia?
dirá.

LAURA.

Escucha: antes mejor
es, que desde luego finjas
tú el enojo, y que te vayas;
pues con aquesto le obligas,
á que él esté mas seguro,
de que yo en su casa asista

MARCELA.

Dices bien; que con mi ausencia
se sanea esta malicia.

LAURA.

¿Cómo se ha de hacer?

MARCELA.

Así.
Dame el manto, y dirás, Silvia,
que fuí en casa de Laura;
que para hacer mas creída
la causa, quise ir de noche;

Ponèse el manto.

y dèspues (aparte mira)
busca á Lisardo, y dirásle,
como mi afecto le avisa,
que á verme vaya esta noche;
y quedate, donde sirvas

á Laura. Tú, Celia, ven
conmigo; pues nos obliga
esto, á trocar con las casas
las criadas.

LAURA.

¡Tan aprisa!

MARCELA.

Estas cosas mas se aciertan,
mientras menos se imaginan.

LAURA.

Marcela, á mi casa vas,
por ella y por mi honor mira.

MARCELA.

Por ella mira y mi honor,
pues te quedas tú en la mia.
¿En qué ha de parar aqueste
trueco?

CELIA.

¿Quieres, que lo diga?
En algun lance, que á todas,
ó nos case ó nos aflija.

Vanse por una parte Celia y Marcela, y por la otra Silvia y Laura, y salen Lisardo y Calabazas.

LISARDO.

¿Qué papel es ese?

CALABAZAS.

Esoloz
el que ha de ser, es y ha sido
del tiempo, que te he servido,
cuenta estrecha.

LISARDO.

¿Dime pues,
á qué proposito ahora?

CALABAZAS.

A proposito, de que hoy
de tu servicio me voy.

LISARDO.

¿Por qué causa?

CALABAZAS.

¡Quién lo ignora!
Porque andas aquestos dias
muy discreto.

LISARDO.

¿Qué has querido
decir?

CALABAZAS.

Que andas divertido.

LISARDO.

Tales son las penas mias.

CALABAZAS.

Y no ha de ser tan discreto
el amo, que ha de pensar,
que no le puede guardar

Calabazas el secreto.
Tú te andas solo contigo,
contigo solo te estás,
contigo vienes y vas:
y en fin contigo y sin migo
en qualquier parte te ven;
que parecemos, señor,
el dinero y el amor:
mirad con quién y sin quién.
Si alguna tapada viene,
á verte: salte allá fuera.
Si vas, á verla: aqui espera;
porque ir allá no conviene.
¡Pues esto ha de ser asi!
¿Pesar de quien me parió,
para qué te sirvo yo?
Y asi quiero, desde aqui
buscar amo mas humano;
porque para mí en rigor,
ninguno será peor,
ahunque sea un Luterano,
ahunque sea un presumido
de docto, siendo menguado,
con ingenio un desdichado,
sin él un entremetido,
un poeta, que hace trazas
de comedias, y seamos
los criados y los amos,

todo en casa Calabazas,
ahunque sea un lindo compuesto,
que hable melifluo y despacio;
y ahunque galantée en Palacio,
que es peor que todo esto.

LISARDO.

Las cosas, que me han pasado,
tan públicas han venido,
Calabazas, que no ha sido
forzoso, haberlas contado,
para que la sepas; pues
hablar á aquella tapada
en el campo: tan guardada
verla en su casa despues,
adonde me sucedió
aquel lance parecido
al de Felix, que escondido
en su casa me pasó:
venir á verme á la mia,
adonde desengañado
de que es otra me ha dexado,
la que Don Felix queria:
salir de alli tan veloz:
irse en fin, como se fue:
ello se dice y se vé,
sin que aqui tenga mi voz
que contar; pues ahunque quiera,
no te puedo decir mas

de lo que tú viendo estás.

CALABAZAS.

Ella es gentil embustera.

LISARDO.

Quanto ha, que estoy pensando,
que lo que me ha sucedido,
es verdad, estoy corrido,
de estár creyendo y dudando,
qué mujer es ésta; pues,
quando yo, ser, presumia,
dama de Felix, vivia
sin discurrir: mas despues,
que, estando conmigo ella,
de Felix la dama entró,
y que me desengañó,
de que era otra dama aquella,
mayor deseo me ha dado,
de saber, quién es; pues puedo
perder á su honor el miedo,
que por Felix le he guardado.

CALABAZAS.

Yo bien pudiera decir,
quién es.

LISARDO.

¿Tú?

CALABAZAS.

Yo.

LISARDO.

Dilo pues.

CALABAZAS.

Vive Dios, que sé, quién es.

LISARDO.

Pues no me hagas discurrir.

CALABAZAS.

¿Ella no es enredadora?
Quien es sé. ¿No es embustera?
Quien es sé. ¿No es bachillera?
Quien es sé. ¿No es habladora?
La misma razon lo enseña,
quien es, sí, jurado á Dios.

LISARDO.

Dilo.

CALABAZAS.

Aquí para los dos:::

LISARDO.

Prosigue.

CALABAZAS.

Es alguna dueña.

LISARDO.

¡Qué disparate!

Sale Silvia.

SILVIA.

Lisardo,
que aquí me escucheis os pido.

CALABAZAS.

¿Mujer, de dónde has caído?

LISARDO.

Ya, lo que quieres, aguardo.

SILVIA.

Una dama, de quien vos
la casa, señor, sabeis,
que á su ventana llameis
esta noche, os pide. A Dios. *vase.*

CALABAZAS.

Tapada de las tapadas,
oye.

LISARDO.

Tente. ¿Dónde vas?

CALABAZAS.

Dexa; que no quiero mas,
de darla dos bofetadas,
que las lleve á su señora:::

LISARDO.

¿Hay quien tus locuras crèa?

CALABAZAS.

porque otra vez no me sea
dueña engerta.

LISARDO.

Escucha ahora;
pues que va la noche fria
en mal distinto arrebol,
de prisa, diciendo al Sol,

que se vaya con el dia,
y á mí esperandome están,
dame un broquel, y tú aqui
me espera.

CALABAZAS.

¡Yo esperar!

LISARDO.

Sí.

CALABAZAS.

Espére un judío de Orán;
que á casa, donde encerrado
estubiste y ahun corrido,
y hay padre de conocido,
y galan de imaginado,
no has de ir solo.

LISARDO.

Sí he de ir.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

¿Dónde, Lisardo?

LISARDO.

No sé,
cómo callaros podré,
ni cómo os podré decir,
lo que en Ocaña me pasa.
¿Teneis que hacer ahora?

D. FELIX.

¡Yo!
ni en toda esta noche.

LISARDO.

¿No?

D. FELIX.

No; que el fuego que me abrasa,
por acrecentar su ardor,
treguas por ahora ha dado.

LISARDO.

Pues yo quiero mi cuidado
fiaros ya sin temor;
que, si hasta aqui he suspendido,
la relacion que empezé,
respeto, que os tube, fué;
pero habiendo ya sabido,
que nada os puede tocar,
y sois quien sois en efecto,
de mi amor todo el secreto,
hoy os tengo de fiar.
Venid conmigo y sabreis,
porque el tiempo no perdamos,
extraños sucesos.

D. FELIX.

Vamos;
que mucha merced me hareis,
en divertir el dolor,
de que mi pecho está lleno,

porque de amor el veneno
cure triaca de amor.

CALABAZAS.

¿Yo qué he de hacer?

LISARDO.

Esperar
aqui en casa, á que vengamos.

Vanse los dos.

CALABAZAS.

¡Buenos, paciencia, quedamos,
sin vér ni oír, á callar!
Quando no tiene el servir
otro gusto, otro placer,
que escuchar, para saber,
y saber, para decir,
ahun de este gusto me priva,
el recatarse de mí.
Pues no ha de pasar asi,
asi Calabazas viva.
Que, por aquel mismo caso,
que aqui de mí se guardó,
tengo de seguirle yo.
Tras ellos paso entre paso
tengo de irme rebozado.
¿Porque si yo, qual sospecho,
no le murmuro y azecho,
para qué soy su criado? *vase.*

Salen Lisardo y Don Felix.

D. FELIX.

Mucho me he holgado de oíros,
por ser la novela extraña.

LISARDO.

Esto es por mayor; que dexo
de contar mil circunstancias,
por no cansaros, Don Felix;
y pues sabeis, que me aguarda,
idos con Dios; que ya es hora.

D. FELIX.

Decirme á mí, que una dama
vais á ver, y haberme dicho,
que tubisteis en su casa
riesgo, y decir, que me quede,
son dos cosas muy contrarias;
pues no soy de los amigos
yo, con quien solo se hablan
las cosas; que precio mas
las obras, que las palabras.
Id, á lograr vuestro amor
norabuena; que hasta el alba
yo sabré estar en la calle.

LISARDO.

A amistad, Don Felix, tanta,
mal hiciera, en resistirme.

Sale Calabazas como acechando.

CALABAZAS.

Si, qual véo, lo que andan,
lo que hablan viera, yo viera,
lo que andan, y lo que hablan.
Llegarme quiero.

LISARDO.

¡Qué es esto!

D. FELIX.

Un hombre, si no me engaña
la vista, que trás nosotros
viene.

LISARDO.

Pues sacad la espada.

D. FELIX.

¿Quién vá?

CALABAZAS.

Nadie ya; porque
no diz que vá, el que se pára.

D. FELIX.

¿Quién sois?

CALABAZAS.

Un hombre de bien.

LISARDO.

Pues pase, si acaso pasa.

CALABAZAS.

No paso; que me hago hombre.

D. FELIX.

Pues jugaré yo de espadas.

LISARDO.

Dadle la muerte.

CALABAZAS.

Detente.
¡Ay, ay! Señor, que me matas;
que soy Calabazas.

D. FELIX.

¡Quién!

CALABAZAS.

Calabazas.

LISARDO.

Calabazas,
¡qué es esto!

CALABAZAS.

Es venir, á ver,
dónde vais. *danle los dos.*

D. FELIX.

Por Dios:::

CALABAZAS.

Ya basta.

LISARDO.

Dexadle: no alboroteis;
porque está cerca la casa,
que buscamos.

D. FELIX.

¿Hácia aquí

vive, Lisardo, la dama,
que venís, á ver?

LISARDO.

Sí, Felix.

D. FELIX.

¿Y es bizarra?

LISARDO.

Muy bizarra.

D. FELIX.

¿Tiene padre?

LISARDO.

Sí.

D. FELIX.

¿Y aqui
os cerrasteis en la quadra?

LISARDO.

Sí.

D. FELIX.

¿Y estando ella con vos,
entró, la que me buscaba?

LISARDO.

Sí.

D. FELIX.

Ved, que como la noche
llena está de sombras pardas,
mas obscura, que otras veces,
pues ahun la luna la falta,
podrá ser, que os engañeis.

LISARDO.

No me engaño. A esta ventana
he de llamar, y esta puerta
han de abrir.

CALABAZAS.

Ya sé la casa.

D. FELIX.

¡Esta ventana! ¡Esta puerta!
¡Ay de mí! El Cielo me valga; *ap.*
que éstas las de Laura son,
para mí dos veces falsas.

LISARDO.

Retiraos; porque yo,
la seña, que es ésta, haga.

Hace la seña á la rexa.

D. FELIX.

Si mal no me acuerdo, ay triste,
en la relacion pasada
dixisteis, que la mujer,
que para hablaros, aguarda,
es, la que hoy escondida
dentro de mi quarto estaba.

LISARDO.

Es verdad.

D. FELIX.

Y que la otra,
que vino:::

Sale Celia á la ventana.

CELIA.

Cé.

LISARDO.

Ya me llaman.

CELIA.

¿Es Lisardo?

LISARDO.

Si, yo soy.

D. FELIX.

Celia es ésta. *ap.*

CELIA.

Pues aguarda,
abriré la puerta.

LISARDO.

Ya
conmigo habló la criada,
y dice, que viene, á abrirme
la puerta.

D. FELIX.

Antes que la abra,
decid:::

Abre la puerta Celia.

LISARDO.

No puede ser antes.

D. FELIX.

si es:::

LISARDO.

A Dios, porque me aguarda,

D. FELIX.

la dama:::

CELIA.

Entrad presto.

LISARDO.

Luego
hablarémos. *vase.*

Al entrar Lisardo, quiere entrar D. Felix, y Celia cierra aprisa.

D. FELIX.

¡Y en la cara
con la puerta me dió Celia!

CALABAZAS.

Con cerradura no agravia
una puerta, aunque es de palo;
que, el tener hierro, la salva.

D. FELIX.

¡Qué es, lo que pasa por mí!
¡Quién vió confusiones tantas!
¡En casa de Laura, cielos,
viene buscando la dama,
que hoy de mi quarto salió,
quando entró en mi quarto Laura!

Luego ella no puede ser.
¡Mas quien ser puede en su casa!
¡Oh, quien no la hubiera dicho
á Marcela, que dexára
para mañana, el venir
aqui; que ella lo apurára!
Pero mientras mas discurro,
mas lugar doy á mi infama.
Pues no discurramos, zelos;
sino á ver la verdad clara,
caminemos mas aprisa;
pues ella es Laura, ó no es Laura.
Si no es ella, ¿qué se pierde,
en desengañar mis ansias?
¿Y qué se pierde, si es ella,
en perder la vida y alma,
despues de Laura perdida?
La puerta en el suelo cayga.
¡Pero cómo á esto me atrevo,
si á Lisardo la palabra
le he dado:: ? ¿Pero qué importa
la amistad, la confianza,
el respeto, ni el decoro?
Que donde hay zelos, se acaba
todo, porque no hay honor,
ni amistad, que tanto valga.

Dá golpes á la puerta, como para derribarla, y á este tiempo, como mas lejos, dan tambien golpes dentro.

CALABAZAS.

¿Qué haces, señor?

D. FELIX.

Darle muerte.

CALABAZAS.

Si es posible, no lo hagas.

D. FELIX.

¡Mas qué golpes son aquellos!

CALABAZAS.

¿De qué te admiras y espantas?
Otro será en otra parte,
que le habrá dado otra rabia,
y dá golpes á otra puerta.

FABIO *dentro.*

Abre aquí, Celia; abre, Laura.

CELIA *dentro.*

Mi señor es, ay de mí!

D. FELIX.

Fabio es aquel. *cuchilladas dentro.*

FABIO *dentro.*

¡Esta infamia
llego á ver!

CALABAZAS.

Por Dios, que allá
ya han llegado á las espadas.

D. FELIX.

Mal haya la puerta, *amen.*

Sale Lisardo con Marcela en los brazos como á obscuras.

LISARDO.

No temais, señora, nada;
que, ahunque llaman á esta puerta,
seguro es, quien á ella llama.

MARCELA.

Con vos, Lisardo, he de ir;
que como yo á vuestra casa
llegue, nada hay que temer,
si es que ella una vez me ampara.

LISARDO.

Venid, y no os receleis
de un hombre, que me acompaña.

MARCELA.

¿Es Felix?

LISARDO.

Sí.

MARCELA.

Pues mirad,
que es Felix:::

LISARDO.

¿En qué reparas?
Ya no es tiempo de recatos.
¿Felix?

D. FELIX.

¿Quién vá?

LISARDO.

Mis desgracias.

D. FELIX.

¡Qué ha sido aquesto!

LISARDO.

Que estando
hablando con esta dama,
vino su padre de fuera;
llamó, y viendo, que tardaban
en abrirle, derribó
la puerta, y sacó la espada.
Porque se apagó la luz,
tube lugar de librarla.
Llevadla; que yo me quedo,
á guardaros las espaldas,
para que ninguno os siga;
que conmigo Calabazas
quedará.

CALABAZAS.

No quedará.

D. FELIX.

Mejor es, con ella vaya,

y nos quedemos los dos.

LISARDO.

¿Tan sola hemos de dexarla?
No es razon; pues la primera
obligacion es la dama
en todo trance. Asi, Felix,
vos solo habeis de llevarla,
y ponerla en salvo.

D. FELIX.

Es justo.
¿En fin, has venido, Laura,
á mi poder?

MARCELA.

¡Ay de mí!

D. FELIX.

Yo estoy muerto.

MARCELA.

Estoy sin alma.

D. FELIX.

Vén conmigo; que ahunque no
mereces finezas tantas,
soy quien soy, y he de librarte.

MARCELA.

¡Hay mujer mas desgraciada!

D. FELIX.

¡Hay hombre mas infelice! *vanse.*

Salen Fabio y Lelio con luz, y criados con las espadas desnudas.

FABIO.

Ahunque las fuerzas me faltan,
no las fuerzas del honor,
para tomar mil venganzas.

LISARDO.

Deteneos; que ninguno
de aqui ha de pasar.

FABIO.

Mi espada
hará paso por el pecho
vuestro. *riñen todos.*

CALABAZAS.

Infeliz Calabazas,
¿quién te metió, en acechar?

LISARDO.

Pues que ya Felix se alarga,
antes que aqui me conozcan,
mejor es, volver la espalda.
Esto es valor, no temor. *vase.*

FABIO.

Espera, cobarde: aguarda.

CALABAZAS.

¿Quién creyera, que Lisardo
en la ocasion me dexára?

LELIO.

Aquí se quedó uno dellos.

FABIO.

Pues muera, Lelio. ¿Qué aguardas?

CALABAZAS.

Deteneos, por Dios.

FABIO.

¿Quién sois?

CALABAZAS.

Si es que el miedo no me engaña,
un curioso impertinente.

FABIO.

Dexad la espada.

CALABAZAS.

La espada
es poca cosa; el sombrero,
la daga, el broquél, la capa,
la ropilla y los calzones.

FABIO.

¿Sois criado, del que agravia
esta casa?

CALABAZAS.

Sí, señor;
porque es un agravia casas,
que no se puede sufrir.

FABIO.

¿Quién es, y cómo se llama?

CALABAZAS.

Lisardo se llama, y es
un Soldado, camarada
de Felix.

FABIO.

Porque no empiece
por lo menor mi venganza,
no te doy muerte.

CALABAZAS.

Haces bien.

FABIO.

Y pues alguna luz hallan
mis desdichas, á buscar
iré á Felix. ¡Oh mal haya
casa con dos puertas, pues
tan mal el honor se guarda!

Sale Don Felix con Marcela de la mano, como á obscuras, habiendo dicho dentro los primeros versos; y por la otra puerta salen Laura y Silvia.

D. FELIX.

Ola, trahe aqui una luz.

HERRERA *dentro.*

Ya la llevo, si es que hallan
luz unos ojos dormidos.

LAURA.

Ya dentro del quarto andan.
Escuchemos desde aqui.

D. FELIX.

Ya por lo menos, ingrata,
ya por lo menos, no puedes
negarme:::

LAURA.

Con mujer habla.

D. FELIX.

en este lance, que eres
mudable, inconstante, falsa,
cruél, aleve, engañosa;
pues á nadie desengañan
mas cara á cara sus zelos.

MARCELA.

Aqui mi vida se acaba. *ap.*

D. FELIX.

¿Para esto veniste hoy
á mi casa?

LAURA.

La que estaba
tapada hoy es, pues la dice,
que hoy ha venido á su casa.

D. FELIX.

En mi poder estás, mira,
si habrá disculpa: mal haya,

quanto tiempo te he querido,
quantas penas, quantas ansias
padecí, y quantas finezas
hizo mi amor por tu causa.

LAURA.

¡No escuchas, cómo confiesa,
que la ha querido! ¡Qué aguarda
mi paciencia!

SILVIA.

¿Dónde vás?

LAURA.

No sé, (ay Silvia, estoy turbada)
á escucharle de mas cerca.

D. FELIX.

¡Oh quánto con la luz tardas!

HERRERA *dentro.*

Ya vá la luz.

MARCELA.

¿Qué he de hacer,
si la trahe?

D. FELIX.

¿No dices nada?
Pero si estás convencida,
¿qué has de decir?

Sueltala de la mano, y vase retirando Marcela, y Laura, acercandose, viene á ponerse enmedio de los dos, y él la coje la mano, entendiendo, que es Marcela.

MARCELA.

Oh si hallára,
por donde irme; que á lo menos
la vida asi asegurára.

D. FELIX.

Detente: no huyas: no huyas;
que no quiero mas venganza
de tí, que sepas, que sé
esto.

LAURA.

Por otra me habla; *ap.*
y he de callar mis agravios,
hasta que las luces traygan,
y véa, que soy, con quien
está.

MARCELA.

Confusa y turbada,
la puerta hallé de mi quarto.
Este sagrado me valga,
pues fue dicha, estar abierta.

SILVIA.

¿Eres Laura?

MARCELA.

No soy Laura.
¿Eres tú, Silvia?

SILVIA.

Yo soy.
¡Qué es esto!

MARCELA.

Fortunas varias.
Cierra esa puerta, y conmigo
vén, Silvia, aprisa. ¿Qué aguardas?

Vanse, cerrando trás sí la puerta, y sale por otra Herrera con luz.

HERRERA.

Ya están las luces aqui.

D. FELIX.

Dexalas, y afuera aguarda.

Vase Herrera, y va á cerrar la puerta Don Felix.

LAURA.

Aqui es ello, quando vuelva,
á verme.

D. FELIX.

En efecto, Laura,
yo soy, quien solo guardó
á sus zelos las espaldas.

LAURA.

¡Qué es esto! ¡Cómo de verme, *ap.*
ni se turba, ni embaraza!

D. FELIX.

Solo yo en el mundo traxe
para otro galan su dama.
Di ahora, que yo te ofendo.

LAURA.

No está la deshecha mala.
Bien te halientas á fingir
la razon, con que me agravias;
pues viendote convencido,
quando en tus brazos me hallas,
de haberme hablado por otra,
á quien trahes á tu casa,
prosigues las quexas della
conmigo.

D. FELIX.

Solo esto falta
á mi paciencia ofendida,
que tú ahora creer, me hagas,
que hablaba con otra yo.

LAURA.

¿Pues de qué, Felix, te espantas,
si es verdad?

D. FELIX.

¿Pues dónde está
la mujer, con quien yo hablaba?

LAURA.

Si una casa con dos puertas
mala es de guardar, repara,
que peor de guardar será
con dos puertas una sala.
Ya se fue.

D. FELIX.

Laura, por Dios,
que me dexes. Vete, Laura;
que me harás perder el juicio.
Si quieres, que yo no haya
trahidote aqui, porque
estando (la voz me falta)
tu padre fuera, Lisardo:::
No puedo hablar.

LAURA.

Tú te engañas;
que yo escondida esta noche
en el quarto de tu hermana
he estado, por solo ver
esto, que á los dos nos pasa;
y ella:::

D. FELIX.

Detente; que ahora
lo veré. ¿Marcela? ¿Hermana?

Sale Marcela.

MARCELA.

¿Qué quieres? Disimular *ap.*

importa, pues informada
estoy de todo.

D. FELIX.

Dí, ¿ha estado
contigo esta noche Laura?

MARCELA.

¡Laura conmigo, señor,
á qué efecto! Yo mañana
habia de ir, á estar con ella.
¡Pero ella conmigo!

LAURA.

Aguarda.
¿No vine esta tarde yo,
á pedirte, que en tu casa
me tubieras, y á la mia
tú:::?

MARCELA.

No prosigas; que nada
de eso es verdad.

D. FELIX.

Laura, ¿vés,
qué mal te salió la traza?
¿Estase esotra en su quarto
recojida y retirada,
y dices, que estás con ella?

LAURA.

¡Pues tú, Marcela, me agravias!

MARCELA.

Sí; que soy primero yo. *ap.*

LAURA.

Pues tanto me apuras, salgan
verdades á luz: Marcela
ha sido::: *llaman dentro.*

SILVIA.

A la puerta llaman.

LISARDO *dentro.*

Abrid, Don Felix.

D. FELIX.

Ahora
verás, que todo se acaba;
pues tu galan, Laura, viene.

LAURA.

Ahí tengo yo mi esperanza.

MARCELA.

Aqui se deshace todo.
¡Quién á Lisardo avisára
de mi peligro!

Sale Lisardo.

LISARDO.

Don Felix,
porque ninguno llegára
á seguirme, tardé. ¿Dónde
habeis puesto aquella dama?

D. FELIX.

Veisla aqui; pero primero,

que acabe con mi esperanza
el verla en vuestro poder,
me habeis de sacar el alma.

LISARDO.

Hasta ahora no creí,
que caballeros engañan
de vuestras obligaciones,
á los que dellos se amparan.
La dama, que os entregué,
os pido.

D. FELIX.

¿No es esta dama
la que me entregasteis?

LISARDO.

No.

D. FELIX.

Solo aquesto me faltaba,
para acabar de perder
la paciencia.

MARCELA.

¡Ay desdichada!

LISARDO.

Si esto suponeis, Don Felix,
porque os obliga otra causa,
hablad mas claro conmigo.

LAURA.

Yo de confusiones tantas
os sacaré. Dí, Lisardo,

¿es ésta, á quien buscas y amas?

LISARDO.

Esta es: sí: aquí la teneis.
¿Qué os ha obligado, á ocultarla?

LAURA.

Mira, si se está en su quarto
recojida y retirada.
Primero soy yo, Marcela. *á Marcela.*

D. FELIX.

Corrido estoy. Esta daga
dé á una vil hermana muerte.

MARCELA.

Lisardo, mi vida ampara.

LISARDO.

¡Hermana de Felix sois!
Ponela detrás de sí.

D. FELIX.

Y en quien tomaré venganza.

LISARDO.

Sabeis quien soy, y es preciso,
defenderla y ampararla
por mujer.

D. FELIX.

Tambien sabeis,
quien yo soy, y que en mi casa,
menos que quien sea su esposo,
no ha de atreverse, á mirarla.

LISARDO.

Luego, con serlo, quedamos
bien los dos.

Sale Fabio, Lelio y Calabazas.

FABIO.

Esta es la casa.
Entrad.

D. FELIX.

¡Qué es esto!

FABIO.

Esto, Felix,
es honor.

CALABAZAS.

¡Qué linda danza
se vá urdiendo.

FABIO.

¿Dónde está
un Lisardo, camarada
vuestro?

LISARDO.

Yo soy: porque nunca
á nadie escondí la cara.

CALABAZAS.

Nunca la cara escondió;
pero volvió las espaldas.

FABIO.

¡Oh traydor!

D. FELIX.

Fabio, teneos;
Ponense los dos á una parte.
que la cólera os engaña.
El enojo, que traheis,
si ha sido la ocasion, Laura,
es conmigo, y me ha tocado,
como á mi esposa guardarla.

FABIO.

No tengo, que responderos,
si Laura con vos se casa.

D. FELIX.

Pues para que veais, si es cierto,
aquesta es mi mano, Laura:
y pues el haber tenido
dos puertas ésta y tu casa,
causa fue de los engaños,
que á mí y Lisardo nos pasan,
de la Casa con dos puertas
aquí la comedia acaba.

NO HAY BURLAS CON EL AMOR,

COMEDIA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

En fin el hombre mas libre
de las burlas de amor sale
herido, coxo y casado,
que es el mayor de los males. Jorn. III.

NO HAY BURLAS
CON EL AMOR.

COMEDIA

ARGUMENTO.

Doña Leonor, trataba amores con Don Juan de Mendoza, de quien le coje un papel su hermana Doña Beatriz, dama culta, y preciada de desdeñosa. Estando las dos de disputa sobre este caso, sale Don Pedro Henriquez su padre, y recoje de ambas los pedazos del papel: Leonor dice, que el papel es de Doña Beatriz, por libertarse, apoyandolo su criada Ines.

Don Alonso de Luna, hombre que ostentaba no sujetarse al amor, y burlarse de los enamorados, acompaña á Don Juan, á fin de que hable con D. Leonor, encargado de entretener á Beatriz; llega en tal ocasion Don Pedro, ocultase Don Alonso, y su criado Moscatel; y tiene que despedirse Don Juan, dexandole en el riesgo, por no dar sospechas á Don Pedro. Al arrojarse por un balcon los dos escondidos, no teniendo otro arbitrio para salir, caen; y hallandose en la calle Don Diego acompañando á Don Luis Osorio, que amaba y rondaba á Beatriz, acometen á Don Alonso, y le hieren.

El ver Doña Beatriz, que Don Alonso padecia, por haberse escondido por su respeto; y el meditar Don Alonso hallarse estropeado por zelos del otro, ocasiona el que se enamoran: Doña Beatriz envia á Don Alonso una banda: Don Alonso escribe, y vuelve á visitar á Doña Beatriz, llevando consigo á Don Juan, que zeloso no queria volver, á ver á Leonor.

Don Pedro solicita se case Don Luis con Beatriz; él se excusa por lo que habia visto, de que resulta satisfacerse Don Juan; porque en efecto no era Leonor á quien aquel galanteaba; encuentra Don Pedro escondido en su casa á Don Alonso; saca la espada; conviene éste, en casarse con Beatriz, y Don Juan con Leonor. La escena es en la Corte.

PERSONAS.

DON PEDRO HENRIQUEZ.

DOÑA BEATRIZ. } *sus hijas.*
DOÑA LEONOR. }

DON ALONSO DE LUNA.

DON JUAN DE MENDOZA.

DON LUIS OSORIO.

DON DIEGO.

INES, *criada.*

MOSCATEL, *criado.*

NO HAY BURLAS CON EL AMOR.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Alonso de Luna y Moscatel muy triste.

D. ALONSO.

Valgate el diablo. ¿Qué tienes,
que andas todos estos dias
con mil necias fantasías?
Ni á tiempo á servirme vienes,
ni apropósito respondes.
Y por errarlo dos veces,
si no te llamo, pareces,

y, si te llamo, te escondes.
¿Qué es esto? Dilo.

MOSCATEL.

Ay de mí,
suspiros, que el alma bebe.

D. ALONSO.

¡Pues un picaro se atreve,
á suspirar hoy asi!

MOSCATEL.

¿Los picaros no tenemos
alma?

D. ALONSO.

Sí: para sentir,
y con rudeza decir
de su pena los extremos:
mas no, para suspirar;
que suspirar, es accion
digna de noble pasion.

MOSCATEL.

¿Y quién me puede quitar,
la noble pasion á mí?

D. ALONSO.

¡Qué locuras!

MOSCATEL.

¿Hay, señor,
mas noble pasion, que amor?

D. ALONSO.

Pudiera decir, que sí;

mas, para ahorrar la qüestion,
que no, digo.

MOSCATEL.

¿Que no? Luego,
si yo, á tener amor, llego,
noble será mi pasion.

D. ALONSO.

¡Tú amor!

MOSCATEL.

Yo amor.

D. ALONSO.

Bien podia,
si aqui tu locura empieza,
reirme hoy de tu tristeza,
mas que ahier de tu alegría.

MOSCATEL.

Como tú nunca has sabido,
qué es estár enamorado,
como siempre has estimado
la libertad, que has tenido,
tanto, que á los dulces nombres
de amor, fueron tus placeres,
burlarte de las mujeres,
y reirte de los hombres:
de mí te ries, que estoy
de veras enamorado.

D. ALONSO.

Pues yo no quiero criado

tan afectuoso. Hoy
de casa te has de ir.

MOSCATEL.

Advierte:::

D. ALONSO.

No hay ahora, que advertir.

MOSCATEL.

Mira:::

D. ALONSO.

¿Qué querrás decir?

MOSCATEL.

Que se ha trocado la suerte
al paso; pues siempre dió
el theatro enamorado
el amo, libre el criado.
No tengo la culpa yo
de esta mudanza; y asi
dexa, que hoy el mundo vea
esta novedad, y sea
yo el galan, tú el libre.

D. ALONSO.

Aqui
hoy no has de quedar.

MOSCATEL.

¡Tan presto,
que ahun, de buscar, no me das,
otro amo, tiempo!

D. ALONSO.

No hay mas,
que irte al instante.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

¡Qué es esto!

D. ALONSO.

Es un picaro, que ha hecho
la mayor bellaquería,
baxeza y alevosía,
que cupo en humano pecho:
la mas enorme traycion,
que haber pudo imaginado.

D. JUAN.

¡Qué ha sido¡

D. ALONSO.

Hase enamorado.
Mirad, si tengo razon.
de darle tan baxo nombre;
pues no hace alevosía,
traycion ni bellaquería,
como enamorarse, un hombre.

D. JUAN.

Amor, es quien da valor,
y hace al hombre liberal,
cuerdo y galan.

D. ALONSO.

¡Pesia tal!
De los milagros de amor
la comedia me habeis hecho,
que fue un engaño culpable;
pues nada hizo miserable,
de avaro y cobarde pecho
al hombre, sino el amor.

D. JUAN.

¡Qué es, lo que decís!

D. ALONSO.

Oíd,
y este discurso advertid,
vereis, quál prueba mejor.
El hombre, que enamorado
está, todo quanto adquiere,
para su dama lo quiere,
sin que á amigo ni á criado
acuda, por acudir
á su gusto. Luego es
miserable amando, pues
no es, ni se puede decir
virtud, la que no es igual:
y miserable no ha habido
mayor, que el que solo ha sido
con su gusto liberal.

D. JUAN.

A vuestra sofistería

nada quiero responder,
Don Alonso, por no hacer
agravio á la pena mia,
que es de amor; y, si en su historia
discurro, temo quedar
vencido, y no quiero dar
yo contra mí la victoria.
A buscaros, he venido,
para consultar con vos
un pesar: mas viendo, ay Dios,
que de mi amor ha nacido,
le callare; porque, quien
da á un criado tal castigo,
mal escuchará á un amigo.

D. ALONSO.

No escuchará sino bien;
que no es todo uno, Don Juan,
ser vos el enamorado,
ó el bergante de un criado;
que vos sois noble, galan,
rico y discreto; y en fin
vuestro es amar y querer.
¿Mas por qué ha de encarecer
el amor la gente ruin?
Y porque sepais de mí,
que trato de un mismo modo
burlas y veras, á todo
me teneis, Don Juan, aqui.

Salte allá fuera.

D. JUAN.

Dexad,
que me oyga Moscatel;
que á vos os busco y á él.

D. ALONSO.

Pues proseguid.

D. JUAN.

Escuchad:
Ya, Don Alonso, sabeis,
quán rendido prisionero
de la coyunda de amor,
el carro tiré de Venus;
tan facil victoria suya,
que no sé, quál fué primero,
querer vencer ó vencerme;
que un tiempo sobró á otro tiempo.
Ya sabeis, que la disculpa
de tan noble rendimiento,
fué la beldad soberana,
fué el soberano sujeto
de Doña Leonor Henriquez,
hija del noble Don Pedro
Henriquez, de quien mi padre,
amigo fue muy estrecho.
Este pues milagro hermoso,
este pues prodigio bello
es la dicha. que conquisto,

es la gloria, que deseo.
No os digo, que venturoso
amante, ay de mí, merezco
favores suyos; que fuera
descortés atrevimiento,
que los merezco, decir;
que, aunque es verdad, que los tengo,
tenerlos, es una cosa,
y otra cosa es, merecerlos.
Y asi, que los tengo, digo;
que los merezco, no puedo;
que es, conseguir lo imposible,
dicha, y no merecimiento.
Con este engaño, llevado
en las alas del deseo,
lisonjeado de la noche,
aplaudido del silencio,
festejado de las sombras,
á quien mas favores debo,
que al sol, que á la luz, que al dia,
vivo, de saber, que muero;
hasta que mas declarado
pueda, á rostro descubierto
pedirla á su noble padre,
de quien no dudo ni temo,
que me la dé; porque iguales
haciendas y nacimientos,
no hay que esperar, donde amor

tiene hechos los conciertos.
La causa, de no pedirla,
y casarme desde luego
con ella, es (aqui entra ahora
la pension de este contento,
el subsidio de esta dicha,
y el hazár de aqueste encuentro)
tener Leonor una hermana
mayor: y como no es cuerdo
discurso, querer, que case
á la segunda primero,
no me declaro con él;
porque, si á pedirle llego
alguna de sus dos hijas,
(que, claro está, que no tengo
de decir, á la que adoro,)
por ser la mayor, es cierto,
que me ha de dar á Beatríz;
y, si digo, que no quiero,
sino á Leonor, es hacer
sospechoso mi deseo,
despertando la malicia,
que hoy yace en profundo sueño,
y quizá perder la entrada,
que ahora en su casa tengo:
sino es ya que está perdida
con el mas triste suceso
de amor, que me pasó anoche;

pues la pena, con que vengo
buscandoos, oídme, que aqui,
os he menester atento.
Beatríz, de Leonor hermana,
es el mas raro sujeto,
que vió Madrid; porque en él,
siendo bellisima, y siendo
entendida, están echados
á perder, por los extremos
de una extraña condicion,
belleza y entendimiento.
Es Doña Beatríz tan vana
de su persona, que creo,
que jamás á ningun hombre
miró á la cara, teniendo
por cierto, que alli no hay mas,
de verle ella, y caerse muerto.
De su ingenio es tan amante,
que, por galantear su ingenio,
estudió latinidad,
y hizo castellanos versos.
Tan afectada en vestirse,
que en, todos los usos nuevos,
entra, y de ninguno sale.
Cada, dia por lo menos,
se riza dos ó tres veces,
y ninguna á su contento.
Los melindres de Belisa,

que fingió con tanto acierto
Lope de Vega, con ella
son melindres muy pequeños:
y con ser tan enfadosa
en estas cosas, no es esto
lo peor, sino el hablar
con tan estudiado afecto,
que, crítica impertinente,
vários poetas leyendo,
no habla palabra jamás
sin frases, y sin rodeos;
tanto, que ninguno puede
entenderla sin comento.
La lisonja y el aplauso,
que la dan algunos necios,
tan soberbia, tan ufana
la tienen, que con desprecio
de la deidad del amor,
comunera es de su Imperio.
Esta tema á todas horas,
este enfado á todos tiempos,
aborrecible la hacen
tanto, que no hay dos opuestos
tan contrarios, como son
las dos hermanas, haciendo
por instantes el estrado
la campaña de su duelo.
Ha dado pues (yo no sé

si és necia envidia ó si zelo)
en asistir á Leonor
de suerte, que no hay momento,
que no ande en alcance suyo,
sus acciones inquiriendo
tanto, que al sol de sus ojos
es la sombra de su cuerpo.
Anoche pues en su calle
entré embozado y secreto,
y haciendo al balcon la seña,
donde, hablar con Leonor, suelo,
la ventana abrió Leonor,
y yo á la ocasion atento
llegué, á hablarla; pero apenas
la voz explicó el concepto,
que estudiado y no sabido
no me cabia en el pecho,
quando tras ella Beatríz
salió, y con notable estruendo
la quitó de la ventana,
dos mil locuras diciendo;
que, si yo entendi el estilo
con que las dixo, sospecho,
que fueron, que ella á su padre
diria el atrevimiento.
No sé, si me conoció:
y asi cuidadoso temo,
el saber ó no saber,

en qué ha parado el suceso;
por cuya causa no voy,
á visitarla, temiendo
su enojo; pero tampoco,
á dexar de ir, me resuelvo;
porque, si acaso ha llegado
á su noticia mi intento,
la vida del dueño mio,
no dudo, que corra riesgo;
y asi, porque en ir ó estarme
hay peligro, elijo un medio,
que es, enviar este papel
disimulado y secreto;
que ahun no vá de letra mia,
para cuyo efecto quiero
á Moscatél, que le lleve,
valiendose de su ingenio,
y se le dé á Inés, criada
de Leonor; porque, no siendo
conocido por criado
mio, no hay que tener miedo.
Y asi, que le deis licencia,
Don Alonso, es lo que os ruego,
y que conmigo en la calle
os halleis; porque si llego
á saber, que está Leonor
en peligro, estoy resuelto,
á sacarla de su casa,

ahunque todo el mundo entero
lo estorbe; y para esta accion,
he elegido el valor vuestro.
Mi amigo sois, Don Alonso,
y bien conocido tengo,
que las burlas del buen gusto
son las veras del acero.

D. ALONSO.

Moscatél, ese papel
toma. En casa de Don Pedro
Henríquez, con la invencion,
que te ofreciere tu ingenio,
entra, y dale á esa criada,
que dice Don Juan.

D. JUAN.

¡Tan presto
lo disponeis!

D. ALONSO *andando.*

¿Si ha de ser,
quánto es mejor, que sea luego?
Toma el papel: con nosotros
vén.

Toma Moscatél el papel.

MOSCATEL.

Ahunque temer no puedo
el peligro, pues Inés,
que es de mis sentidos dueño,

es, la que voy á buscar,
amor me dé atrevimiento,

D. ALONSO.

Guiad ahora hácia la calle.

D. JUAN.

¡Qué amigo tan verdadero!

D. ALONSO.

¡Qué amores tan enfadosos;
si me oyeron, no me oyeron!
Bien haya yo, que en mi vida
he enamorado con riesgo,
sino dama, á todo trance,
sino moza, á todo ruedo;
que á la primera visita
llamo recio y hablo recio,
y el haber en mí ó no haber
ó temor ó atrevimiento,
no consiste en otra cosa,
que haber ó no haber dinero.

D. JUAN.

Esta es la calle. Porque
no nos vean, estaremos
en algun portal metidos.

Salen Don Luis y Don Diego, y pasan quitandose los sombreros.

D. ALONSO.

Decís bien. ¿Mas, quién son estos,

que parece, que á la casa
de Leonor miran atentos?

D. JUAN.

Este es un Don Luis Osorio,
á quien muy continuo veo
en la calle aquestos dias;
y ha dado, viven los cielos,
en cansarme.

D. ALONSO.

¿Pues hay más,
de que tambien le cansemos
nosotros á él?

D. JUAN.

Dexadlo;
que no es de estas cosas tiempo.
Pasemos de largo, y no
demos, que decir.

D. ALONSO.

Pasemos,
ahunque con tantas figuras
pueda ser hombre.

D. JUAN.

Tú luego
darás la vuelta, y darás
el papel á Inés.

MOSCATEL.

Me temo:::

D. JUAN.

No hay, que temer. Aqui estamos
á la vista; entrate presto.

Vanse Don Juan y Don Alonso, y salen Don Luis y Don Diego por la otra parte.

D. LUIS.

Esta es la capaz esfera;
este el abreviado cielo
de la mas bella deidad,
y del planeta mas bello,
que vió el Sol, desde que nace
en joven golfo de fuego,
hasta que abrasado muere
en canas ondas de hielo;
y con ser tal su hermosura,
en ella ha sido lo menos,
porque pudiera ser fea
en fé de su entendimiento.

D. DIEGO.

¡Y en fin mujer tan discreta,
servís para casamiento!

D. LUIS.

Por conveniencia y amor
la sirvo y la galanteo,
para cuyo efecto ya
han de tratarlo mis deudos.

D. DIEGO.

Pues no sé, si lo acertais.

D. LUIS.

¡Por qué no, si en ella veo
virtud, nobleza y hacienda,
gran beldad y grande ingenio!

D. DIEGO.

Porque el ingenio la sobra;
que yo no quisiera, (es cierto,)
que supiera mi mujer
mas que yo, sino antes menos.

D. LUIS.

¿Pues quándo el saber es malo?

D. DIEGO.

Quando fue el saber sin tiempo.
Sepa una mujer hilar,
coser y hechar un remiendo;
que no ha menester, saber
Gramatica, ni hacer versos.

D. LUIS.

No es exercicio culpable,
donde es tan noble el exceso,
que no tiene inconveniente.

D. DIEGO.

Ni yo, que le tenga, pienso;
pues antes sé lo contrario
del rigor y del desprecio,
con que os trata.

D. LUIS.

Ese desden

adoro. La vuelta demos
á la calle ; no otra vez
pasen estos caballeros,
que ya miro con cuidado.

D. DIEGO.

Vamos pues.

D. LUIS.

Hermoso centro
de la ingratitud que adoro,
presto á umbrales vuelvo. *vanse.*

Salen Leonor é Inés.

D. LEONOR.

¿Está mi hermana vestida?

INES.

Tocandose ahora quedó,
y , por no pudrirme yo,
de ver , quán desconocida
pide uno y otro consejo
á su espejo , la dexé.

D. LEONOR.

¡Qué necio con ella fué
á todas horas su espejo!

INES.

¡Cómo necio!

D. LEONOR.

¿No lo es,
quien por gusto dá un pesar;
ni sabe, un consejo dar

á quien se le pide, Inés?
Pues si Beatriz le ha pedido
mil consejos cada dia,
y á tan contínua porfia
nunca á gusto ha respondido,
muy necia es.

INES.

Ahora reparo
la causa.

D. LEONOR.

¿Qual puede ser?

INES.

Que no os debeis de entender;
que ella habla culto, tú claro;
y asi os estais todo el dia
porfiando las dos.

D. LEONOR.

¡Quién fuera
tan felíz, que no tubiera
mas cuidado, ay Inés mia!
¡Con quánto temor estoy,
de que aquesta melindrosa,
esta critica enfadosa,
á mi padre cuente hoy,
lo que anoche me escuchó,
al balcon hablar!

INES.

Supuesto,

que haber salido tan presto
mi señor de casa, dió
lugar, para prevenir
el lance, y que no ha tenido
tiempo, de haberlo sabido,
procuremos desmentir
su malicia con alguna
invencion.

D. LEONOR.

Ya he imaginado,
y digo, que no he hallado
á proposito ninguna;
porque, ¿cómo la he de hallar,
si ella misma, quien vió, fue
á Don Juan?

INES.

Lo que se vé,
es lo que se ha de negar
con brio y con desenfado,
procurando deshacerlo;
lo que no llegan, á verlo,
señora, se está negado.

D. LEONOR.

El medio, ay de mí, mejor,
que me ofrece el pensamiento,
es, Inés, con rendimiento
dueño hacerla de mi amor,
de mi empleo y mi esperanza;

pues es, hacer en efecto
puerta de hierro á un secreto,
el hacer de él confianza.
¿Qué he de hacer, ay de mí,
Inés, si esta industria sola
es, la que me queda?
Sale D. Beatriz con un espejo en la mano mirandose en él.

D. BEATRIZ.

Ola,
¿no hay una fámula aqui?

INES.

¿Qué es, lo que mandas?

D. BEATRIZ.

Que abstraygas
de mi diestra liberal
este hechizo de cristal,
y las quirotecas traygas.

INES.

¡Qué son quirotecas!

D. BETRIZ.

¿Qué?
Los guantes. ¡Qué haya de hablar
por fuerza en frase vulgar!

INES.

Para otra vez lo sabré.
Ya están aqui.

D. BEATRIZ.

¡Quánto lidio
con la ignorancia, que hay!
Ola, ¿Inés?

INES.

¿Señora?

D. BEATRIZ.

Tray
de mi Biblioteca á Ovidio,
no el *Metamorfosis*, no,
ni el Arte *Amandi* pedí:
el Remedio *Amoris*, sí;
que ese le investigo yo.

INES.

¿Pues cómo he de conocer
libro, si es que eso has pedido,
si ahun el cartel no he sabido
de una comedia leer?

D. BEATRIZ.

Obscura, idiota y lega,
¿no te medra cada dia
la concomitancia mia?

D. LEONOR.

Ahora mi papel llega. *ap.*
¿Hermana?

D. BEATRIZ.

¿Quién me habla asi?

D. LEONOR.

Quien á tus pies obediente
viene, á arrojarse.

D. BEATRIZ.

Detente;
no te apropinqües á mí;
que empañarás el candor
de mi castisimo vulto,
y profanarás el culto
de las aras de mi honor:
porque mujer, que fió
del cahos de la sombra fria,
y en descredito del dia
nocturno amor acceptó:
no mirar consiga atento
mi semblante á voz profana,
pues vivora será humana,
que con su inficion se halienta.

D. LEONOR.

Beatríz discreta y hermosa,
mi hermana eres.

D. BEATRIZ.

Eso no;
que tener no puedo yo
hermana libidinosa.

D. LEONOR.

¡Qué es libidinosa, hermana!

D. BEATRIZ.

Una hermana, que al farol
trémulo, virrey del Sol,
osa abrir una ventana,
y susurrando por ella
á voz media y labio entero,
dé, que decir á un lucero,
dé, que callar á una estrella.
Pero yo minoraré
el escándalo, que has hecho,
diciendo al paterno pecho
sacrilegios de su fé.
Un devoto anoche ví.

D. LEONOR.

¿Y conocistele?

D. BEATRIZ.

No,
ni pudo ser; pero yo,
que es másculo, conocí.

D. LEONOR.

Pues yo te quiero decir,
quién era, y con el intento
que me habló.

D. BEATRIZ.

¡Qué atrevimiento! ap.
¡Tal insulto habia de oír!

D. LEONOR.

Pues, ahunque oirlo no quieras,

lo has de oír; porque tambien
no está á mi decoro bien,
que tú con locas quimeras
te persuadas, á que ha sido
liviandad, lo que honor fue.

D. BEATRIZ.

¡Honor!

D. LEONOR.

Oye.

D. BEATRIZ.

No daré
directo á tu voz mi oído.

D. LEONOR.

Pues directo ó indirecto,
todo has de escucharlo ya.

D. BEATRIZ.

Oído por fuerza, será
clandestino tu secreto;
y no puedo error tan mucho
cometer.

D. LEONOR.

Si hablando estoy:::

D. BEATRIZ.

Aspid al conjuro soy.
No lo escucho: no lo escucho. *vase.*

D. LEONOR.

Oye. ¿Mas quién ahí ha entrado?

Sale Moscatel.

INES.

A mi señor buscará.

D. LEONOR.

Mira, quién es, mientras vá
mi desdicha y mi cuidado
siguiendo una fiera. *vase.*

MOSCATEL.

Amor,
¡qué cobarde eres conmigo,
pues ahun no valen contigo
las leyes de Embaxador!

INES.

¡Es posible, que has tenido,
Moscatel, atrevimiento,
de entrar hasta este aposento!

MOSCATEL.

Sin saber, qué me ha movido,
á haber entrado hasta aqui,
rigor es anticipado.

INES.

¿Pues no basta, haber entrado?

MOSCATEL.

Sí, y no.

INES.

¿Pues cómo no, y sí?

MOSCATEL.

No, pues no sabes á qué;
sí, pues enojada estás;
no, pues presto lo sabrás;
sí, pues tarde lo diré:
y ahunque pude haber venido
de tu hermosura llamado,
trahido de mi cuidado,
y del tuyo distrahído,
á darte aqueste papel
vengo; que Don Juan me envia,
que de mi cuidado fia,
lo que á Leonor dice en él;
que por no ser conocido
por criado suyo yo,
con el papel me envió;
si ya la causa no ha sido,
conocer él mi dolor,
saber de mi mal severo;
que de amor no es buen tercero,
el que no sabe de amor.

INES.

Pues dí, que el papel me diste,
y que á Leonor le daré;
y vete presto, porque
temerosa, ay de mí triste,
de que Beatríz:::

MOSCATEL.

Yo me iré;
que, ahunque adoro tu presencia,
las leyes de tu obediencia
tan constante observaré,
que á precio de tu rigor
compraré el desprecio mio,
y á costa de tu desvío,
mereceré tu favor.

INFS.

Bien pudiera responderte;
que tan ingrata no he sido,
como te habré parecido;
pero tieneme de suerte
el temor, de verte aqui,
que dexo para despues
la respuesta. Vete pues;
que tiempo::: ¡Mas, ay de mí,
mi señor por la escalera
sube! Aqui no me ha de hallar,
viendote conmigo hablar. *vase.*

Sale Don Pedro.

MOSCATEL.

Oye, aguarda, escucha, espera.

D. PEDRO.

¿Quién ha de esperar y oír?
¿Quién aguardar y escuchar?

MOSCATEL.

Quien me tubiere, que hablar,
y yo tenga, que decir.

D. PEDRO.

¿Qué haceis aqui?

MOSCATEL.

¿Qué he de hacer?
¿Ya vos no lo estais mirando?

D. PEDRO.

¿No hablais?

MOSCATEL.

Estaba pensando,
lo que os he de responder.

D. PEDRO.

¿Qué buscais?

MOSCATEL.

¡Que aquesto pase!
¿Hay quien sea mi homicida?

D. PEDRO.

¿Por qué?

MOSCATEL.

Porque yo en mi vida
hallé cosa, que buscase.

D. PEDRO.

¿Quién sois?

MOSCATEL.

Habeis preguntado
en propios terminos. Soy

un criado honrado, si hoy
hay un honrado criado.

D. PEDRO.

¿A quién servís?

MOSCATEL.

No serví,
aunque criado me llamo.

D. PEDRO.

¿Cómo no?

MOSCATEL.

Como mi amo
es, el que me sirve á mí.

D. PEDRO.

Ya es mucha bellaquería,
hablarme de esa manera,
y ya mas plazo no espéra
la justa cólera mia.

MOSCATEL.

Malo vá esto, vive Dios. ap.
¿Si me dá con algo aqui,
miren, qué se me dá á mí,
que en la calle estén los dos?

D. PEDRO.

Quién sois, me habeis de decir,
qué quereis, y qué buscais,
y á qué en esta casa entrais,
ó en ella habeis de morir
á mis manos.

MOSCATEL.

Si firmado
habeis la sentencia ciego,
con, *executese luego*,
yo soy Moscatel, criado
de un Don Alonso de Luna.

Salen Don Juan y Don Alonso.

D. JUAN *al paño.*

Pues está aqui Moscatel,
y vimos entrar trás de él
á Don Pedro, mi fortuna
no espera mas.

D. ALONSO.

Yo dispuesto
á quanto suceda estoy.
A tomar la puerta voy. *vase.*

D. PEDRO.

Proseguid.

D. JUAN.

Señor, ¡qué es esto! *llega.*

MOSCATEL.

Eso sí.

D. PEDRO.

Forzoso es ya, *ap.*
reportarme. Este hombre hallé
aqui. Qué busca, no sé.

D. JUAN.

¿No? Pues él nos lo dirá,
ó á aqueste acero rendido
morirá.

MOSCATEL.

Vamos de aqui, *ap.*
Moscatel; que importa asi.
¡Buen socorro me ha venido!
Un hombre busco, y no hallando
nadie, que me respondiera,
de escalera en escalera,
me fui poco á poco entrando;
sin ver, á quien preguntar.
Hasta esta parte llegué,
donde una doncella hallé;
(la verdad en su lugar,)
Pensando, que era ladron,
huyó de mí, y á ella era
el escucha, aguarda, espera.

D. JUAN.

Bien puede tener razon.

D. PEDRO.

Ahunque no estoy satisfecho., *ap.*
de que me diga verdad,
fuera necia liviandad
de mi espada y de mi pecho,
saber Don Juan, que he tenido,
otra sospecha y asi,

fingir, me conviene aqui,
que su disculpa he creído;
porque menos recatado
le pueda despues seguir,
saber, quién es, y salir
de una vez de este cuidado.
Pues si venís á buscar
un hombre, ¿por qué os turbais,
de verme á mí?

MOSCATEL.

Porque dais,
y soy facil de turbar.

D. JUAN *á Moscatel.*

Id con Dios.

MOSCATEL.

Que á los dos guarde.

D. JUAN.

A Don Alonso le dí,
se quite luego de ahí. *vase Moscatel.*

D. PEDRO.

Luego vuelvo. A Dios, que es tarde.

D. JUAN.

¿Dónde vais?

D. PEDRO.

Vuelvo, á buscar
unas cartas, que perdí.

D. JUAN.

No habeis de salir de aqui,

ú os tengo de acompañar.

D. PEDRO.

Algo sin duda ha entendido *ap.*
de mi enojo. Fuerza es,
deslumbrarle. Venid pues.

D. JUAN.

Bien hasta aqui ha sucedido, *ap.*
pues sin sospechar en mí,
resistirle á todo puedo. *vanse.*

Salen Inés y Doña Leonor.

INES.

Confusa de mirar quedo,
lo que ha sucedido aqui.
Informarse tan severo,
cobrarse tan recatado,
hablar con él tan pesado,
y seguirle tan ligero,
muchos afectos han sido.
No sé, que ha de suceder.

D. LEONOR.

¡Valgate Dios por mujer,
qué temeraria has nacido!

INES.

¿Señora, qué te ha pasado,
que tan colérica vienes?

D. LEONOR.

Que no me escuchó Beatriz

porque ha estado impertinente,
con mas soberbia que nunca,
tan cansada como siempre.
Dice, que dirá á mi padre
el suceso.

INES.

Quando vienen
los pesares, nunca, ay triste,
vienen solos; pues de suerte
se eslabonan unos de otros,
que enredandose crueles,
es víspera del segundo
el primero, que sucede.
Aquel hombre, que dexaste
aqui, para que supiese
yo, quién era, te buscaba
á tí, señora, con este
papel; que Don Juan no quiso
por el riesgo, que viniese
criado suyo. El papel
me dió apenas, quando quiere
el cielo, que éntre tu padre,
y que con el hombre encuentre.
Llegó al empeño Don Juan,
é hizo, que el hombre le diese
no sé qué necias disculpas.
Pero, ahunque quiso prudente,
disimular mi señor,

no pudo, y tras él se vuelve.

D. LEONOR.

¡Qué bien dicen, que los males
son, si hay uno, como el Fenix;
pues es cuna, en que uno nace,
la tumba, donde otro muere.
Dame el papel; porque quiero,
al instante responderle
á Don Juan, en el peligro
que estoy.

INES *dandosele.*

No le guardes; leele;
que quizá advertirá algo,
que en tu cuidado aproveche.

D. LEONOR.

Dices bien. Abrirle quiero;
que nada en ello se pierde.
¡*Qué mal podré, hermoso dueño,* *lee.*
decirte, ni encarecerte:::

INES.

Tu hermana viene.

D. LEONOR.

¡Ay de mí!

Sale Doña Beatríz.

D. BEATRIZ.

¿Qué misivo nema es ese,
que ajado ocultas?

D. LEONOR.

¡Yo!

D. BEATRIZ.

Sí.

D. LEONOR.

No entiendo, lo que me quieres decir.

D. BEATRIZ.

Con vulgar disculpa
me has obstinado dos veces.
Ese manchado papel,
en quien cifró líneas breves,
cálamo ansarino, dando
cornerino vaso débil
el Etiope licor,
ver tengo.

D. LEONOR.

En vano pretendes,
ver el papel; porque fuera
tambien, ser necia dos veces,
no querer saber de mí,
quando, de oirme, te ofendes,
lo que yo quiero decir,
y querer saber, aleve,
lo que pretendo callarte.

D. BEATRIZ.

Mi fraternidad no atiende
á tu lengua: sí á tu accion;

porque aquella mentir puede,
y ésta ha de decir verdad.
Y asi, en la ocasion urgente,
si oír, lo que quieres, no quiero,
saber sí, lo que no quieres.

D. LEONOR.

¿De qué suerte, si no quiero,
lo has de saber?

D. BEATRIZ.

De esta suerte.

Asela del papel y porfian las dos.

Suelta la epistola.

INES.

No es,
sino evangelio.

D. LEONOR.

Ahunque intentes
por fuerza, verle, tirana,
poco podré, ó no has de verle.

D. BEATRIZ.

Dexa el papel.

Sale Don Pedro y rompen el papel, quedandose con la mitad cada una.

D. PEDRO.

¿Qué papel

es? ¿Por qué reñís, aleves?

INES.

Cayóse la casa, como
dice el fullero, que pierde.

D. PEDRO.

Suelta ese pedazo tú,
y tú suelta esotro.

D. LEONOR.

Deme *ap.*
ingenio amor.

D. BEATRIZ.

El que abstraes
fragmento á mi mano débil,
te referirá baldones,
que tu pundonor padece.

D. LEONOR.

El papel, señor, que miras,
yo no sé, lo que contiene.
Y, pues que Beatríz lo sabe,
quién duda, que suyo fuese?
Leyendole estaba, quando
llegué yo.

D. PEDRO.

Calla.

D. LEONOR.

Y sin verme,
llegando con el cuidado,
en que me puso el ver leerle,

quise quitarsele, y ella
me le defendió. No pienses,
que, fue atrevimiento en mí;
que despues que sé, que tiene
Beatríz, quien la escriba, y quien
la hable de noche por ese
balcon, mi virtud me ha dado
disculpa, para atreverme,
ahunque soy menor hermana,
á tratarla de esta suerte.

INES.

De mano gana Leonor, *ap.*
quando un mismo punto tienen.

D. PEDRO.

Por cierto, Beatríz:::

D. BEATRIZ.

Ignoro,
atonita responderte;
que me construyó su acento,
estatua de fuego y nieve;
porque quanto me acumula,
delito es suyo *in specie.*

D. LEONOR.

¿Pues aqui no estaba Inés,
que decir la verdad puede?

D. BEATRIZ.

¿Pues Inés no estaba aqui,
que dirá lo que sucede?

INES.

Yo soy en fin la presencia
de todo el hecho presente.

D. PEDRO.

¡Ay de mí, que combatido *ap.*
de uno y otro mal tan fuerte,
ambos me están mal; pues ambos,
armados contra mí vienen;
que el averiguar, ay triste,
cuya es la culpa evidente,
no es, excusarme la pena,
pues, quando á saberla llegue,
tan sitiado mi dolor,
tan acosado mi suerte,
tan cercado mi desdicha
en este lance me tienen,
que habiendo, ay de mí, que habiendo
de morir precisamente,
quien me dé muerte, sabré,
mas no excusaré la muerte!
Vete tú, Beatríz, de aqui,
y tú, Leonor, de aqui vete.

D. BEATRIZ.

Señor, yo:::

D. PEDRO.

Nada digais.

D. LEONOR.

Quiera amor, que no confiese

el papel, lo que yo niego. *vase.*

D. BEATRIZ.

Tu maldad hermana, tiene
la culpa de todo. *vase.*

D. PEDRO.

¿Inés?

INES.

Aqui entro ahora.

D. PEDRO.

Detente.

INES.

Honor, con quien vengo vengo.

D. PEDRO.

Pues sola el testigo eres,
¿quién leía el papel?

INES.

Yo *ap.*
ni quito ni pongo reyes,
pero hago, lo que debo:::

D. PEDRO.

¡Qué es lo que dudas! ¡Qué temes!

INES.

al oficio de criada, *ap.*
en ayudar, á quien miente.
Señor, poco antes que tú,
llegué yo, sin que pudiese
de la accion ni de las voces
saber, cuyo el papel fuese.

Esta es la verdad, so cargo
del juramento, que tiene
fecho qualquier criada
en el pleito, que refiere.

D. PEDRO.

¡Ahun este pequeño alivio
del desengaño no quiere
darme el dolor! Vete, Inés:::

INES.

Viva á toda ley, quien vence. *vase.*

D. PEDRO.

que el papel confesará,
lo que tú y ellas me nieguen.
Juntar quiero los pedazos
de esta víbora, esta sierpe,
que dividido el veneno
en dos mitades contiene. *Lee*
¡Qué mal podré, hermoso dueño,
decirte ni encarecerte
el cuidado, con que estoy,
de que anoche nos oyese
tu hermana. Avisame al punto,
que á tu padre se lo cuente,
para que te ponga en salvo.
A entrambas á dos conviene
el papel, para que sea
hoy mi desdicha mas fuerte;
pues si supiera de una,

que con liviandad procede,
supiera tambien de otra
la virtud, y de esta suerte
templado estubiera el daño;
mas, para que no se temple,
quiere el cielo, que á ninguna
crea, y que en las dos sospeche.
Hallar un criado aqui;
turbarse, ay de mí, de verle;
llegar Don Juan, y dexarle;
salir tras él, y perderle;
volver á casa, y hallar
la confusion, que me vence,
cosas son, que han menester
atenciones mas prudentes.
Y asi, pues sé, que el criado
es, si su temor no miente,
de Don Alonso de Luna,
saber, quién es, me conviene,
y atender á sus acciones:
y hasta que á mis manos llegue,
ó desengaño ó venganza,
valedme cielos, valedme.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Juan, Don Alonso y Moscatel.

D. ALONSO.

De buena salimos.

MOSCATEL.

Yo
soy, el que salí de buena,
y entré en mala; pues me ví
ya de la muerte tan cerca.

D. JUAN.

Determinarme yo á entrar,
viendo la ocasion tan recia,
tras Don Pedro, fue tu dicha.

MOSCATEL

Y ahun la tuya; pues si dexas
de entrar, confieso de plano.

D. ALONSO.

¡Eso dices!

MOSCATEL.

Y ahun lo hiciera

mejor, que lo digo.

D. ALONSO.

Mira,
Don Juan, si, amando hay, quien tema.

D. JUAN.

¡Pues un amante es cobarde!

MOSCATEL.

Mucho mas; por vér, que arriesga
una vida, que no es suya,
sino de su hermosa prenda;
y si es deuda de un amante,
en su servicio perderla,
ya es de amor estelionato,
hipotecarla á otra deuda.

Sale Inés tapada.

INES.

¿Señor Don Juan?

D. DIEGO.

¿Quién me llama?

INES.

Yo soy.

D. JUAN.

Vengas norabuena,
Inés.

INES.

Para haberte hallado,
he dado á Madrid mil vueltas.

D. DIEGO.

¿Qué ha sucedido, que asi
vienes?

MOSCATEL.

Inesilla es esta. *ap.*
Quiera el cielo, que mi amo
ni la atisbe, ni la vea.

INES.

A darte aqueste papel,
he venido. A Dios.

D. JUAN.

Espera,
le leeré.

Lee Don Juan, y entretanto se pone Moscatel en medio de Don Alonso y de Inés.

D. ALONSO.

No tiene, á fé,
mala cara la mozuela.

MOSCATEL.

Vióla; no daré un ochavo *ap.*
por mi honra toda entera.

D. ALONSO.

Oye, Moscatel.

MOSCATEL.

Señor.

D. ALONSO.

Si como esta moza, fuera
la tuya, te disculpára,

si hay disculpa, que amor tenga.

MOSCATEL.

Zelos, vamos poco á poco; *ap.*
no mateis con tal violencia.
¿Esta te parece bien?

D. ALONSO.

¿Pues no es bien hermosa ésta
para fregona?

MOSCATEL.

No es
sino muy mala y muy fea.
Si vieras, señor, la mia,
pondré un brazo, que dixeras,
que era pecado nesando,
ó esclava en su competencia,

D. ALONSO.

Viven los cielos, que mientes.

D. JUAN.

Ya he leido.

D. ALONSO.

¿Y qué hay?

D. JUAN.

Mil quexas
de Leonor; y en fin me avisa,
que bien puedo ir á verla;
que no hay sospecha de mí,
por una industria; quál sea
no dice: despues, de todo

yo volveré, á daros cuenta.
Vamos, Inés. *vase.*

D. ALONSO.

Moscatel,
no la dexes ir: detenla.

MOSCATEL.

¡Esto mas, zelos! *ap.*

D. ALONSO.

¿Ah hermosa?

INES.

¿Qué quereis?

D. ALONSO.

Veros quisiera
esa buena cara.

MOSCATEL.

¡Ay cielos!

INES.

Hay mucho, que vér en ella,
y no vengo tan de espacio.

D. ALONSO.

Yo la sabré vér apriesa.

MOSCATEL.

Y ahun dexar de verla, y todo.

Salen Don Luis y Don Diego.

D. DIEGO.

La criada suya es esta.

D. LUIS.

Desde su casa la he visto

salir, y vengo tras ella,
por vér, si para Leonor
darla un recado pudiera.

INES.

No sé, lo que Moscatel *ap.*
me quiere decir por señas.

D. DIEGO.

Con Don Alonso de Luna
habló.

D. LUIS.

Cierta es mi sospecha;
que venir una criada
de Beatriz, de esta manera
á buscarle, estár él siempre
en su calle y á su rexa
con el otro amigo suyo,
mirar, que, quando se aleja,
se quedan los dos hablando,
no es posible, que no sean
lances de amor.

D. DIEGO.

¿Qué quereis
hacer?

D. LUIS.

Que aqui no me vean;
que no tengo yo favores,
para que empeñarme pueda,
y reñir un desvalido,

es valentia muy necia.

D. DIEGO.

Decis bien, y quizá mienten
los viles zelos, que os cercan.

D. LUIS.

Nunca son viles los zelos,
Don Diego.

D. DIEGO.

Opinion es nueva.

D. LUIS.

¿Hay mas nobleza, que hablar
verdad? Pues esta nobleza
solo los zelos la tienen,
porque no hay zelos, que mientan.

Vanse los dos.

INES.

Bien está. A Dios; que es muy tarde.

D. ALONSO.

Dexad, que vaya siquiera
con vos aquese criado:
no vais sola.

INES.

Norabuena;
venga el criado conmigo.

MOSCATEL.

¡Que esto escuche! ¡Que esto vea!

D. ALONSO.

¿Moscatel?

MOSCATEL.

¿Señor?

D. ALONSO.

Escucha.
Inés me ha dado licencia,
para que en mi nombre vayas
hasta su casa con ella.
Vé, y dirásla en el camino,
que como tal vez se venga
á casa, no faltará
algun regalo, que hacerla.

MOSCATEL.

¡Es posible, que tal dices!

D. ALONSO.

Sí; que, si en su amor ya es fuerza,
acompañar á Don Juan,
no es muy mala conveniencia,
tener, quien aquel instante
tambien á mí me entretenga.

MOSCATEL.

Yo se lo diré.

D. ALONSO.

En los trucos
te aguardo con la respuesta. *vase.*

MOSCATEL.

Quedamos buenos, honor.

INES.

Vamos, Moscatél. ¿Qué esperas?

MOSCATEL.

Vamos, Inés.

INES.

¿Pues tan triste
conmigo vás, que ahun apenas
alzas, á verme la cara?
¡Qué es aquesto!

MOSCATEL.

¡Ay Inés bella!
¡Ay dulce hechizo del alma!
¡Qué de cuidados me cuestas!

INES.

¿Qué tienes?

MOSCATEL.

Amor y honor:
quiero y sirvo; y hoy es fuerza,
entre mi dama y mi amo,
que no sirva, ó que no quiera.

INES.

No entiendo tus disparates.

MOSCATEL.

Pues yo haré, que los entiendas.
Don Alonso mi señor
te vió, Inés, y á Dios pluguiera,
que antes cegase, ahunque yo
el mozo del ciego fuera.

Vióte Inés, ay Dios, y al verte,
fue precisa conseqüencia,
quererte; no tanto, Inés,
por tu infinita belleza,
como por su amor finito;
que eres en fin cara nueva.
Conmigo á decir te envia:::
(aqui se turba mi lengua)
Dice, que si vás, Inés,
á verle, tendrás (¡qué pena!)
si es por la mañana, almuerzo;
si es por la tarde, merienda.

INES.

Grosero, descortés, loco,
suspende la aleve lengua;
que no sé, no sé, qué has visto
en mí, para que te atrevas,
á hablar con tal libertad
á una mujer de mis prendas.
Dile á tu amo, villano,
que soy quien soy, y no tenga
pretensiones para mí;
que de qualquiera manera
iré á servirle á su casa:
porque yo no soy de aquellas
mujercillas, que se pagan
en almuerzos y meriendas;
que soy moza de capricho;

y esto le doy por respuesta.

MOSCATEL.

¡Eso dices!

INES.

Eso digo;
y presto de aqui te ausenta,
no te vean en mi casa;
mira, que ya estamos cerca.

MOSCATEL.

¿En fin te vás enojada?

INES.

No me sigas: no me veas.

MOSCATEL.

Obedecerte, es forzoso;
pues tan triste Inés me dexa,
bien podeis, ojos, llorar:
no lo dexeis de vergüenza. *vase.*

INES.

Aquesta es mi casa. El manto
me he de quitar á la puerta;
que para esto solamente
creo, que en las faldas nuestras
usamos los guardainfantes.
Ahora, ahunque mi ama la necia
me haya echado un rato menos,
no sabrá, que he estado fuera.
Nadie de ustedes lo diga;
que los cargo la conciencia.

Salen Don Juan y Doña Leonor.

D. LEONOR.

Esta mentira ha sido
la que nuestro cuidado ha divertido.

D. JUAN.

Fue del ingenio tuyo;
que con eso, que fue sutil, arguyo.

D. LEONOR.

Ya del todo perdida
la vida, restauré en parte la vida;
que lo que era evidencia,
puse con el engaño en contingencia;
que no es pequeño aviso,
saber, hacer dudoso lo preciso.

D. JUAN.

¿Tu padre en fin de entrambas sospechoso
quedó?

D. LEONOR.

Tanto, que anda cuidadoso,
yendo á casa, y viniendo,
escuchando á la una, á la otra oyendo;
que hasta aqui no ha sabido,
cuyo el papel, ni para quien ha sido:
porque Inés, que tenia
sola noticia de la culpa mia,
sin que á decirlo acuda,
dexó en su fuerza la primera duda.

INES.

Yo no dixe, que era
el papel de Beatríz, porque pudiera
el papel desmentirme;
y asi, en lo que dixiste, estube firme.

D. JUAN.

Dicha fue, que viniera
el papel de manera,
que á entrambas convenia;
que bien se acuerda la memoria mia,
de que no te nombraba,
y de que escrito de otra letra estaba.
Pero dime, ¿qué ha hecho
Beatríz al testimonio?

D. LEONOR.

Yo sospecho,
que sujeta al indicio,
si juicio tiene, ha de perder el juicio:
pues sobre su melindre y su locura,
tan vana de su ingenio y hermosura,
verse indiciada tanto
de una sospecha, la convierte en llanto:
y estoy, Don Juan, gustosa de manera,
de verla asi, que diera,
porque fuera verdad, y no fingido
el amor, que en su culpa he introducido,
la vida.

INES.

Piensa tú, señor, qué haremos,
por llevar adelante sus extremos.

D. LEONOR.

De nuestro amor industria lisonjera,
el divertirla y el culparla, fuera;
pues con eso dexára
de perseguirme á mí, y ella callára.

D. JUAN.

Ahora bien: pues yo quiero,
de esta venganza tuya ser tercero,
y trayendo conmigo,
para que la entretenga, un cierto amigo,
haré::: Pero ella viene.
Despues lo oirás; que aqui callar conviene.

D. LEONOR.

Pues vete, no te vea;
que ahunque aquesta sospecha en tí no sea,
á toda ley, bien creo,
que es mejor, desvelar nuestro deseo.

D. JUAN.

Pues á Dios, Leonor bella.

INES.

Santiago, cierra Hespaña: á ella, á ella.

Vanse Inés y Don Juan, y sale Doña Beatriz.

D. BEATRIZ.

Aqui, que Fenix estoy,

porque al fin la fantasía
hace, y no hace compañía,
soliloquiar quiero hoy,
en qué tan infelíz soy,
y en qué horóscopo nací:
pues siendo mi honor en mí
sol, que el dia iluminó,
él eclipse padeció,
y yo el efecto sentí.
Entre mi nube y mi ardor,
con epiciclo confuso,
el cuerpo opaco me puso
la mentira de Leonor.

D. LEONOR.

¿Qué me quieres?

D. BEATRIZ.

Es error,
ahunque á solas te he nombrado,
fantasiar, que te he llamado;
que, si el nombrar, es llamar,
hoy desvia, con llamar,
al contrario mi cuidado.

D. LEONOR.

¿Pues por qué cruél conmigo
tu voz á solas se emplea?

D. BEATRIZ.

Pues que me interrogas, sea
tu mendacio tu castigo,

¿Tú no fuiste, Amor testigo,
la escrita?

D. LEONOR.

Digo, que sí.

D. BEATRIZ.

¿La que al paterno dixiste,
al fin, que era para mí
el líneado papel?

D. LEONOR.

Sí.

D. BEATRIZ.

¿Tú no fuiste, quien hiciste
tan válida la mentira,
que embelecó la verdad,
aquada su puridad?

D. LEONOR.

Sí, Beatríz.

D. BEATRIZ.

¿Pues qué te admira,
lamentar tu fraude?

D. LEONOR.

Mira,
lo que tu enfado causó;
que no lo intentára, no,
si tú ayudáras mi engaño:
mas ya sucedido el daño,
Beatríz, primero era yo.
Negarte á solas no quiero,

que mia la culpa fue;
pero tampoco querré,
confesarsela á un tercero.
Yo amo, yo adoro, yo muero
de amor::: Mi padre, ay de mí. *ap.*

Sale D. Pedro al paño detrás de Doña Beatríz, y de cara á Doña Leonor; ella le vé, y él se recata.

D. PEDRO.

Yo muero de amor; oí
á Leonor.

D. LEONOR.

Cure mi error *ap.*
mi voz. ¡Yo muero de amor,
dices delante de mí!
¡Yo quiero!

D. PEDRO.

¡Esto llego á vér!

D. LEONOR.

¡Yo amo!

D. BEATRIZ.

¡Aquesto llego á oír!

D. LEONOR.

¡De amor muero, ha de decir
una principal mujer!
Mi padre lo ha de saber:
que ahunque tú me has dicho aqui,

que á él no, pero á mí sí
lo confiesas, brevemente
lo sabrá.

D. BEATRIZ.

¡Qué dices!

D. LEONOR.

Tente;
no te apropinqües á mí.

D. BEATRIZ.

El concepto dificulto
de tus extremos, Leonor.

D. LEONOR.

No me empañes el candor
de mi castísimo vulto.

D. BEATRIZ.

¡Qué mudanza!

D. LEONOR.

¡Tal insulto
pronunciar tu lengua osa!

D. PEDRO.

Leonor es la virtuosa.

D. BEATRIZ.

Oye, hermana.

D. LEONOR.

Aqueso no;
que tener no puedo yo
hermana libidinosa. *vase.*

D. BEATRIZ.

¡Quién tales extremos vió!
¡Quién vió tales sentimientos!
¡Quién vió tales fingimientos
de un instante á otro!

D. PEDRO.

Yo, *sale.*
yo los ví, Beatriz; y no
en vano el cuidado ha sido,
que con las dos he tenido.

D. BEATRIZ.

¡Señor, tú estabas aqui!

D. PEDRO.

Sí, sí, Beatriz; aqui estaba.

D. BEATRIZ.

¿Oiste á Leonor, lo que hablaba?

D. PEDRO.

Lo que habló Leonor, oí.

D. BEATRIZ.

¿Luego ya estarás de mí
desengañado?

D. PEDRO.

Sí estoy;
pues he llegado á ver hoy,
que una hermana menor pueda
reñirte.

D. BEATRIZ.

¡Que tal suceda!

Infausta y crinita soy.

D. PEDRO.

¡Qué crinita, ni qué infausta!

D. BEATRIZ.

¿Señor:: ?

D. PEDRO.

Beatríz, bueno está.
Basta lo afectado ya,
lo enfadoso basta, basta:
que es, lo que mas te contrasta,
para que vencida quede
tu opinion. Bien ver se puede,
si, á hablar asi, te acomodas,
que, quien no habla como todas,
no como todas procede.
Yo sé, que el cuidado ha sido,
y el papel de un caballero
bachiller y chocarrero,
libre y mal entretenido:
y, que le quieres, he oído,
quando Leonor te reñia.
Culpa ha sido tuya y mia;
mas remediarelo yo;
aqui el estudio acabó,
aqui dió fin la Poesía.
Libro en casa no ha de haber
de Latin, que yo lo alcance.
Unas Horas en Romance

le bastan á una mujer.
Bordar, labrar y coser,
sepa solo. Dexe al hombre
el estudio, y no te asombre
esto; que te he de matar,
si algo te escucho nombrar,
que no sea por su nombre.

D. BEATRIZ.

Subordinada al respeto,
girasol de tu semblante,
en estilo relevante
no frasificar, prometo.
Dexa, empero, á tu concepto
desvanecer la apariencia,
que el engaño hizo evidencia,
que hizo caso la malicia,
queriendo con su injusticia
captar tu benevolencia.

D. PEDRO.

¡Perdiendo el vicio, Beatríz,
bien enmendada te veo!

D. BEATRIZ.

Por tu anticipata:::

D. PEDRO.

Creo,
que hoy me has de quitar el juicio. *vanse.*

Salen Don Alonso y Moscatel.

D. ALONSO.

¿Eso la picara dixo?

MOSCATEL.

De tu amor tan ofendida,
como si fuera hija Inés
del Preste Juan de las Indias.
Decid, dixo, á vuestro dueño,
que de mi paño no vista;
que soy grande para dama,
y para esposa soy chica.

D. ALONSO.

Eso á Reyes de comedia,
no hay Condesa, que no diga,
de Amalfi, Mantua ó Milan:
mas no las de Picardia.
Valgate el diablo, picaña,
¿cómo no tienes á dicha,
que te hable un hombre, que al fin
trahe una camisa limpia?

MOSCATEL.

Señor, cada ropa blanca
su semejante codicia.

D. ALONSO.

¿Y qué te pasó con Celia?

MOSCATEL.

Estaba á su celosía

asomada, y ahun borracha,
pues dixo: por qué no ibas
á verla; y esto, señor,
en juicio no lo diria;
porque, ¿cómo has de ir á verla,
si ya la viste há tres dias?

D. ALONSO.

Mi firmeza me destruye;
porque todas imaginan,
siendo galan al quitar,
que lo he de ser de por vida.
Pues mejor es, lo que á mí
me ha pasado. Como iba
en un coche Doña Clara,
llamóme: llegueme á oírla,
y dixome, que á la tarde
(ahí es una niñería)
la enviase veinte varas
de lama, porque queria
hacer en mi nombre una
pollera; y á media risa
pregunté: ¿de qué color?
Respondió, que de la mía;
y asi al proposito hice
de repetente esta quintilla:
De mi color bien mi amor
dar la pollera quisiera;
mas es tanto mi temor,

que no me dexas color,
de que hacerte la pollera.
Con esto me descarté
de la lama.

MOSCATEL.

Linda finca
es un desenfado.

D. ALONSO.

¿Cómo?

MOSCATEL.

Como paga á chanza vista.

D. ALONSO.

¿No sabes, lo que en aquesto
mas me mata, mas me admira;
que usandose hombres, que nieguen,
se usen mujeres, que pidan?

MOSCATEL.

Piden por su devocion.
¡Qué presto de Inés se olbida! *ap.*
Zelos, á Dios.

D. ALONSO.

¿Moscatel?

MOSCATEL.

¿Señor?

D. ALONSO.

¿Quieres, que te diga
una verdad?

MOSCATEL.

Si contigo
lo puedes acabar, dila.

D. ALONSO.

La Inesilla me ha picado.

MOSCATEL.

¿Tan aguda es la Inesilla?

D. ALONSO.

Y, por hacer burla de ella
solamente, he de rendirla.
Allá has de volver.

MOSCATEL.

¡Yo!

D. ALONSO.

Sí.

MOSCATEL.

Zelos, no á Dios tan aprisa. *ap.*

D. ALONSO.

La dirás:::

Sale Don Juan.

D. JUAN.

Gracias al Cielo,
que os traygo nuevas un dia
de contento, porque amor
no siempre ha de ser desdichas.
Ya cesaron sus disgustos,
sus pesares, sus rencillas;

que, como es niño, el semblante,
que ahier fue llanto, hoy es risa.
Ahier de vuestro valor
me valí, quando tenia
empeños de honor, y ahora,
que he mejorado de dicha,
me he de valer, Don Alonso,
de vuestra cortesanía,
buen gusto y sutil ingenio;
porque en dos iguales lineas
los dos extremos toqueis
del pesar y la alegria.

D. ALONSO.

Pues bien, ¿qué os ha sucedido?

D. JUAN.

De quanta culpa tenia
Leonor, hizo á Beatriz dueño,
cautelosa y prevenida.
Dudó el padre entre las dos,
cuya fuese la malicia,
y quedó por fé dudosa,
la que era culpa precisa.
Para ayudar este engaño
con Beatriz, y divertirla,
(que si hay envidia entre hermanos,
es la mas cruel envidia)
me ha pedido, que con ella
algun nuevo amante finja;

porque la importa en extremo,
ó culparla, ó divertirla;
y aqueste habeis de ser vos,
ayudandoos ella misma
á la entrada de su casa;
y así desde aqueste dia
la habeis de asistir, pasear,
adorar su celosía,
solicitar sus criadas,
donde saliere, seguirla,
escribirla:::

D. ALONSO.

Deteneos;
que ni hablarla, ni servirla,
ni pasearla, ni mirarla
sabré yo hacer en mi vida.
¡Yo mirar á una ventana
embobado todo el dia,
haciendo el amor ardiente
á un cantaro de agua fria!
¡Yo sobornar á una moza,
porque mis penas la diga!
¡Yo abrazar un escudero
con la barba hasta la cinta!
¡Yo seguir á una mujer,
ni saber, donde vá á Misa,
ni si la oye; que al fin yo,
Don Juan, en toda mi vida

he averiguado á mi dama,
si tiene ó no tiene crisma,
y ellas se huelgan, pues todas
niegan, donde se bautizan!
¡Yo escribir papel tan cuerdo,
que mil locuras no diga,
donde ande el razonamiento
entre el afecto y la dicha!
¡Yo parlar á una ventana
despues de una noche fria,
para pedir una mano!
¡Yo sufrir, que cada dia,
me responda: es de mi esposo,
y con aquesta porfia,
me ande con su doncelléz
dando en rostro cada dia!
Vive Dios, que ántes me dexe
morir, que á una mujer siga,
ni solicite, ni ronde,
ni mire, ni hable, ni escriba;
porque, en no teniendo yo
libre entrada á mis visitas,
donde tome mi despejo
á la primera vez silla,
la segunda taburete,
y la tercera tarima;
siendo mi lecho el estrado,
y mi almohada una rodilla,

y haciendola, que me rasque
la cabeza, si me pica,
no daré, por quanto amor
hay en el mundo, dos higas;
y mirad pues, ¡qué mujer
tan chistosa y entendida
traheis, sino una mujer,
que habla siempre algarabía,
y sin Calepino no
puede un hombre entrar á oirla!
Y asi mirad, si teneis
algun disgusto, en que os sirva;
que vive Dios, que primero
con diez hombres legos riña,
que con una mujer culta;
que ha de ser la dama mia,
como fianza abonada,
sobre lega llana y lisa.

D. JUAN.

¿En la Corte, Don Alonso,
cada dia no se mira,
por hacer tercio á un amigo,
enamorar á una amiga?

D. ALONSO.

Tambien se mira, Don Juan,
en la Corte cada dia,
perder uno su dinero,
por hacer tercio á una rifa.

D. JUAN.

Yo no quiero, que esto amor
sea, sino que lo finjas;
que esto todo ha de ser burla.

D. ALONSO.

Mucho lo fingido obliga,
y hacer burla de una loca
tan vana y tan presumida.

MOSCATEL.

¡Qué presto hizo la razon ap.
á la ocasion, que le brinda!
Tan loco nos venga el año.

D. ALONSO.

Quanto sea engaño y mentira,
vaya; mas pensar, que tengo
de obligarla, ni sufrirla,
es pensar un imposible.

D. JUAN.

Ni nadie á aqueso os obliga.

D. ALONSO.

Desde aqui empezaré, á amarla.

D. JUAN.

Vamos á su casa misma,
y en el camino os diré
de estas cosas conocidas,
que importan, y haré, que entreis,
á hablarla.

D. ALONSO.

Vamos aprisa;
que ya, de pensar, Don Juan,
lo que hoy á las burlas mias
han de responder sus veras,
me estoy muriendo de risa.

MOSCATEL.

Quiera amor, no páre en llanto.

D. ALONSO.

¿Qué llanto, necio, si miras,
que todo es burla, pues solo
mi libertad solicita,
hacer buen terçio á Don Juan,
vengar á Leonor divina,
burlar á Beatriz hermosa,
y retozar á Inesilla?

MOSCATEL.

No será, no, sino echarse
con la carga de mis dichas. *vanse.*

Salen Doña Beatriz é Inés.

INES.

Grande, señora, es tu melancolía.

D. BEATRIZ.

¿Cómo no ha de ser grande, siendo mia?
¿Y harta razon no tengo,
pues por Leonor con mi ascendiente ven-
á padecer calumnias, de que amo,

quando la misma ingratitud me llamo?
¡Pensar, que yo he escuchado á un hombre amores!
¡Que yo admití un papel! ¡Que dí favores!
¡Que entró en mi quarto, abriendo una fenestra!
¡Que fue el tacto la nube de mi diestra!
Cosas son, que el escrupulo mas leve
dentro de mí, ni ahun á pensar se atreve;
y asi aqueste retiro,
donde la luz del sol apenas miro,
lúgubre será esfera,
donde, engañada yo, que vivo, muera;
estancia será esquiva,
en que, burlando lo que muero, viva:
El Sol, narciso de jazmin y grana,
desde el primer fulgor de la mañana
al parasismo de la noche fria,
adonde espera el parangon del dia,
no me ha de ver la cara,
si ya con luz no se penetra avara
á esta mansion, adonde
mi profanado pundonor se esconde.
Lloren aqui mis ojos
sinonimos neutrales: digo enojos
de torpes desvaríos,
que son ajenos, y parecen mios.
Inés, ¿no me he quexado

en bien humilde estilo, en bien templado?
Si mi padre me oyera, [ra!
¡oh quánta emienda en mis discursos vie-

INES.

Mucha; ahunque del tema reformado
algunas palabrillas te han sobrado.

D. BEATRIZ.

Dime, ¿quáles han sido?

INES.

Lugubres y crepusculos he oído,
equívocos, sinonimos, neutrales,
fenestras, parasismos y otras tales,
de que yo no me acuerdo.

D. BEATRIZ.

Con la estulticia que hay, el juicio pierdo.
¡Pues esas no son voces de cartilla,
que un Portero las sabe de la Villa!
Mas desde aqui prometo,
que calce mi conceto,
á pesar de Saturno,
vil zueco en vez de trágico coturno.

INES.

Emendandose vá.

D. BEATRIZ.

Y si tú me oyeres
frase negada á barbaras mujeres,
por ver, si en esto topa,
tirame de la manga de la ropa.

INES.

La confesion aceto,
y ser Fiscala de tu voz prometo.

Salen Doña Leonor, D. Alonso y Moscatel.

D. LEONOR.

Esta es Beatriz, y puesto que has venido,
á divertirla, su galan fingido,
hablarla aqui podrás seguramente.
Yo atenta, á que no haya inconveniente,
con Don Juan alli hablando,
hoy las espaldas te estaré guardando. *vas.*

D. ALONSO.

¡Quién creerá, que he tenido
mudo el amor, ahun siendo amor fingido!

INES.

Moscatel, ¡qué es aquesto!

MOSCATEL.

La droga introducir, que se ha dispuesto.

INES.

¿Para qué entras tú acá?

MOSCATEL.

Porque te amo,
y no has de estar á tiro de mi amo
sin escucha.

D. BEATRIZ.

¡Qué es esto!

INES.

Un hombre osado,

que hasta aqui se ha entrado.

D. BEATRIZ.

¡Un hombre en mi cubículo! ¿Qué haces?
Mira, que asi el adorno me deshaces.

INES.

Tirarte de la manga.

D. BEATRIZ.

¡Necio intento!
Detén, que solo digo en mi aposento.

D. ALONSO.

Hermosa Beatriz, la voz
no dés al ayre, no dés
al Cielo quexas huídas
de la prision del clavél.
Oye piadosa mi pena,
sin enojarte, porque
no siempre fue de lo hermoso
patrimonio lo cruel.

D. BEATRIZ.

¿Andais por antonomasias?

INES.

Dos veces tiro.

D. BEATRIZ.

Está bien.
Atrevido caballero,
que has sido osado, á romper
la clausura, donde el sol,
que Fenix y hoguera es,

si tal vez entra atrevido,
sale cobarde tal vez:
y á no traher por disculpa,
que me viene el dia á traher,
no osára, donde estoy yo,
á entrar en átomos él:
¡qué atrevimiento, qué audácia
rige tu alevoso pie!

INES.

Aqui empiezan sus engaños.

MOSCATEL.

El mismo vaya con él.

D. ALONSO.

Peritísima Beatríz,
Beatríz, dulce enigma, en quien
vive de mas el hablar,
y de mas el parecer:
yo soy aquel, que dos años
viviente girasol fue
de la luz de tu beldad,
fragrante, al llegarte á ver,
quanto mustio, al ausentarte;
que entre el morir y el nacer
no hubo mas distancia, que antes,
si se vé, ó si no se vé.

INES.

Atencion, señoras mias, 42.
entre mentir ó querer.

¿Quál será lo verdadero,
si esto lo fingido es?

D. ALONSO.

La causa hoy de tanto absurdo
es, haber hallado ahier
tu padre al criado mio,
que te trahia un papel;
y viendo la obligacion,
que tengo, á quien soy, osé,
temeroso de tu riesgo,
ahora, que ocasion hallé,
entrar hasta aqui.

D. BEATAIZ.

Detente:
que ya me incumbe saber,
ahunque mi riesgo derogue
la mas inviolable ley,
qué papel, ó qué criado
aquese, que dices, fue.

D. ALONSO.

El criado, este criado;
el papel, aquel papel,
que abrió Leonor, siendo tuyo,
porque á ella se le dió Inés.

INES.

Yo no se le dí: que ella
me le quitó, sin querer.

D. BEATRIZ.

¿Tuyo era el criado?

D. ALONSO.

Sí.

D. BEATRIZ.

¿Y tuyo el papel?

D. ALONSO.

Tambien.

D. BEATRIZ.

¿Y para mí?

D. ALONSO.

¿Pues qué dudas?

D. BEATRIZ.

Antes no dudo, pues sé,
que mi muerte y mi homicida
fuiste de mi paz, cruel
tirano, que introduxiste
escrupulos en mi fe.
Vuelve, vuelve las espaldas
de piadoso y de cortés;
que solicitas mi muerte,
si aqui mi hermana te vé;
porque hará verdades hoy
los fingimientos de anier.

INES.

¡Qué facilmente creyó
lo que él contó, y yo afirmé!

ap.

MOSCATEL.

En fin no hay cosa mas facil, *ap.*
que engañar una mujer.

D. BEATRIZ.

Y no quieras mas victoria
de mi vanidad, que vér,
que por tí lloran mis ojos;
que puede en efecto hacer
costar lagrimas un hombre,
sin quererle, á una mujer;
que no las lagrimas siempre
señas son, de querer bien.
Vete.

D. ALONSO.

Mas lo deseo yo;
que estoy ya, para perder
el juicio, buscando modos,
para responder.

D. BEATRIZ.

No dés
mas escandalo en mi casa;
que basta, el primero ser,
que concupiscible oí::

Tirala Inés de la manga.

No me tires: dexame;
que tienes traza, por Dios,
de dexarme muda.

D. ALONSO.

En fé
diametro al menos será
mi opuesto planeta, y quien,
ausentandose, sabrá
obedeceros cortes,
pero en sabiendo mi amor.

D. BEATRIZ.

Pues á Dios; que ya lo sé.

D. ALONSO.

No se ha empezado muy mal.

MOSCATEL.

Ni se ha acabado muy bien;
que viene gente.

INES.

Ay señora,
ir, no le dexes.

D. BEATRIZ.

¿Por qué?

INES.

Porque al paso están hablando
Leonor, Don Juan y tambien
tu padre.

MOSCATEL.

El padre es el diablo
de estos enemigos tres.

D. BEATRIZ.

Mi climaterico dia

es hoy, ay de mí, si os vén;
porque contra mí los cielos
han sabido disponer
evidencias, que acrediten
culpas, que no imaginé.
Para el quarto de mi padre
el paso esta quadra es.
No podeis salir de aquí,
ni allá dentro entrar podeis:
y asi, antes que aquí entren,
fuerza el esconderos es.

D. ALONSO.

¡Es comedia de Don Pedro
Calderon, donde há de haber
por fuerza amante escondido
ó rebozada mujer!

D. BEATRIZ.

Esto conviene á mi honor,

D. ALONSO.

¡Yo me tengo de esconder!

MOSCATEL.

Inés, mala burla es esta.

INES.

Y muy mala, Moscatel.

D. BEATRIZ.

Esto he de deberos.

D. ALONSO

Cielos,

considerad, que no es bien,
darme tan fino el pesar,
siendo tan falso el placer.

D. BEATRIZ.

¿Qué esperais?

D. ALONSO.

¿Qué he de esperar?
Saber, adonde ha de ser,
donde tengo de esconderme.

INES.

Donde estár mejor podeis,
es en aquella alhacena
de vidrios.

D. BEATRIZ.

Has dicho bien.

D. ALONSO.

Lindo bucaro del Duque,
y de la Maya seré.
¡Yo en alhacena de vidrios!
Vive Dios:::

D. BEATRIZ.

Preciso es.

INES.

Entrad.

D. ALONSO.

Sin un calzador
no es posible.

INES.

Entra tambien.

MOSCATEL.

¿Es alhacena de dos,
como mula de alquilér?

Entran en la alhacena, quiebranse vidrios, y salen Don Pedro, Leonor, y Don Juan.

INES.

Mirad, que quebrais los vidrios.

D. PEDRO.

Ola, unas luces trahed
á esta sala.

D. JUAN.

Vive Dios, *ap.*
que no sé, lo que he de hacer,
si halla á Don Alonso aqui
Don Pedro; que yo bien sé,
que no tiene el quarto puerta,
por donde salir; y en fé
de haberle empeñado yo,
y ser mi amigo tambien,
no sé, cómo llegue á verle,
qué remedio puede haber.

D. LEONOR.

¡Oh nunca hubiera inventado *ap.*
la venganza, que busqué;
pues empezando de burlas,

tan de veras viene á ser!

D. PEDRO.

¿Aquestas noches, Don Juan,
á qué hora os recojeis?

D. JUAN.

Temprano. Aquesto es decirme, *ap.*
que me vaya, y fuerza es.
En grande peligro dexo
á Don Alonso, por ser
mi amigo. El estarme aquí,
no es posible: lo que haré,
será, estár siempre á la mira,
de lo que ha de suceder.
A Dios pues.

D. PEDRO.

A Dios. Alumbra
al señor Don Juan, Inés.

D. JUAN.

No habeis de salir de aquí.

D. PEDRO.

Yo bien sé, lo que he de hacer.

Vá Inés alumbrando y entranse los tres.

D. LEONOR.

¿Adónde, Beatríz, habrá,
pues yo no lo puedo vér,
á Don Alonso escondido?

D. BEATRIZ.

¡Que tantos sustos me dé

un hombre, que no conozco!

Vuelve Don Pedro é Inés con la luz, á tiempo que se quiebra un vidrio.

D. PEDRO.

Entra aquesta luz, Inés,
en mi quarto.

D. LEONOR.

Ahora sin duda
dá en su aposento con él.

D. PEDRO.

Entrad conmigo las dos;
que os tengo que hablar. ¡Mas, qué
es aquesto!

Dexa caer Inés la luz.

INES.

El candelero
se me cayó.

D. PEDRO.

¡Que no estés,
nunca, Inés, en lo que haces!

Vanse Don Pedro y Leonor.

INES.

Sí estoy, señor.

D. BEATRIZ.

Oye, Inés;
pues mi padre se recoje
tan presto, haz al punto, que
salgan de ahí aquesos hombres,

sin que lo llegue á entender
Leonor.

INES.

No lo entenderá.
¿Mas dime, cómo ha de ser;
que mi señor no baxó
con Don Juan, por ser cortés,
tanto, como por cerrar
las puertas?

D. BEATRIZ.

Procura hacer,
que salgan, como pudieren. *vase.*

INES.

Ya, por donde salgan, sé.
Mis apresados señores,
bien despoblaros podeis.

D. ALONSO *saliendo.*

Vive Dios, que si no fuera,
picaro, por no sé qué,
que te matára.

MOSCATEL.

No pude
mas, si los vidrios quebré;
que eran vidrios en efecto.

INES.

Venid conmigo.

D. ALONSO.

Ay, Inés,

si fuera por tí el secreto,
fuera empleado mas bien.

MOSCATEL.

No fuera, sino muy mal.
¡Que ahora de humor estés!

D. ALONSO.

No puedo conmigo mas.
Vamos. Mas, por no perder
ocasion, toma un abrazo. *abrazala.*

MOSCATEL.

Cordero en brazos de Inés,
el hombre le vió mil veces;
pero sola aquesta vez,
es el abrazado el hombre,
y el cordero, el que lo vé.

INES.

Salgamos presto de aqui::;

D. ALONSO.

¡Quién dice, que no!

INES.

que, ahunque
mi señor cerró las puertas,
bien salir los dos podreis.
Arrojaos, sin que os sientan,
por este balcon. Ea pues.

D. ALONSO.

¡Esto tenemos ahora,
Inés, balconar despues

de una alhacena!

INES.

Es forzoso.

MOSCATEL.

Y diga la tal Inés,
¿es muy alto?

INES.

Del segundo
quarto no mas. No aguardeis.

D. ALONSO.

¿Mas que me quiebro una pierna?
¿Hombres, que enamorais, ved
si estos lances, en quien ama,
se dexan aborrecer,
en quien no ama, qué será?
Mal haya, quien quiere bien.

JORNADA TERCERA.

Salen Inés y Doña Beatríz.

D. BEATRIZ.

¿Qué dices?

INES.

Digo, que habiendo:::

D. BEATRÍZ.

¡Ay, Dios! ¿Cómo, Inés, ha sido?

INES.

los dos Luzbeles caído,
llegaron con mucho estruendo
unos hombres, pretendiendo
conocerlos; y despues
repararon, (tanta es
de amo y mozo la destreza)
el uno con la cabeza,
lo que el otro con los pies.

D. BEATRIZ.

¿Quién, Inés, te lo contó?

INES.

Relacion es de un criado
del galan de pie quebrado,
quanto he referido yo;
que como cojo, partió,
del saltó del balcon, fuí
á verle á su casa.

D. BEATRIZ.

¿Y dí,
quien le vulneró ó le ha herido?

INES.

Eso es, lo que no se ha sabido.

D. BEATRIZ.

¡Doliente en fin yace!

INES.

Sí.
Pierna y cabeza llevó
quebradas, ahunque ya está
mucho mejor.

D. BEATRIZ.

¿Quedará
claudicante?

INES.

¿Qué sé yo,
qué es claudicante? ¡Que no
pierdas ese vicio! ¡Hay tal!

D. BEATRIZ.

¡Hay demencia; hay tosca igual!

El claudicante no es
hombre de alternados pies,
sí el que ambula desigual.

INES.

Ni sé lo que es, ni qué no:
solo sé, de temor llena,
que ha estado herido.

D. BEATRIZ.

Su pena,
ay de mí, padezco yo.
Un hombre en mi quarto entró,
de mis ansias informado,
resuelto y determinado:
accion fue, que me obligó
al compás, que me ofendió;
pues, si ofensa el amor piensa,
ser la accion en mi defensa,
la construye obligacion:
Luego compatibles son
la obligacion y la ofensa.
Vino mi padre, y aqui
trágica mi historia fuera,
si cortés no obedeciera
los preceptos, que le dí.
Por mí escondido, y por mí
precipitado y caído,
quedó de otra mano herido.
¿Pues, si iguales llego á ver,

que sentir y agradecer,
quál será lo preferido?

INES.

¿Pues qué pena es esta ahora?
¿Qué tienes, que triste estás?

D. BEATRIZ.

¿Qué quieres, que tenga mas?

INES.

No le gastes á la Aurora
las blancas perlas ahora,
que ha de echar menos despues.

D. BEATRIZ.

¡Ay Inés mia, ay Inés!
Si tú guardarme quisieras
un secreto, tú supieras
mi tormento.

INES.

Díle pues:
que, ahunque siempre en mi lugar
San Secreto esclarecido,
dia de trabajo ha sido,
le quiero canonizar,
y hacer fiesta de guardar.

D. BEATRIZ.

Pues si eso ha de ser asi,
yo he de fiarme de tí.
A este galan caballero,
agradecerle, Inés, quiero,

lo que ha pasado por mí;
pero no quisiera, que él
sepa, que lo siento yo;
porque ser piadosa hoy, no
es dexar, de ser cruel.
A mi obligacion fiel,
y fiel á mi honor, que intente
saber de él, mi fé consiente,
no por él, sino por mí.

INES.

Claro está, que será asi.
¡Ay señores, que ya siente! *ap.*

D. BEATRIZ.

Quisiera, que te llegáras,
como que de tí salia,
á visitarle, Inés mia,
y de su mal te informáras.

INES.

¿Y qué mas?

D. BEATRIZ.

Que le lleváras
una banda, y le dixeras,
que tú la ladrona eras
del favor.

INES.

Está muy bien:
y haré este papel tan bien,
como tú misma le hicieras.

Dame la banda y verás,
quál mi chinelita anda.

D. BEATRIZ.

Ya voy, Inés, por la banda;
pero mira, que jamás,
nada á Leonor le dirás. *vase.*

INES.

Nada le diré á Leonor.
Victoria por el amor.

D. LEONOR *saliendo.*

¿De qué es el contento, Inés?

INES.

Yo te lo diré despues;
pero primero es mejor.
Que reviento, te prometo;
porque en Dios y mi conciencia,
que hizo esta diligencia
de Beatríz un grande efeto.

D. LEONOR.

¿Qué fue?

INES.

Encargóme un secreto,
y fue, haberme encomendado,
que le cuente de contado.
Claro es; pues, quando no fuera,
por decirlo, lo dixera,
por habermelo encargado.
De Beatriz la fantasía

ya Don Alonso rindió;
y en tal lenguage la habló,
que á pesar de su porfia,
conmigo una banda envia.
En fin, en fin ha de ser
Mujer qualquiera mujer:
por la vanda quiero ir;
y pues te lo he de decir
yo, tú no lo has de saber. *vase.*

D. LEONOR.

Digo, que no lo sabré.

D. JUAN *saliendo.*

Pues ya yo lo tengo oído.
Con esto quedo advertido
de quan en vano esperé
la firmeza de tu fé.
Ahora veo, que en amor
numero hay, pues en rigor,
por no dexarte infeliz,
crece un afecto en Beatríz,
quando ha faltado en Leonor.

D. LEONOR.

¿Pues en mí ha faltado? Dí.

D. JUAN.

En tí, Leonor, ha faltado,
que ahunque he sufrido y callado
mis desdichas hasta aqui,
fue, porque pensé hoy de tí,

que averiguarlas pudiera,
sin que á tí te lo dixera;
mas siendo fuerza, sentirlas,
no muera yo, sin decirlas,
ya, que sin vengarlas, muera.
Don Alonso por tu gusto,
á hablar á Beatríz, entró.
Ni arguyo, ni pruebo yo
si fue justo, ó no fue justo.
Por excusar su disgusto,
á costa de su opinion
se arrojó por un balcon;
y yo, que en la calle estaba
á esperar, en qué paraba
su empeño, fue en ocasion
el baxar, que habian entradó
dos hombres en ella, y yo
me desvié, porque no
les diese, el verme, cuidado.
Estando pues apartado,
las cuchilladas oí,
y á ellas al punto acudí,
y por presto que llegué,
ya los dos hombres no hallé,
y herido á mi amigo ví.
Mira, si de mis recelos
puede haber causa mayor,
pues en su fingido amor

ví mis verdaderos zelos.
Testigos hago á los cielos
del dolor, que sentí allí.
Quien acuchilla (ay de mí!)
y quien sale de tu casa,
bien dice, que en ella pasa
mi agravio. Por tí y por mí,
disimular he querido,
como he dicho, hasta llegar
(¡ay Leonor!) á averiguar,
quién ese galan ha sido:
y viendo, que no he podido,
y que son intentos vanos,
porque mis zelos villanos
no murmuren en mi mengua,
quiero, que diga la lengua
lo que no han hecho las manos.
Quedate, ingrata; que no,
pues que ya me he declarado,
me has de ver desengañado.

D. LEONOR.

¿No tengo una hermana yo,
que pueda ser causa?

D. JUAN.

No,
que si tú hermana tubieras
de quien amores supieras,
no culparla procuráras,

pues no era bien, la acusáras.
ni de burlas, ni de veras.
Y supuesto, que has querido
fingirla un galan, infiero,
que á tenerle verdadero,
no se le dieras fingido.

D. LEONOR.

Plegue al cielo:::

D. JUAN.

No te pido
satisfacciones, Leonor.

D. LEONOR.

Ni éstas lo son; que es error,
quando nunca te he ofendido.

D. JUAN.

Pues que tú la causa has sido,
dexa, que muera mi amor. *vanse.*

Salen Don Alonso y Moscatél.

MOSCATEL.

Señor, ¡qué tienes! ¡Qué es eso!
¡En qué piensas! ¡En qué tratas!
¡En qué discurres! ¡En qué
imaginas! Dí, ¡en qué andas!
¡Tú melancólico! ¡Tú
divertido! ¡Qué mudanza
es aquesta! ¡Tan valída
ha sido una cuchillada
contigo! ¡Tanto consigue

una herida! ¡Tanto alcanza
un balcon, que han acabado
contigo, no hablar de chanza!

D. ALONSO.

¡Ay de mí! Que no sé, no,
qué es, lo que siento en el alma;
que es bien, y parece mal,
que es gusto, y parece ansia.

MOSCATEL.

¿Tú, señor, no me dixiste,
que no era tan afectada,
como Don Juan te habia dicho?

D. ALONSO.

Es verdad.

MOSCATEL.

¿Tú no la alabas
de hermosa?

D. ALONSO.

Sí,

MOSCATEL.

¿Tú no sientes,
que hombres en su calle haya,
que acuchillen?

D. ALONSO.

No lo niego;
pero tal tengo la causa.

MOSCATEL.

¿Luego son zelos?

D ALONSO.

No son;
que no se me diera nada,
que hubiera hombres, como dieran
zelos, y no cuchilladas.
Fuera de que, si yo fui
á verla, fue, por burlarla,
de Don Juan apadrinado;
y fuera historia muy mala,
haberme llevado, á ser
el burlado yo.

MOSCATEL.

En la plaza
un toricantano un dia
entró, á dar una lanzada,
de un su amigo apadrinado.
Ayroso terció la capa,
galan requirió el sombrero,
y osado tomó la lanza,
veinte pasos del toril.
Salió un toro, y cara á cara
hácia el caballo se vino,
ahunque pareció anca á anca;
porque el caballo y el toro,
murmurando á las espaldas,
se echaron dos melecinas
con el cuerpo, y con el hasta.
Cayó el caballero encima

del toro: sacó la espada
el tal padrino, y por dar
al toro una cuchillada,
á su ahijado se la dió,
y siendo de buena marca,
levantóse el caballero,
preguntando en voces altas:
¿saben ustedes á quién
este hidalgo apadrinaba,
á mí ó al toro? Y ninguno
le supo decir palabra.
Aplica ahora: apadrinado
de Don Juan, fuiste á la casa
de Beatríz: la suerte erraste,
y nadie á saber alcanza,
si era Don Juan tu padrino,
ú de Beatríz.

D. ALONSO.

Calla, calla.
¡Qué mal aplicado cuento!

MOSCATEL.

Bien ó mal, á Dios doy gracias,
de que ya no reñirás
mi amor; que ya tu en la danza
entras tambien.

D. ALONSO.

Si es asi,
dime, ¿ya que de esta dama

esté un hombre enamorado,
de qué servicio es, guardarla?

MOSCATEL.

Eso no; que no se pierde
tan presto una mala maña. *llaman.*

D. ALONSO.

Mira, quién llama á esa puerta.

MOSCATEL.

¿Quién es?

Sale Inés.

INES.

¿Está tu amo en casa,
Moscatél?

MOSCATEL.

¡Cielos, qué miro!
Inés es ésta. Ay ingrata!
Viven los cielos, que vienes,
á verle.

INES.

¿Pues qué pensabas?
Quiero decir, que es verdad, *ap.*
porque, lo que mas me agrada,
es, dar zelos de poquito;
porque le importa á mi fama,
que Don Alonso conozca,
que sé, cumplir mi palabra.

MOSCATEL.

¡Bien honrado pundonor!

INES.

Quita.

MOSCATEL.

No has de entrar.

INES.

Aparta.

D. ALONSO.

¿Quién habla contigo?

MOSCATEL.

Nadie.

INES.

Mientes; que alguien es, quien habla.

D. ALONSO.

Y muy alguien. Inés mia,
una y mil veces me abraza.

INES.

Mil veces te abrazo y una,
por pagarte en otras tantas.

Pellizcala Moscatél.

INES.

¡Ay!

D. ALONSO.

¡Qué es eso!

INES.

Dióme un golpe
la guarnicion de tu daga.

D. ALONSO.

No dudo, que tu venida
sea, á darme vida y alma;
que ahunque tú con Moscatel
me respondiste enojada,
en fin sabes, que te quiero,
y no has de ser siempre ingrata.

INES.

Nunca lo fuí yo contigo;
que á la primera palabra
dixe, que á verte vendria.

D. ALONSO.

Picaro, ¡pues tú me engañas!

MOSCATEL.

¡Yo, señor!

D. ALONSO.

Viven los cielos,
que he de matarte á patadas.

MOSCATEL.

Cumplióse el refrán; mas no; *ap.*
que, mandarme baylar, falta.

INES.

En sabiendo, á lo que vengo, *ap.*
Moscatel se desengaña.
Duren los zelos un poco.

MOSCATEL.

Vive Dios, de una picaña:::

INES.

Picaro, hablad con respeto.
Mirad, que soy vuestra ama.
A solas quisiera hablarte.

MOSCATEL.

¡A solas!

D. ALONSO.

Salte allá, y guarda
esa puerta.

MOSCATEL.

¡Yo la puerta!
Viven los cielos:::

D. ALONSO.

¿Qué hablas?

MOSCATEL.

que soy leal, y no tengo
de consentir tal infamia,
que por una picarona
exceso ninguno hagas,
y se aventure tu vida.

D. ALONSO.

¡De quándo acá tanto guardas
mi salud! Salte allá fuera.

MOSCATEL.

No me saldré, si me matas;
que esto conviene á tu vida.

D. ALONSO.

Nunca te he visto con tanta

lealtad.

MOSCATEL.

Guardéla otras veces
para esta ocasion.

Echale á empellones.

D. ALONSO.

Ya basta.
Ya estás sola. Vuelve, Inés,
á abrazarme.

INES.

Ahunque culpada
me has hecho, en venir á verte,
por la opinion de mi ama
ha sido: no, porque vengo,
como dixe, por tu causa.

D. ALONSO.

No sé, qué quieras decirme.

INES.

Dirélo en breves palabras.
Beatríz, habiendo sabido,
como hubo unas cuchilladas,
de donde herido saliste,
á la puerta de su casa,
de tu herida condolida,
de tu termino obligada,
y de tu salud dudosa,
te envia toda esa banda.

Favor es suyo, ahunque ella
me mandó, que no llegáras
á saber, que te la envia.
Con esto á Dios.

D. ALONSO.

Oye, aguarda.
¡Beatríz se acuerda de mí!
¡Beatríz siente mis desgracias!
¡Beatríz me envia favores!
Novedad se me hace extraña.

INES.

A mí no; porque en sabiendo,
que era tu voluntad falsa,
supe, que seria dichosa;
que, por no acertar en nada,
mas con nosotras merece,
quien finge, que no quien ama.

MOSCATEL *al paño.*

¡Qué mal descansa un zeloso!
¡Qué mal un triste descansa!
Mis penas veré; que menos
es verlas, que imaginarlas.

D. ALONSO.

Inés bella, pues Beatríz
hoy de extremo á extremo pasa,
pase yo de extremo á extremo,
que ahunque fineza no haga

de enamorado, de noble
la he de hacer. Aqui te aguarda
á que la escriba un papel. *vase.*

MOSCATEL.

El se entra en esotra quadra.
Descanse mi corazon. *sale.*
Tigre fregatriz de Hircania,
vil cocodrilo de Egipto,
sierpe vil, leon de Albania,
tendrá mi lengua razones,
tendrán mis labios palabras,
para quexarse de tí?

INES.

No.

MOSCATEL.

Pues si voces me faltan,
tengan mis manos licencia,
de darte de bofetadas
siquiera.

INES.

No quiera hacer
tu mano tal; que ya bastan
las burlas; que todo ha sido,
por solo tomar venganza.
Picon fue.

MOSCATEL.

Pues los picones,
si juegan, mudan baraja,

ó truecan la suerte. Dame
los brazos.

INES.

De buena gana.

Sale Don Alonso.

D. ALONSO.

¡Qué es esto!

INES.

Esto es abrazar
en mi tierra.

MOSCATEL.

Ha sido tanta
la alegria, de haber visto,
que ya esa fiera se ablanda,
(la curiosidad perdona,
si he escuchado, quando hablabas,)
que le dí á Inés este abrazo
en albricias de la banda.

D. ALONSO.

Toma, Inés, este papel,
que le has de dar á tu ama,
y para tí este diamante.

INES.

Vivas edades mas largas;
que claro está, que es el Fenix
suegra mentira de Arabia. *vase.*

MOSCATEL.

Ea, hagamos, señor, cuentas;
que no he de quedar en casa.

D. ALONSO.

¿Por qué, Moscatél?

MOSCATEL.

Porque
amo no quiero, que ama,
y que no me acuda á mí,
por acudir á su dama.

D. ALONSO.

Bien, el haberte sufrido
tantas locuras, me pagas.

MOSCATEL.

Esto ha de ser.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

¿Qué ha de ser?

D. ALONSO.

Irse quiere de mi casa.

D. JUAN.

¿Por qué, Moscatél?

MOSCATEL.

Porque
ha hecho la mayor infamia,
la mayor ruindad, mayor
baxeza, mayor:::

D. JUAN.

Acaba.
¿Qué ha sido?

MOSCATEL.

Hase enamorado.
Mira si tengo harta causa.

D. ALONSO.

En esta locura ha dado,
por haber visto, con quánta
fineza sirvo á Beatríz
por vos.

D. JUAN.

Al amor doy gracias,
que ese cuidado dió fin,
y han cesado ya mis ansias.

D. ALONSO.

¿Pues cómo de aquese empeño
libre estais?

D. JUAN.

Como se acaba
hoy mi amor.

D. ALONSO.

¿Pues y Leonor?

D. JUAN.

Leonor de mi pecho falta;
que, como amor es fortuna,
sujeto vive á mudanzas.

D. ALONSO.

Habeis de ir allá conmigo.

D. JUAN.

Yo no he de verla ni hablarla
en mi vida.

D. ALONSO.

Por Beatríz
he de volver á su casa
y á su calle, á hablarla y verla
por la tarde y la mañana.
Siendo yo el descalabrado,
y vos la cabeza sana;
¡Y no ireis!

D. JUAN.

No; porque herida
mas penetrante y tirana
son mis zelos; porque son
mortal herida del alma.

D. ALONSO.

Pues troquemos las heridas;
que yo primero tomára,
sea mortal ó venial,
tener hoy descalabrada
el alma, que la cabeza.
Y esto bien claro se saca
del efecto; pues si curan
en falso una herida, mata,
y á los zelosos dá vida

qualquier cura, ahunque sea falsa.

D. JUAN.

En fin, Don Alonso, sea
con poca ó con mucha causa,
no he de volver, á poneros
en la confusion pasada.

D. ALONSO.

Ni por mí habeis de dexarlo;
que á mí no se me dá nada.

D. JUAN.

Por mí lo dexo, y por vos;
porque vuestra herida basta.

D. ALONSO.

De una herida no escarmientan
caballos de buena casta.

D. JUAN.

Yo no he de volver allá,
ni á su calle ni á su casa.

D. ALONSO.

Pues, quando por vos no sea,
por ver, si á saber se alcanza,
quien me há herido, he de volver.

D. JUAN.

Quando importe á vuestra fama,
desde acá fuera podremos
hacer diligencias varias.

D. ALONSO.

Yo mas pretendo, Don Juan,

buena opinion con las damas,
que con los hombres; y no
es bien, que mujer tan vana
como Beatríz de mí piense:::

D. JUAN.

Yo sabré, desengañarla
de todo.

D. ALONSO.

Don Juan, Don Juan,
hablemos verdades claras.
Yo he de ir, á ver á Beatríz.

MOSCATEL.

Hablara para mañana.
¿Y dirá, que miento yo?

D. JUAN.

¿Si eso os importa, qué os falta?
Id vos muy en hora buena.

D. ALONSO.

¡Cómo, sin que las espaldas
me guardeis vos y Leonor!

D. JUAN.

Yo no he de volver, á hablarla.

D. ALONSO.

Esto habeis de hacer por mí;
que no es cosa tan extraña,
por hacer tercio á un amigo,
volver á hablar una dama.

D. JUAN.

Por vos, Don Alonso, haré,
lo que en mi vida pensaba.
Ahora bien, por vos iré:
mas mirad, antes que vaya,
que hay alhacena.

D. ALONSO.

¿Qué importa?

MOSCATEL.

Que hay balconazo.

D. ALONSO.

Que haya.

MOSCATEL.

Que hay cuchillada.

D. ALONSO.

Eso no.
Fuera de que si amor traza,
que por sola una mentira
me sucedan cosas tantas,
vengan ya, por ser verdades,
alhacena y cuchilladas. *vanse.*

Salen Don Diego y Don Luis.

D. DIEGO.

Ya sabeis la voluntad,
con que siempre os he servido.

D. LUIS.

Conozco vuestra amistad,

y sé, Don Diego, que ha sido
con fineza y con verdad.

D. DIEGO.

Pues no me tengais á exceso
una reprehension.

D. LUIS.

No haré.

D. DIEGO.

Aquel pasado suceso;::

D. LUIS.

¿Quereisme decir, que fue
locura? Yo lo confieso;
porque, haber á un hombre herido,
que conmigo no ha tenido
lances de competidor,
no trahe di-culpa mejor.
Fuerza es remediarlo; pues
quien lleva ya en sus recelos
perdido el miedo á los zelos,
no se le tendrá despues.

D. DIEGO.

¿Y ahora qué habeis de hacer,
de lo que ya se trató;
pues es cierto, que á saber
vuestros intentos llegó
Don Pedro?

D. LUIS.

¿Qué hay, que temer?

Deshacese un casamiento,
siendo santo Sacramento,
despues que se efectuó,
¿y no lo desharé yo,
sin efectuarle?

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

Atento
á este hielo, que me abrasa,
á este, que me hiela, ardor,
á lo que en mi agravio pasa,
y al respeto de mi honor,
salgo tan tarde de casa.
A Don Luis pretendo hablar;
que mejor es, acabar
de una vez con mi recelo,
que no esperar, que un mozuelo,
que es fábula del lugar,
se me atreva. El viene aqui.
¡Quánto, de verle, me alegro,
galan y noble! Este sí.

D. DIEGO.

Vuestro suegro viene alli.

D. LUIS.

Pues huyamos de mi suegro.

D. PEDRO.

Señor Don Luis, informado
de deudos vuestros he estado,

de que honrar hábeis querido
mi casa, y agradecido,
como es justo, os he buscado,
para mostrar, quanto estoy
ufano, de merecer:::

D. LUIS.

Señor Don Pedro, yo soy.
el que las dichas de ahier,
tiene por disculpas hoy.
Confieso, que me atreví
á tanto empeño, y que fuí
venturoso en tanto empeño:
pues, ser de estas honras dueño,
por lo menos merecí.
Pero fuí tan desdichado
en estas dichas, señor,
que, para tomar estado,
un nuevo empeño de honor
lo ha deshecho, y lo ha estorbado.

D. PEDRO.

¡De honor empeño, ay de mí,
os retira de esto!

D. LUIS.

Sí.

D. PEDRO.

¿Pues cómo? ¿En qué ¡estoy mortal!
puede á Beatríz estar mal?

D. LUIS.

Que no lo entendeis asi;
que de vuestro enojo ha sido
el honor mal entendido;
vos de mis disculpas, no.

D. PEDRO.

¿ De qué suerte?

D. LUIS.

Porque yo,
señor, habiendo sabido,
que su Magestad, que el cielo
guarde por sol de esta esfera,
por planeta de este suelo,
con su catholico zelo
sale aquesta primavera;
y sabiendo, como hacía
gente un señor, de quien fuí
deudo por ventura mia,
que me honrase, le pedí,
con alguna compañia.
Hamela dado: este ha sido
el empeño que he tenido,
para no tomar estado;
que, el que es marido y soldado,
no es soldado ó no es marido.
Si yo volviese, señor,
entonces con mas valor
me podeis hacer felíz;

porque hoy, casar con Beatríz,
no le está bien á mi honor.

Vanse los dos.

D. PEDRO.

¿Por qué hoy casar con Leonor,
no le está bien á mi honor?
¡Valgame el cielo! ¡Qué ha sido,
lo que he visto y lo que he oído!
Poco siento, ay infelíz.
Pero afligirme, es error,
si en aquel caso consiste
su honor, Miente mi temor;
que en fin, quanto piense un triste,
siempre ha de ser lo peor. *vase.*

Salen D. Beatriz é Inés.

D. BEATRIZ.

¡Inés, cómo el papel tomaste!

INES.

Cómo,
todo quanto me dan, señora, tomo.

D. BEATRIZ.

Sin duda le dirias,
que de mi parte ibas.

INES.

Desconfias
de mí sin causa, porque yo he callado

que era tuya la banda y el recado.
Callé por tu respeto,
como suelo callar qualquier secreto.

D. BEATRIZ.

¿Pues Inés, á qué efecto me has trahido papel?

INES.

Vive el Señor, que me ha cojido; *ap.* mas yo me soltaré. Que le traxera,
me dixo, y que si acaso hallar pudiera ocasion, te le diese.
Yo le tomé, porque de mí creyese,
quán de su parte estaba,
que, puesto que una banda le llevaba hurtada, que era tuya, bien creería,
que un papel, que es mas facil, te traheria.

D. BEATRIZ.

Esa satisfaccion algo me agrada.

INES.

Aquesto es, dar satisfaccion honrada.
Leonor, señora, viene.

Sale Leonor.

D. BEATRIZ.

Pues, que el papel me vea, no conviene.

D. LEONOR.

Bien pudiera yo ahora
decir con mayor causa, ¿quién lo ignora?

¿Qué nema fue misivo, el que en lineado
papel ocultas en tu manga ajado?

D. BEATRIZ.

Y yo tambien pudiera
decir, que en vano, preguntarlo, fuera;
pues, quien saber no quiere
lo que quiero decir, saber no espere
lo que callarle quiero. *vase.*

D. LEONOR.

¿Inés, qué es esto?

INES.

Por hablarte, muero.

D. LEONOR.

Dime presto: ¿que ha sido
este papel?

INES.

¡Qué poco te he debido!
No aguardarás siquiera,
á que, sin preguntar, te lo dixera.
Que se me hace conciencia, te prometo,
la pregunta llevar por un secreto.

Al paño Doña Beatriz.

D. BEATRIZ.

Mal segura escuchar desde aqui quiero,
qué hablan las dos.

INES.

Fuí á verle; y lo primero

le dixe, que Beatríz me lo mandaba.

D. LEONOR.

Bien hiciste.

D. BEATRIZ.

Y yo mal, pues me fiaba,
de quien con Leonor en chismes anda.

INES.

Lo segundo, en su nombre dí la banda.

D. BEATRIZ.

¡Ay infelíz, qué he oído!

D. LEONOR.

En esa quadra hay ruído.

INES.

Don Juan es, el que ha entrado.

D. LEONOR.

¡Pues cómo, si de aqui se fue enojado,
diciendo, que en su vida no me habia
de ver!

INES.

¡Que estés tan nueva todavia,
que no sepas, que quando está un amante
diciendo mas furioso y arrogante:
no he de volver á verte, ingrata bella,
es quando muere, por volver á vella!

D. BEATRIZ.

Ya que á escuchar mis penas he empezado,
acabe de escucharlas mi cuidado.

Salen Don Juan, Don Alonso y Moscatél.

D. JUAN.

Pensarás, que me han trahido
á verte, Leonor y hablarte
mis zelos; porque los zelos
(perdona el civil lenguage)
son ordinarios de amor,
que asi llevan, como trahen.
Pues no, Leonor; no he venido,
para que me desengañes;
porque el desayre de amor,
es hablar en el desayre.
Con otra ocasion he vuelto,
á pisar estos umbrales,
porque nunca les faltó
ocasion á los pesares.
Don Alonso, á quien tú hiciste
de Beatríz fingido amante,
sucediendole en tu casa
con desayre el primer lance,
tanto, que porque no piensen
de Beatríz las vanidades,
que el no volver aqui, es
de escarmentado y cobarde,
me ha pedido, que le trayga
á verla. ¿Cómo negarle
puedo yo lo mismo á él,

que él no me negó á mí antes?

D. LEONOR.

En notable obligacion
le estais. Forzoso es, pagarle.

D. JUAN.

El viene, Leonor á esto;
y, porque en aquesta parte,
nunca piensen mis desdichas,
nunca sospechen mis males,
nunca imaginen mis penas,
que fue gana, de buscarte,
en la calle me estaré,
en tanto que á Beatríz hable,
y de este escrupulo leve,
y de esta materia facil,
desempéñe su opinion,
su credito desengáñe.
Don Alonso, entrad: y, pues
ya el sol, helado cadaver,
agonizando entre sombras
de la noche en brazos yace,
hablad á Beatríz, y ved,
que aqui Don Pedro no os halle.

D. LEONOR.

Aguarda, Don Juan, espera.

D. JUAN.

¿Qué quieres, Leonor, que aguarde?

D. LEONOR.

Desengaños.

D. JUAN.

Son en vano.

D. LEONOR.

Disculpas.

D. JUAN.

Serán en valde. *vase.*

D. LEONOR.

Tras él iré. Don Alonso,
luego vuelvo: perdonadme;
que Don Juan está zeloso,
y es fuerza, desengañarle. *vase.*

D. ALONSO.

¡Mas que me voy, sin hablar
á Beatríz!

MOSCATEL.

¿No dirás antes,
mas que entramos en aprieto
al pasado semejante?

D. ALONSO.

Inés, dime, donde está,
para que en tanto la hable,
Beatríz.

Sale D. Beatríz.

D. BEATRIZ.

Aqui está Beatríz,

escuchando los ultrages
de una vil hermana, de un
falso amigo, de un infame
criado, una criada aleve,
y de un cauteloso amante.
¡Que entre Leonor y Don Juan,
Inés y Moscatél, no halle
sino consuelo á mis penas,
disculpa á mis disparates!
Solo en esta parte intento,
solo quiero en esta parte,
como quexosa ofenderme,
como ofendida, quexarme
del mayor de mis agravios,
y no el menor de mis males.
¡Tan pocas las partes son
de mi hacienda, y de mi sangre!
¡Tan pocas de mi persona
(decirlo tengo) las partes
que hay, que si un hombre hubiera,
que atrevido me mirase,
fuese con fingido amor!
¡Quererme á mí, por burlarme!
¡A mí por:::

D. ALONSO.

Beatríz hermosa,
si de tus pesares sales
tan ayrosa, como ahora,

por pagar finezas tales,
facil es el desengaño.

D. BEATRIZ.

¿Cómo el desengaño es facil,
quando, el quererme, es por burla?

D. ALONSO.

Si atiendes, con escucharme.
Tal vez por burla se atreve
uno al mar, sin que presuma,
viendole jardin de espuma,
viendole selva de nieve,
que hay peligro en él, y en breve
selva y jardin con horror
le anegan; y asi es amor.
Luego en placer y pesar,
si no hay burlas con el mar,
no hay burlas con el amor.
Tal vez por burla ó ensayo
polvorista artificial
hace un rayo material,
y forja contra sí el rayo,
quando con mortal desmayo
muere á su violento ardor.
Rayo es amor en rigor
contra su artifice. Luego,
si no hay burlas con el fuego,
no hay burlas con el amor.
Tal vez desnuda un amigo

la espada, para esgrimir
con otro, y le viene á herir,
como si fuera enemigo:
su destreza es su castigo;
y asi, usar de ella, es error.
Espada ámor en rigor
es. Luego desenvaynada,
si no hay burlas con la espada,
no hay burlas con el amor.
Tal vez por burla, mirando
doméstica y mansa ya
una fiera, un hombre está
con ella, Beatriz, jugando.
Quando mas la halaga blando,
volver suele á su furor.
Fiera es amor en rigor.
Luego, si ya lisongera
no hay burlas con una fiera,
no hay burlas con el amor.
Por burla al mar me entregué,
por burla el rayo encendí,
con blanca espada esgrimí,
con brava fiera jugué;
y asi, en el mar me anegué,
del rayo sentí el ardor,
de acero y fiera el furor.
Luego, si saben matar
fiera, acero, rayo y mar,

no hay burlas con el amor.

D. BEARTIZ.

A ese argumento:::

Salen Inés alborotada, y Doña Leonor.

D. LEONOR.

¡Ay de mí!
Huyendo salió á la calle
Don Juan, y mientras le daba
voces, ví entrar á mi padre.
Esconderme, importa ahora.

D. BEATRIZ.

No, Leonor; porque ya es tarde:::;

D. LEONOR.

¿Ah Don Alonso?

D. BEATRIZ.

que hoy
ha de saber, quanto pase,
mi padre, y hoy tus engaños
se han de saber.

D. LEONOR.

Quando trates
tú decirlo, yo sabré,
culparte á tí, y disculparme.
Y asi, puesto que las dos
corremos el riesgo iguales,
iguales, Beatríz, busquemos
el remedio.

D. BEATRIZ.

Por mostrarte,
á proceder bien, lo haré;
que es fuerza, estar de tu parte.

MOSCATEL.

Alhacena, como Iglesia,
pido.

D. ALONSO.

Eso no haré yo; que antes:::

INES.

El entra ya.

D. BEATRIZ.

Este aposento
hoy de su vista te guarde.

MOSCATEL.

Y á mí me guarde tambien.

D. ALONSO.

¡Qué pesados son los lances
de amor hijo de familias!

MOSCATEL.

Inés, avisa en la calle,
que ya estamos escondidos,
que haya, quien nos descalabre.

Escondense los dos, y sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¡Tan tarde, y no han encendido!
Haz tú, que unas luces saquen.

INES.

Ya las tengo prevenidas.

D. PEDRO.

¡En mi casa tal desayre!
¡A mis ojos tal afrenta!
Cielos piadosos, ó dadme
paciencia, ó dadme la muerte.

D. BEATRIZ.

¿Señor, qué tienes?

D. LEONOR.

¿Qué trahes?

D. PEDRO.

Tengo honor, y traygo agravios;
ahunque miento en esta parte,
que yo no soy, quien los traygo;
ellos vienen, á buscarme
dentro de mi misma casa.

D. LEONOR.

¡Ay de mí! Todo se sabe. *Ap.*

D. BEATRIZ.

¿Pues no me dirás, señor,
de qué esos extremos nacen?

D. PEDRO.

De tus locuras, Beatriz;
que ya es fuerza, declararme,
viendo, que por tí se atreve
hoy un mozuelo arrogante

al honor de aquesta casa.

D. LEONOR.

Ya no hay cosa que no alcance.

D. BEATRIZ.

¡Yo, señor!

MOSCATEL.

Malo vá esto.

D. PEDRO.

Sí; pues por tí Don Luis hace
desprecios de ella y de mí.

D. BEATRIZ.

Convaleciendo vá el lance. *ap.*

D. LEONOR.

Eso sí: cobre mi haliento.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

Un caso bien puede errarse *ap.*
de una vez; pero de dos
la una no le yerra nadie.
No he de esperar, á que cierren
las puertas, y despues baxe
por el balcon Don Alonso.
Remediarlo pienso antes.
Señor Don Pedro, si en vos
hoy la amistad de mis padres
hereda la obligacion

de mi casa y de mi sangre:::

D. LEONOR.

¡Qué es lo que intenta Don Juan!

D. BEATRIZ.

Muerta estoy hasta escucharle.

D. JUAN.

os obliga, en un aprieto
á valerme y ampararme.
De vuestra casa á las puertas
me ha sucedido un desayre
con tres hombres, y me importa,
no volver solo, á buscarles.
Muy bien sé, que puedo á vos
atreverme y declararme,
porque sé, que es vuestro pecho
el Etna, que dentro arde,
aunque cubierto de nieve.

D. PEDRO.

No paseis mas adelante;
que ya sé, que es ley precisa
de mi honor y de mi sangre
en esta edad, no dexar
á hombre, que de mí se vale.
Vamos.

D. JUAN.

En fin sois quien sois.
En llevando yo á tu padre,

Leonor, echa á Don Alonso.

D. ALONSO.

Estos son, los que matarme
quisieron. No me está bien,
ir con ellos, ni quedarme.

D. PEDRO.

Esperad, ya que es de noche,
que de aquesa sala saque
un broquel, prenda olbidada
de mi mocedad.

D. JUAN.

Sacadle presto.

D. BEATRIZ.

El se ha empeñado mas,
por donde pensó librarse.

D. PEDRO.

¿Quién está aqui dentro?

D. ALONSO.

Un hombre.

MOSCATEL.

Dices bien, porque no es nadie
el otro, que está con él.

D. PEDRO.

Don Juan, pues que yo á ayudarte
iba contra tu enemigo,
obligacion es mas grande,
el ayudarme tú á mí,

quando la causa es mas grave,
pues este ofende mi honor,
y á mí me importa, matarle.

D. ALONSO.

Don Juan, de tan grande empeño
la obligacion tuya sabes.
Mi vida y la de estas damas
es preciso, que yo ampare.

Riñen, y Don Juan se pone en medio.

D. LEONOR.

¡Ay de mí!

D. BEATRIZ.

¡Infelice soy!

D. JUAN.

¡Quién vió empeño semejante!

D. PEDRO.

¡Te suspendes!

D. ALONSO.

¡Ahora dudas!

D. PEDRO.

Mas soy bastante, á vengarme
sin tí.

D. JUAN.

Tente, Don Alonso;
tente, señor.

D. PEDRO.

¡Pues tú paces
pones!

D. ALONSO.

¡Pues tú contra mí
tan viles extremos haces!

D. LUIS *dentro.*

Cuchilladas hay en casa
de Don Pedro.

D. DIEGO *dentro.*

Mas no aguardes;
entremos, Don Luis.

Salen Don Luis y Don Diego.

D. LUIS.

Teneos.

D. PEDRO.

Gente viene.

D. ALONSO.

¡Duro trance!

D. LUIS.

¡Qué es esto!

D. PEDRO.

Esto es, Don Luis,
satisfacer el ultrage,
que te oí; pues si no está

bien á tu honor el casarte
con Beatríz, al mio está bien,
satisfacer y vengarme.

D. LUIS.

Ahí verás, que no sin causa
traté yo de disculparme,
quizá por haber tenido
algun empeño en la calle.

D. ALONSO.

Sin duda, que tú me heriste.

D. LUIS.

Es verdad.

D. ALONSO.

Yo he de vengarme.

D. JUAN.

Pues quiere el Cielo, que asi
hoy mis zelos desengañe,
viva Leonor en mi pecho.
Ya es forzoso, que la guarde
contra tí.

D. PEDRO.

Don Juan, Don Juan,
en aquesta casa nadie
ha de defender mis hijas,
sino quien con ellas case.

D. ALONSO.

Esa palabra te tomo.

D. JUAN.

Pues el remedio es tan facil,
yo soy de Leonor.

D. ALONSO.

Y yo
de Beatríz.

D. PEDRO.

Fuerza es, que calle;
que, ya sucedido el daño,
nada puede remediarse.

MOSCATEL.

En fin el hombre mas libre
de las burlas de amor sale
herido, cojo y casado,
que es el mayor de sus males.

INES.

En fin la mujer mas loca,
mas vana y mas arrogante
de las burlas del amor,
contra gusto suyo, sale
enamorada y rendida,
que es lo peor.

MOSCATEL.

Inés, dame
esa mano. Si ha de ser,
no lo pensemos, y acaben
burlas de amor, que son veras.

D. ALONSO.

No se burle con él nadie,
sino escarmentad en mí.
Todos del amor se guarden,
y perdonad al Poeta,
que humilde á esas plantas yace.

33967 LS.C G2162t

Author García de la Huerta, Vicente

Title Theatro Hespañol. Vol.10

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU